

A man with a beard and a woman are walking on a rooftop. The man is wearing a white long-sleeved shirt and khaki pants, and the woman is wearing a pink dress. They are both smiling and holding hands. The background shows a cityscape with buildings and a clear sky.

Lecciones apasionadas

Debbi Rawlins

A45

e^{lit}

elit

LECCIONES APASIONADAS

DEBBI RAWLINS



 HARLEQUIN™

Índice

[Lecciones apasionadas](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

Gina Ferraro había crecido en un internado de monjas, pero eso no le había impedido ver Sexo en Nueva York y aprender varias cosas sobre los hombres. De modo que, cuando fue a la Gran Manzana para visitar a su familia, tenía muy claro que necesitaba a un hombre atractivo que la ayudara a profundizar en su educación sexual.

Mike Mason no pensaba que enseñarle la ciudad a la sobrina de su jefe fuera un encargo tan difícil. ¿Qué complicación podría haber en ser su guía durante un mes y llevarla a un par de espectáculos? Poco se imaginaba que su trabajo y su libido iban a pender de un hilo, cuando la supuestamente tímida y recatada sobrina resultó ser una mujer sexy y apasionada, dispuesta a cumplir sus fantasías... con él.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Debbi Quattrone

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica,
S.A.

Lecciones apasionadas, n.º 195 - julio 2018

Título original: Educating Gina

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-851-2

Capítulo 1

—Bonitas piernas. ¿Es nueva?

Mike Mason movió la cabeza con disgusto.

—Pero ¿acaso no has oído nada de lo que he dicho?

Robert Scarpetti, su amigo y compañero de trabajo, seguía con la vista fija en la joven rubia, alta y exuberante que se servía agua fuera del despacho de Mike.

—A lo mejor es representante de ventas de uno de nuestros distribuidores. Yo no la había visto nunca. ¿Y tú?

—¡Rob!

Robert lo miró.

—He oído todo lo que has dicho. Crees que las ventas de vino de California han subido en la Costa Oeste porque han subido los combustibles y cuesta mucho enviar nuestro vino al otro lado del país —miró una vez más a la joven, que se había parado frente a la mesa de la secretaria de ambos—. Bien. Cori sabrá quién es.

—¡Maldita sea, Rob! Si no fueras el hijo del jefe, estarías ya despedido.

Robert bajó de la mesa de Mike con una sonrisa.

—Contigo esforzándote por dejarme bien, imposible.

Mike lanzó un gruñido. No había comido y estaba cansado y hambriento. No solía irritarse con Robert normalmente. Después de quince años de amistad, había aprendido a lidiar con él.

Se habían conocido en el instituto, poco después de que la madre de Mike empezara a trabajar de contable para la familia Scarpetti. La empresa distribuía vino en Estados Unidos de sus bodegas italianas y el trabajo le vino muy bien a la madre de Mike, que en aquel

momento estaba desempleada. El padre los había abandonado diez años atrás.

—No temas, hermano —Robert le dio una palmadita en la espalda—. Hablaré con papá para que considere Dale City como un centro posible de distribución. Está cerca de San Francisco, pero no es tan caro como para disparar la presión arterial de mi padre.

—¿Ya lo has investigado?

Robert hizo una mueca.

—Eh, no soy tan inútil como parece. ¿Quieres ir a tomar una cerveza?

—Solo son las cuatro y cuarto.

—¿Y?

Mike se frotó los ojos y se aflojó la corbata.

—Que me quedan un par de horas de trabajo todavía.

—¡Maldita sea, Mike! Me gustaría que te relajaras. Esta empresa seguirá existiendo dentro de cien años. No se irá a ninguna parte.

—Cierto —para él era fácil decirlo. Era un Scarpetti, lo que le daba derecho automáticamente a un puesto seguro en el negocio familiar.

A pesar de lo bien que todos se habían portado con él, dándole trabajo y ayudándolo a pagar la universidad después de la muerte de su madre, seguía sin ser uno de ellos. Por mucho que trabajara o por muchas vacaciones que pasara atado a su escritorio, jamás formaría parte de su círculo privado.

Tanto Robert como Antonio negarían semejante cosa si se la planteaba. Cosa que Mike no pensaba hacer nunca. Agradecía ser el único ejecutivo que no era miembro de la familia y sabía que tenía muchas probabilidades de dirigir algún día la operación de la Costa Oeste. Ya le habían confiado una parte importante del negocio.

A sus veintiocho años, no tenía ya préstamos de estudios pendientes y ganaba un buen sueldo. Más que la mayoría de la gente de su edad. No había duda de que estaba en deuda con ellos, pero no conseguía olvidar su necesidad de encajar... de contar con su

aceptación incondicional.

—Si cambias de idea sobre esa cerveza, Joe y yo estaremos en Angelo's —Robert se detuvo en la puerta, miró su imagen en el cristal interior y sacó un peine del bolsillo—. Pero solo estaré hasta las cinco y media. Esta noche tengo una cita con Melanie.

Una cita. Mike no recordaba la última vez que había tenido una. El año anterior había cenado tarde y alquilado películas un par de veces con Daphne, que trabajaba en la inmobiliaria del piso de arriba. Pero ella consideró que él era un adicto al trabajo y la última vez que la llamó le dijo que estaría ocupada durante todo el año próximo.

—No cuentes conmigo —abrió el cajón del medio en busca de patatas fritas o algo que acallara los ruidos de su estómago—. Todavía tengo que preparar el presupuesto trimestral.

—A la porra. Hazlo mañana.

Mike encontró un paquete abierto de galletas de queso y lo olfateó. Olía bien.

—Quiero que lo revises antes de irte de vacaciones.

Un grito incoherente los interrumpió.

Mike levantó la vista.

—¡Maldita sea, tengo que irme! —Robert miró el pasillo con disgusto—. El viejo me llama. ¿Cuántas veces le he dicho que use el interfono?

—Pero no estás en tu despacho.

—Esa no es la cuestión —Robert salió murmurando entre dientes.

Mike sonrió y empezó a comer galletas. Los Scarpetti eran un grupo ruidoso, sobre todo Antonio. Llevaba treinta años fuera de Italia, pero seguía aferrado a las viejas costumbres, tanto en lo personal como en los negocios. ¡Menos mal que la empresa estaba bien establecida y ganaba mucho dinero! Aunque, por otra parte, aquel éxito fácil tenía sus desventajas. Nadie parecía interesado en ampliar o en modernizar la empresa.

Aparte de Mike. Sabía que, en cuanto tuvieran en marcha la operación de la Costa Oeste, podían duplicar los beneficios de la empresa. ¿No sería un buen modo de ganarse el aprecio de la familia?

La rubia volvió a pasar por la puerta del despacho y esa vez se detuvo para sonreírle. Mike casi se atragantó con la galleta. Tenía que admitir que las piernas de la chica eran perfectas.

Y si hacía un año que no tenía una cita, hacía al menos un siglo que no se acostaba con nadie.

—Vamos, papá, ese puro hace que apeste todo el despacho. Apágalo —Robert movió una mano en el aire lleno de humo—. Es asqueroso.

—Este es mi despacho y puedo hacer lo que quiera. Siéntate.

Robert abrió la ventana para dejar pasar el aire húmedo de agosto. El ruido del tráfico de Brooklyn, tres pisos más abajo, dificultaba mucho la conversación.

—Está bien, está bien —gruñó el viejo—. Apagaré el puro, pero cierra la maldita ventana.

Robert obedeció encantado. En su opinión, su padre fumaba demasiado, comía y bebía en exceso y trasnochaba todas las noches, una costumbre que empezó después de la muerte de su esposa el año anterior. Y que preocupaba mucho a su hijo.

—¿Qué querías, papá? —se sentó al otro lado del viejo escritorio.

—Tu prima Gina llega de Italia dentro de tres días.

—¿Gina? —Robert frunció el ceño. Hacía ocho años que no la veía. Desde su último viaje a la Toscana. Ella estaba entonces en casa, de vacaciones de su internado católico en Milán, y era una chica tímida y callada, una alumna de convento perfecta—. ¿Por qué? —no podía imaginarse a su tímida prima cruzando sola el Atlántico—. No es que no me alegre de verla, pero... ¿cuántos años tiene ahora?

—Veintitrés. Acaba de terminar sus estudios y tu tía dice que últimamente ha estado algo rebelde —Antonio se encogió de

hombros y murmuró algo en italiano—. Ya conoces a tu tía Sophia, es la reina del drama.

—¿Viene sola?

Antonio suspiró y se secó la frente.

—Por desgracia sí, y pasará un mes aquí.

Robert empezaba a tener un mal presentimiento.

—Aún no comprendo por qué viene aquí.

—Para soltarse un poco —Antonio movió una mano—. Ya sabes, hacer lo que le pida el cuerpo, supongo.

—¡Oh, vaya! —exclamó Robert.

—¿Qué pasa? —se burló su padre—. ¿De pronto no tienes tiempo para la familia?

—¿Yo?

—¿Quién más le va a enseñar la ciudad?

—¡Oh, no! —Robert se puso en pie con brusquedad—. Yo empiezo mis vacaciones el fin de semana, ¿recuerdas? Ya he pagado el crucero. Dos semanas. Melanie, yo, con mucho sol y piñas coladas. No voy a hacer de canguro con nadie.

—Te reembolsaré el crucero.

—Ah, no —Robert retrocedió hacia la puerta—. Melanie ha tenido que hacer malabarismos en su trabajo para conseguir dos semanas libres.

—Roberto —Antonio dio un sonoro puñetazo en la mesa—. Se trata de la familia. Es importante.

—Lo comprendo. Solo estaré fuera dos semanas. Dile a Mike que la acompañe mientras tanto.

—¿Mike?

Robert se encogió de hombros.

—Es prácticamente de la familia, ¿verdad?

El viejo frunció el ceño.

—«Prácticamente» no lo es todo. Es un hombre y ella una mujer. Haz tú los cálculos.

—Sí, pero estamos hablando de Mike.

—Yo hablo de hormonas o testosterona o lo que quiera que sean esas cosas —el viejo movió la cabeza con terquedad—. Tú recogerás a Gina en el aeropuerto y te pegarás a ella como una lapa. Y no hay nada más que hablar.

—Papá, no me hagas decir algo de lo que pueda arrepentirme.

Antonio achicó sus ojos oscuros.

—¿Cómo?

Robert sintió pánico. No podía anular su viaje. Melanie y él llevaban seis meses planeándolo.

—Se trata de Mike —dijo.

—¿Sí?

—Es confidencial.

—Roberto, te recuerdo que has sacado tú el tema —Antonio volvió a tomar el puro que había apagado.

—No puedes decírselo a nadie, papá, ni siquiera a Mike. Es un tema muy delicado.

—De acuerdo, de acuerdo.

Robert respiró hondo. Aquello no le gustaba nada, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—No es ningún problema que acompañe a Gina por la ciudad —carraspeó. Sabía que iría al infierno por aquella mentira. Y no tardaría mucho, ya que Mike lo mataría en cuanto se enterara—. Mike apuesta por el otro equipo.

Antonio enarcó las cejas espesas.

—¿De qué estás hablando? No te creo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste con una chica?

Antonio jugó con el puro mientras pensaba.

—El año pasado en Acción de Gracias. Trajo a una pelirroja bajita a la cena.

—Eso fue hace tres años, ella era la hija de sus vecinos y tenía quince años.

Antonio frunció el ceño.

—¿Y por qué no parece de la acera de enfrente?

—Papá, no seas tan anticuado. No tiene que tener ningún aspecto concreto. Lo importante es que puede hacer de escolta de Gina sin que tengas que preocuparte por nada.

Antonio mordió el puro con el ceño fruncido.

—Está bien, dile que venga.

Mike miró el reloj de su escritorio con el ceño fruncido. Gina llegaría en menos de una hora y todavía le faltaba rellenar dos informes para las aduanas y dar el visto bueno a un montón de recibos. De todos los trabajos que los Scarpetti le habían encomendado, aquel de niñera era el peor. Había estado a punto de negarse hasta que comprendió de pronto la enormidad de la confianza que Antonio había depositado en él.

Casi todos los Scarpetti más mayores, Antonio incluido, seguían siendo muy anticuados en lo relativo a sus mujeres. Les gustaban guapas, obedientes y castas. Confiarle el cuidado de su sobrina era lo más cerca que había estado nunca de admitirlo en su círculo privado. En cierto modo, se sentía como si al fin le hubieran dado las llaves de la casa.

Era una lástima que su trabajo no se hiciera solo mientras él ocupaba su tiempo de niñera. Dejó a un lado el montón de recibos y abrió su agenda. Calculaba que podía seguir yendo al trabajo por la mañana temprano y a última hora de la tarde. Aunque Antonio le había dicho que Gina tenía que estar vigilada continuamente, Robert le había dado detalles de lo que podía esperar.

Según este, Gina era una chica estudiosa que podía pasar un día entero en una biblioteca o delante de un ordenador. La Biblioteca de Nueva York la dejaría admirada y Mike calculaba que además podía mantenerla ocupada durante la mitad de su estancia allí.

Estudió su agenda, cambió algunos detalles para la semana siguiente y los colocó por orden de importancia. El sonido del

interfono lo sorprendió. Las dos secretarias de la empresa estaban comiendo, Robert había ido a recoger a Gina al aeropuerto y ningunos de los otros tres Scarpetti que trabajaban allí se molestaban nunca en usarlo. Cuando querían ver a alguien, abrían la boca y gritaban su deseo.

—Mike, ha vuelto Robert con... —interferencias y clics interrumpieron la voz de Antonio—. ¿Cómo demonios funciona esto?

—Mantén ese botón apretado —llegó la voz de Robert—. Adelante, habla.

—¿Mike?

—Estoy aquí.

—¿Quieres venir a mi despacho, por favor?

Su tono de voz brusco, empleado sin duda en honor de la sobrina, hizo sonreír a Mike durante todo el camino.

Nunca dejaba de sorprenderlo que la empresa tuviera beneficios. Antonio era astuto y vigilaba bien las operaciones, pero su negativa a modernizarse tenía un precio. Robert lo entendía así, pero no era lo bastante ambicioso para cambiarlo. Si Mike conseguía pisar con fuerza allí, sabía que podría hacer cambios interesantes.

Robert salió del despacho de su padre y le dedicó una sonrisa de disculpa. La puerta de Antonio ya estaba abierta, pero Mike llamó con los nudillos por cortesía.

—Ah, aquí está ya —Antonio le hizo señas para que entrara.

Su mesa estaba más ordenada que nunca. La pintura con un desnudo que solía colgar en la pared a sus espaldas había sido retirada.

Mike carraspeó para disfrazar una carcajada. Se trataba de un cuadro caro y de muy buen gusto. Aquella Gina debía de ser muy...

Entonces la vio. Sentada a la mesa de conferencias de Antonio, envuelta en un abrigo grande marrón con el pelo metido en una gorra de punto.

Pensó que debía de estar asada con aquel calor.

—Esta es mi sobrina, Gina Ferraro —los presentó Antonio—. Mike es nuestro encargado de distribución.

—Hola —dijo ella con voz rasposa y acento dulce. Miró a su tío con curiosidad—. Creía que ese era el trabajo de Roberto.

Antonio pareció sorprendido, pero se encogió de hombros.

—Comparten el título. Pero Mike hace casi todo el trabajo.

Gina volvió su atención al joven, que seguía protagonizando el comentario de Antonio. Hasta entonces no sabía que el viejo conociera tan bien la situación.

—Y ahora tienes que hacerme de niñera —dijo ella; le tendió una mano—. Ya les he explicado a todos que no necesito escolta.

—Esta es una gran ciudad, querida —sonrió Antonio con paciencia. Era una de las sonrisas que reservaba para las buenas mujeres italianas de las que esperaba obediencia.

—Sí, tío —repuso ella; Mike le estrechó la mano y ella lo miró a los ojos.

—No es ningún problema —dijo él—. Hay una biblioteca fantástica en...

La chica lo miró irritada y apartó la mano.

—He hecho una lista de los sitios que me gustaría visitar.

—Oh, vale. Desde luego.

—¿Habéis comido ya alguno de los dos? —Antonio se frotó las manos. No esperó respuesta—. Vamos todos a Angelo's. Así podréis aprender a conocerlos con un plato de *linguini*.

Gina hizo una mueca.

—Sí, tío.

Mike se hizo a un lado y esperó a que ella se pusiera el pie. Era pequeña, menos de un metro sesenta, y llevaba unos zapatos bajos negros de cordones.

Antonio les hizo seña para que salieran delante de él.

—Después de comer. Mike te llevará a mi piso para que puedas

deshacer el equipaje y descansar un rato Más tarde, si no estás muy cansada, cenaremos juntos. ¿Vale?

—Lo que tú digas, tío Antonio.

—Y quítate ese abrigo antes de que te mueras de calor y tu madre me haga picadillo.

La joven tocó el primer botón con dedos desgastados y lo sacó del ojal. Cuando llegó al tercero, la tensión que permanecía agazapada en las entrañas de Mike, se apoderó de él.

¿Qué demonios le ocurría? No tuvo tiempo de analizar su extraña reacción. Ella iba ya por el último botón.

Gina separó las solapas y se quitó el abrigo, mostrando un vestido negro sin forma que llevaba con medias demasiado gruesas.

Mike lanzó un suspiro de decepción y le quitó el abrigo. Pero la sonrisa que ella le dedicó hizo que volviera a temblar por dentro. Tal vez se debía a sus ojos en forma de almendra y sus labios llenos. Ambas cosas le gustaban a rabiar. ¡Menos mal que no era su tipo! ¿Pero tenía un tipo concreto después de tanto tiempo de sequía?

Salieron todos al pasillo y Antonio gritó a Roberto que se uniera a ellos. Había olvidado ya el interfono.

El restaurante estaba bastante lleno, pero habían reservado la mesa habitual de Antonio y les sirvieron con rapidez. Todos pidieron pasta excepto Gina, que pidió hamburguesa con queso y patatas fritas.

En cuanto se disculpó para ir al lavabo, Antonio soltó una risita.

—Hamburguesa con queso —murmuró algo en italiano—. Esta es la rebeldía que tanto preocupa a mi hermana.

Robert movió la cabeza.

—A mí me da lástima —siguió a Gina con la mirada—. Tiene veintitrés años y con ese vestido parece que tiene cuarenta. Mike debería llevarla de compras.

El aludido hizo una mueca.

—Sí, vamos.

Antonio arrancó un trozo de pan de la hogaza que había en el centro de la mesa y lo miró con franca curiosidad.

—Vosotros entendéis mucho de eso, ¿verdad?

—Papá.

Mike sorprendió una mirada entre el padre y el hijo.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Antonio se encogió de hombros y se puso a untar mantequilla en el pan.

—No quiero que se vuelva loca, pero quizá un vestido rosa estaría bien. El negro es muy anticuado.

Mike y Robert intercambiaron una mirada de regocijo.

—Sophia es así. Mi hermana cree que vive en el siglo XIX. El negro es para el luto —miró a Mike—. Ayúdala a buscar un bonito vestido rosa. Pero que no sea muy corto, ¿vale?

Mike tomó un trozo de pan antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse. Confiaba en que Robert tuviera razón y Gina quisiera pasar el tiempo en la biblioteca o el ordenador en vez de en Bloomingdale's o Bergdorf s. Si deseaba comprar algo, seguro que podía encontrarlo en Internet.

Robert pidió otra cerveza a la camarera.

—Gina ha ido toda su vida a un internado católico. Estoy seguro de que las monjas han tenido mucha influencia en su elección de ropa.

—Ahí llega, dejad de hablar de ella —Antonio tomó un segundo trozo de pan y Robert le quitó la mantequilla con decisión.

—Vamos, papá; esto no te sienta bien.

—¿Y me lo dices tú, que has pedido dos cervezas en un cuarto de hora?

Mike dejó de prestar atención a aquella discusión familiar y observó a Gina acercarse a la mesa. A pesar de lo conservadora que era su ropa, ni su postura ni su modo de andar tenían nada de tímido. Y lo severo de su peinado solo servía para acentuar sus ojos

exóticos y labios llenos; pasó ante una mesa de cuatro hombres y tres cabezas se volvieron a mirarla.

Antonio se puso en pie y miró mal a los dos jóvenes hasta que ambos hicieron lo mismo. Gina se instaló en su asiento y apretó los labios como para reprimir una sonrisa.

Vio que Mike la observaba y apartó la vista con rapidez. Antonio intentó tomar la mantequilla y se reanudó la discusión anterior. El afecto sincero que había entre padre e hijo siempre impresionaba a Mike, que apenas prestaba atención a aquellas peleas.

Al parecer, Gina tampoco les hacía mucho caso. Miraba a su alrededor, con las manos juntas sobre la mesa, pero apenas incapaz de contener el entusiasmo que se leía en sus ojos.

¡Pobre chica! ¿De verdad había pasado su vida encerrada en un convento? Mike no lo dudaba. Los Scarpetti se aferraban a los valores y las tradiciones antiguas. Hasta Antonio tenía sus manías en aquel apartado, aunque le costara admitirlo.

Mike la vio mirar con interés lo que ocurría en la barra. La televisión emitía un partido de béisbol y los ánimos se calentaban por momentos.

Gina abrió muchos los ojos al ver a Cindy, una camarera ataviada con minifalda negra y blusa ceñida de los Mets, que pasaba cerca con una bandeja de jarras. La observó servir la cerveza a una mesa y parpadeó sorprendida cuando la pelirroja se inclinó y se le subió la falda.

—Bueno, Gina, ¿qué tipo de cosas te gustan? —preguntó Mike para distraerla y distraerse a sí mismo.

La chica lo miró.

—¿A mí? Leo mucho —se encogió de hombros—. Coso y me gusta el ordenador. Me temo que no llevo una vida muy emocionante.

—Eso no tiene nada de malo. La mía tampoco es muy emocionante —por desgracia, era verdad. Lo único que hacía era trabajar.

—Pero esta ciudad está llena de diversión y cosas que ver... —
había levantado la voz y su tío y primo la miraron. Ella sonrió con
serenidad.

Antonio le lanzó una sonrisa paternalista.

Mike suspiró. ¡Pobre chica! No estaría de más enseñarle un poco
la ciudad. Tenía que revisar la lista de espectáculos. Tal vez *El rey león*
estuviera todavía en cartelera.

Capítulo 2

Gina se despidió de su tío y primo agitando la mano y les lanzó un beso cuando se cerraban las puertas del ascensor. Estaba deseando salir de las oficinas e ir al piso. Odiaba aquel vestido negro más de lo que quería a su familia. Su madre había insistido en que lo llevara en el avión y ella supuso que era un precio pequeño por un mes de libertad en Nueva York.

— ¿Dónde está tu coche? — preguntó cuando salieron a la calle.

Mike la miró con curiosidad.

— No tengo. Tomaremos un taxi.

— ¿No tienes coche? Yo creía que en Norteamérica todo el mundo tenía dos coches y dos televisiones.

Mike soltó una carcajada; levantó una mano para parar un taxi.

— En Nueva York no. Me resultaría muy caro mantener un coche aquí. Además, no lo necesito.

A ella le gustaba el modo en que su pelo castaño claro se rizaba en los bordes y tocaba la parte de atrás del cuello de la camisa blanca. Era un hombre alto, casi treinta centímetros más que ella, y eso también le gustaba.

— ¿El tío Antonio no te paga suficiente? — preguntó.

Sus ojos verde mar se encontraron con los de ella, que sintió un cosquilleo en la nuca.

— Gano un buen sueldo. Pero mantener un coche aquí no es sensato.

Gina suspiró. Sensato. No quería volver a oír aquella palabra. «Regina Marie, por favor, sé sensata». Su madre se lo había dicho un millar de veces desde su regreso de la escuela. «No puedes tener un

apartamento en la ciudad». «Vivir sola no sería sensato para una chica a punto de casarse».

Casarse. Gina se encogió al pensarlo. No tenía nada en contra del matrimonio, pero la familia esperaba que se casara con Mario, el dueño de los viñedos contiguos. Y él era un viejo de casi cuarenta años y tan excitante como un racimo de uvas pasas.

A veces, cuando iba a casa de vacaciones, paseaba entre los viñedos por la noche y veía apagarse las luces de su casa a las diez en punto. Sus amigas ni siquiera salían de noche antes de las nueve.

—¿Gina?

Parpadeó y vio que Mike sostenía abierta la puerta de un taxi. Se acomodó en el asiento trasero, cerca del centro.

Mike dejó su equipaje en el maletero, entró, dio una dirección al taxista y se aflojó la corbata. Su traje estaba hecho de una tela azul oscura ligera que se pegaba a los muslos. Era delgado, pero no mucho, lo ideal, sin carne de sobra en la parte media del cuerpo. Sus hombros se veían anchos y rectos sin chaqueta.

Decididamente, era el tipo de hombre del que hablaban las chicas de la escuela cuando tenían la suerte de poder escaparse a pasar una noche en la ciudad. Gina solo había tenido el valor de hacerlo en una ocasión, y casi la había pillado la hermana María Teresa. Aunque consiguió salir sin ser vista, pasó la noche preocupada por si descubrían su cama vacía, por lo que no consiguió divertirse nada.

Mike miraba por la ventanilla, así que ella se acercó unos centímetros, hasta que sus muslos casi se tocaron. Él se frotó la barbilla y se pasó una mano por el pelo, pero no la miró.

Gina suspiró. Odiaba que la ignoraran casi tanto como odiaba el vestido negro. Pero no importaba. No tardaría en hacer reaccionar a Mike Mason.

Antonio había llamado para avisar al portero para que los dejara entrar. Mike dejó una de las maletas de Gina en la portería y la escoltó hasta el piso de Antonio. Dejar la maleta era una medida de

precaución... por si tenía que salir corriendo.

En ella había algo que le daba mucho calor. Tal vez su aroma sutil a vainilla o sus suspiros inconscientes. O quizá el modo inocente en que sus muslos lo habían rozado en el taxi.

Gina caminaba delante, moviendo las caderas.

Mike movió la cabeza. Desde hacía unos días, desde que Robert se fijara en la rubia de fuera del despacho, era muy consciente de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que se acostara con alguien. Tal vez debería bajar el listón por una noche y hacer como Robert: buscar a una mujer en un bar que tuviera la misma idea en mente.

Pero eso no era lo suyo. Para hacer algo así, tendría que estar muy desesperado, y la situación no era tan preocupante todavía. Pero había ido lo bastante lejos para descubrir que la rubia se llamaba Heidi y era representante de ventas de uno de sus distribuidores de fuera. También había descubierto que ella había preguntado por él.

Eso le daba luz verde. Ya solo necesitaba que sus deberes de niñera le dejaran tiempo libre.

—¿Sabes cuál será mi habitación? —preguntó Gina, cuando entraron en el piso.

—¿Por qué? —preguntó él.

Ella parpadeó.

—Para saber dónde puedo dejar el equipaje.

—Oh, claro —flexionó los hombros en un esfuerzo por controlar la tensión que le dejaba el cuello rígido—. Creo que puedes dejarlo en la sala de estar por el momento.

—Pero quiero sacar cosas —se acercó más y le examinó la cara—. ¿No estás bien?

—Estoy muy bien —echó a andar por el pasillo, sin saber muy bien a qué cuarto ir. Había estado al menos una docena de veces en aquella casa, pero nunca había pasado del salón y la cocina.

Al final resultó sencillo. Aparte del dormitorio principal, solo

había un cuarto de invitados. El tercer dormitorio contenía solo una mesa, un ordenador y un sofá.

Dejó el equipaje entre el armario de roble blanco y la cama grande de cuatro columnas. Al volverse para salir, tropezó con Gina; ella se tambaleó y él la sujetó por los brazos.

—Perdón —musitó la joven.

Mike estaba paralizado por la belleza opresiva de sus ojos, por el modo en que sus pestañas negras y espesas realzaban los puntos dorados del iris. Los músculos firmes que encontró en sus brazos lo sorprendieron. Había esperado encontrar carne suave, pero estaba claro que ella hacía gimnasia.

Estaba en mejor forma física que él.

Aquel pensamiento deprimente hizo que la soltara. Pero no se apartó y ella tampoco lo hizo. Se quedaron mirándose a los ojos.

—Ah, voy a buscar la otra maleta —dijo él al fin.

—¿Volverás enseguida?

—Por supuesto —avanzó hacia la puerta—. Pero si quieres empezar a deshacer el equipaje o dormir un rato, adelante. Puedo dejar la maleta frente a la puerta.

—¿No me dejaras aquí sola —lo miraba un poco asustada.

Mike se puso serio. Estaba allí para cuidar de ella, no para salir corriendo porque no pudiera controlar su libido.

—Estaré en la sala de estar o en el despacho de tu tío: tengo que hacer unas llamadas y revisar mi *e-mail*.

—Bien —sonrió ella—. Quiero deshacer el equipaje, pero no necesito una siesta. ¿Crees que podríamos ir a Central Park?

Mike miró su reloj. No tenía la menor intención de desplazarse hasta Manhattan en hora punta.

—Lo dejaremos para otro día, cuando podamos salir antes.

—Comprendo —dijo ella.

Él se frotó las manos.

—Bien. Ya me voy; no tengas prisa.

Salió del apartamento. Mientras esperaba que el ascensor llegara al décimo piso, pensó que Gina iba a suponer más problemas de los que había anticipado. Y no debía olvidar que ella era casi una niña.

Vale, solo tenía cinco años menos que él, pero si la edad se medía por la experiencia, ella estaba en pañales. Gina podía parecer *sexy*, pero era muy ingenua. Eso se notaba.

Además, con experiencia o sin ella, estaba fuera de su alcance.

Entró en el ascensor y bajó a la portería. El conserje hablaba con alguien, así que Mike miró el tablero de anuncios del edificio. Había un anuncio de un servicio para sacar a pasear al perro y, a su lado, un folleto de masajes. En la esquina superior izquierda se veía una foto de la masajista, una rubia de pecho grande. Y acudía a domicilio.

Mike lanzó un gemido. No estaba tan desesperado. ¿O sí?

Gina sacó la ropa que su madre se había empeñado en que llevara consigo y la metió en el armario sin preocuparse de si se arrugaba o no. Solo la necesitaría cuando cenara con su tío Antonio. El resto del tiempo llevaría la ropa que se había hecho ella o que había comprado con la paga que le enviaba su madre cuando estaba en la escuela.

Desenrolló con cuidado las camisetas, mallas y minifaldas que había escondido entre su ropa interior. Sacudió un vestido concreto y lo depositó sobre la cama. Se había arrugado en el viaje, pero era de material elástico y quedaba tan ceñido puesto que no tenía que molestarse en plancharlo.

Se quitó los zapatos y se arrodilló en el suelo para revisar la segunda maleta. Sacó dos pares de sandalias de tiras que había escondido entre los objetos de tocador y un pintauñas rojo para las uñas de los pies.

No sentía ningún remordimiento. Estaba harta de llevar vestidos feos y tener que actuar como una mujer vieja. Ninguna de las otras chicas del internado ni de la universidad femenina a la que había asistido tenían padres tan estrictos como los suyos.

¿Y todo para qué? Había sido una chica buena, estudiosa que

sacaba buenas notas y no se acercaba a los chicos que le hablaban desde el muro de piedra de la escuela. No se había metido en líos, o por lo menos en ninguno que hubiera llegado a oídos de sus padres. Las dos veces que llegó al colegio después de la hora permitida pudo convencer a las monjas de que no escribieran a sus padres.

Se quitó el odioso vestido negro, hizo una bola con él y lo lanzó al suelo del armario. No lo necesitaría hasta el vuelo de regreso. Y la mera idea de tener que volver a Toscana a planear su boda la deprimía. Se puso cualquier cosa encima, se sentó en el suelo y agitó el frasco de esmalte rojo.

El escandaloso color hizo que el corazón le latiera con tanta fuerza que le temblaron las manos. Esperó un rato para pintarse las uñas. Mientras dejaba que se secase la primera capa, se echó hacia atrás y extendió las piernas ante sí para admirar su trabajo. Movié los dedos de los pies y la complació ver se reflejaba la luz en su brillo.

Confiaba en que Mike no se impacientara. Sonrió al pensar en él. Era alto y guapo y también le gustaba su olor. Un olor fresco y limpio, como a pinos lavados por la lluvia.

¡Ojalá hubieran podido verlo las chicas de la escuela! Se morirían todas de envidia. Sobre todo María Scalia, la bruja que le había puesto el mote de Gina «Virgen María», como si ella supiera tantas cosas sobre sexo.

Se apoyó en la cama y se imaginó mencionando casualmente a sus compañeras de clase que Mike sería su escolta durante un mes entero. Por supuesto, ella lo llamaría Michael, que iba más con él.

Sonrió y se puso la segunda capa de esmalte. Se preguntó qué diría Mike cuando le contara que quería perder su virginidad.

Con él.

Las tres y media y seguía sin haber ni rastro de ella. Mike empezaba a pensar que se había quedado dormida. Aunque no pensaba ir a llamar a su puerta. Cuanto más tiempo tardara en aparecer, mejor para él. Levantó el teléfono para hacer otra llamada.

En el corto período que tardó en comer y llegar al apartamento de Antonio, habían llegado cuatro mensajes a su buzón de *e-mail*. ¿Qué pasaría si desaparecía del despacho casi todo el mes? Sería un desastre.

A Robert le quedaban tres días para irse de vacaciones. Tendría que distraer también a su prima. Melanie o Melody, o como se llamara su último amor, tendría que esperar al crucero para tenerlo solo para ella.

Cuando colgó el teléfono, oyó abrirse una puerta. Miró el pasillo por encima del hombro, pero no vio ni rastro de Gina. Sintió una mezcla de alivio y decepción. En parte quería que siguiera más tiempo alejada para darle tiempo a controlarse. Y en parte quería perderse ya en sus ojos seductores.

Se dijo que era por su acento. Era eso lo que lo excitaba. Su primer enamoramiento importante fue con su profesora de francés. Él tenía trece años y ella seguramente alrededor de treinta. Y aunque era guapa, lo que le quitaba el sueño por las noches era su acento.

Volvió la vista al ordenador. Lo sorprendía que su jefe supiera usarlo y más aún que tuviera uno en casa. Al tocar el teclado, salió una nube de polvo y Mike movió la cabeza. Tenía que haber supuesto que Antonio no lo usaba.

Solo tenía que contestar dos *e-mails*, y acababa de salir de Internet cuando oyó carraspear a Gina. Respiró hondo y se apartó de la mesa.

Se volvió hacia la puerta y abrió mucho los ojos. Abrió también mucho la boca, pero de ella no salió ningún sonido.

—¿Te gusta? —preguntó ella, bajando las manos por los laterales de un vestido rojo que parecía una segunda piel. Llevaba suelto el pelo moreno con reflejos rojos, que le caía hasta más abajo de los hombros.

Se había maquillado, no mucho, pero lo bastante para acentuar los ojos y los pómulos. Si antes ya era guapa, ahora estaba espléndida.

—¿Mike? —frunció ella el ceño.

—Hmmm... —tenía que decir algo. Pero como la boca no lo obedecía, cometió el error de volver a mirarle el vestido. Era elástico y no dejaba dudas sobre dónde empezaba y terminaba cada curva. El escote no era muy grande, pero los pechos de ella eran tan redondos que...

—No vas a salir así.

La joven frunció el ceño y apretó sus bonitos labios pintados de rojo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —bajó automáticamente la vista por el cuerpo de ella—. Porque las mujeres aquí no visten así.

—Sí visten así.

—Por el día no.

Gina cruzó los brazos sobre el pecho y él tuvo que apartar rápidamente la vista.

—Yo las he visto.

—¿Has estado antes en Nueva York?

Ella negó con la cabeza.

—He visto *El sexo y la ciudad*. Dos veces. En casa de mi amiga Lucía.

—¿*El sexo y la ciudad*?

—En la televisión. Es...

Mike suspiró.

—Sé lo que es, Gina. Pero las mujeres no... ¿Qué?

—Es la primera vez que dices mi nombre —sonrió de un modo que a él le provocó opresión en el pecho—. Me gusta mucho cómo lo dices. Repítelo, por favor.

—No intentes distraerme.

Ella parpadeó confusa.

—No comprendo.

¿Cómo podía explicárselo, confesar que se excitaba solo con

mirarla? ¡Menos mal que estaba sentado! Se agarró al borde del escritorio y acercó la silla más a él.

Se esforzó por pensar en el domingo anterior, cuando tiró un cartón de zumo de ciruela a los pies de una compradora rubia y guapa. Pero no lo ayudó recordar el grito escandalizado de ella y sus ojos acusadores. Seguía bastante excitado, aunque al menos contaba con la protección de la mesa.

—Ah, comprendo —dijo ella, tras un silencio incómodo—. «Distraer». Significa «cambiar de tema» —parecía complacida—. ¿Yo hago eso?

Mike soltó un gemido.

—Tienes que cambiarte de ropa.

Gina lo miró con expresión herida.

—Porque estoy gorda.

Aquello lo hizo reír.

—No. créeme, no estás gorda.

Ella se encogió, echó los hombros hacia adelante y se abrazó a sí misma.

—Vamos. Gina, estás sensacional —empezó a levantarse, pero lo pensó mejor—. Estás guapísima.

Los ojos de ella se iluminaron de placer.

—Lo dices para no herir mis sentimientos.

—Te equivocas y lo sabes.

La joven parpadeó un par de veces y su duda resultaba tan palpable que él comprendió que no sabía que era guapísima, el sueño de muchos hombres.

¡Increíble! No tenía ni idea. Era cierto que había estado escondida. Seguramente había llevado uniforme de colegiala casi toda su vida. Todo aquello era nuevo para ella.

Pero a él podía causarle un infarto.

—Si quiero que te cambies no es porque estés mal, sino porque me preocupa lo que diga tu tío —le explicó.

Gina lo miró desafiante.

—No hago nada malo.

—No, es cierto. Pero ¿él lo aprobaría?

Ella suspiró y se acercó a la ventana.

Mike apretó los dientes. Hasta ese momento no le había visto la espalda ni las sandalias negras de tacón de aguja que le hacían las piernas más largas. Y eso no era todo. Tenía el trasero más perfecto que había visto en su vida. Intentó apartar la vista, pero le fue imposible.

Gina se volvió y lo miró a los ojos.

—No quiero molestar a mi tío ni a mi madre; no es esa mi intención —se pasó los dedos por el pelo, que caía entre ellos como una cortina de seda—. Solo quiero divertirme, ser como las demás chicas, disfrutar de la vida antes de...

Apretó los labios y volvió a mirar por la ventana.

—Eres muy amable por preocuparte, Mike, pero cómo vista yo no es tu problema.

Él no estaba de acuerdo. Aquello podía costarle el puesto. Todas las previsiones acertadas y presupuestos ajustados que había hecho en su vida no significarían nada si Antonio pensaba que no se portaba bien con su sobrina.

Recordó cómo le gustaba a su jefe hablar de su familia italiana y mencionar que estaba emparentado con un padrino de Sicilia. Algunos empleados del almacén se reían de eso a sus espaldas, pero tal vez no era una broma. Tal vez podía encargarle a alguien su muerte y hacer que pareciera un accidente.

—Mira, Gina, ya que soy tu escolta mientras estés en Nueva York, creo que soy responsable de ti.

Ella puso los brazos en jarras.

—No soy ninguna niña.

—No, eso es cierto —tragó saliva y carraspeó—. ¿Me disculpas un momento?

Tenía que hablar con Robert. Aquello no podía salir bien. Y sí podía costarle muy caro.

Gina lo miraba con aire incierto y él comprendió que esperaba que se levantara y saliera. Aquello podía ser un problema, pero no podía hablar delante de ella. Se movió un poco, con la esperanza de aflojar el pantalón.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella avanzando hacia él.

—No —se levantó de la silla—. Nada. Tengo que llamar por teléfono.

Ella lo siguió al pasillo.

—En privado.

Gina achicó los ojos y se mordió el labio inferior.

—¿Por algo que he hecho?

Mike vaciló, fascinado por la nueva contorsión de sus labios.

—Más o menos.

La joven se acercó más.

—¿Qué es lo que he hecho?

Solo tenía que mirarle la bragueta y sabría exactamente lo que había hecho. Mike retrocedió hacia la sala.

—Nada. Tengo que llamar.

Ella lo siguió.

—Pero Mike...

Él creyó oír algo y levantó una mano para pedir silencio.

—Pero es que...

—¡Espera! ¿Oyes eso?

Gina se detuvo a escuchar.

Un «clic» rompió el silencio.

—¡La puerta! —Mike maldijo entre dientes—. ¡Es tu tío!

Capítulo 3

—¡*Mamma mia!* —la mirada de Gina voló hacia la sala. A pesar de sus valientes palabras no quería que su tío la viera así.

—Vete a tu cuarto. Le diré que te has echado la siesta.

Estaba dispuesta a obedecer cuando se abrió la puerta.

No podría llegar a su cuarto antes de que Antonio la viera. A su izquierda había una puerta cerrada. Tiró a Mike de la manga y lo introdujo con ella en el cuarto oscuro; pero este resultó ser un armario.

—¿Se puede saber qué...? —Mike guardó silencio al oír la voz de Antonio llamándola. Musitó algo que ella no entendió.

El armario era pequeño y los dos estaban muy juntos. Gina apenas podía respirar. Movié el brazo derecho y su pecho rozó el cuerpo de él.

Solo había estado en una ocasión tan cerca de un chico, Diego, un compañero de clase de su hermano que parecía tener veinte manos. Al principio fue divertido y excitante, pero luego la tocó entre las piernas y ella se asustó. Le pidió que parara y, como no le hizo caso, le mordió el brazo.

Pero Mike no la tocaba. Pensó qué haría si ella le ponía las manos en el pecho. Sonrió al darse cuenta de que no podía hacer nada si no quería alertar a su tío. Y eso no lo haría.

—¿Mike? —susurró.

—Sssss —le puso un dedo en los labios; al principio falló debido a la oscuridad, pero luego la encontró y a ella se le aceleró el corazón.

Separó levemente los labios y el dedo de él rozó su labio inferior al retirarse. Una oleada de calor se extendió por su cuerpo; cerró los

ojos y se acercó más, apretando un poco los senos contra el pecho de él.

El corazón masculino latía con fuerza contra su cuerpo. Tragó saliva. Quería besarlo. Quería que la rodeara con sus brazos. Quería...

Su tío tosió y ella dio un salto. Parecía que estaba justo al otro lado de la puerta.

Mike levantó instintivamente los brazos para mantenerla inmóvil. Ella apoyó la mejilla y una mano en el pecho de él. El hombre no se movió al principio, pero luego la apretó un poco, no mucho, pero sí lo suficiente para que le fallaran las rodillas.

Movió un poco la mano en el pecho de él. Mike se apartó levemente y ella sintió la mano de él en la espalda. Despacio, sin apretar, pero suficiente para que la caricia le pusiera la piel de gallina en los brazos.

Se puso de puntillas para poder acercarse a su oído.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró.

Mike no tenía ni idea. De no haber estado tan excitado, se habría enfadado con todo aquello. Una cosa era que Gina se escondiera en el armario, pero ¿los dos juntos? ¿Cómo explicarle eso a Antonio?

Bajó la cabeza hasta la oreja de ella. Unos mechones sedosos rozaron su mandíbula. Su exótico aroma lo incapacitó momentáneamente para pensar. Estaban tan cerca que ella tenía que notar por fuerza su erección. Y él no podía hacer nada.

—Tendremos que esperar —consiguió murmurar al fin.

Necesitaba pensar. Pero no era fácil con los senos de ella en su pecho. Se movió un poco, con la esperanza de separarse, y la cadera de ella rozó su miembro erecto.

Se dio cuenta de que todavía la tenía abrazada. Aflojó los brazos y sus manos cayeron hasta la curva del trasero de ella. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para reprimir la tentación de estrecharlo contra sí.

Gina era como las chicas del instituto a las que había mirado de lejos sin tener nunca el valor de invitarlas a salir. Ellas eran animadoras y cantantes de grupos de *rock* y no salían con nadie que no fuera jugador de *rugby*.

—¿Mike? —ella le tocó el pecho para llamar su atención—. Creo que mi tío ha entrado en el baño.

—Espera —tocó los labios de ella con el pulgar. Estaban húmedos y tuvo el deseo inmediato de bajar la cabeza y besarlos.

La mano de ella se movía sin descanso sobre su pecho. Era imposible que no sintiera el golpeteo de su corazón, que parecía a punto de explotar. No era lo único a punto de explotar y sabía que ella también podía sentir lo otro.

Se enderezó, escuchó y le pareció oír un grifo de agua. Con eso le bastó. Se soltó del abrazo tentador de ella y giró el picaporte sin hacer ruido. Un vistazo rápido al pasillo le anunció que no había moros en la costa.

—Vete a tu cuarto, deprisa —dijo. Y él salió por la puerta del piso como alma que lleva el diablo.

A la mañana siguiente, Mike fue el primero en llegar al despacho. Llegó pronto, sobre las seis y media, después de que lo despertara una pesadilla antes de que sonara el despertador. En la pesadilla, Antonio y su cuñado Augie lo perseguían con cuchillos de carnicero. Acababan de alcanzarlo cuando despertó y se sentó en la cama bañado en un sudor frío.

El recuerdo de aquel sueño lo hizo mirar por encima del hombro al dar las luces de la oficina. Después de encender la cafetera, vació su bandeja de entrada de papeles y empezó a revisar informes y recibos.

No dejaba de pensar en Gina. No era fácil describirla. ¿Había engañado a su familia o de verdad había llevado una vida tan recluida? La inocencia de sus ojos y la vacilación de su voz cuando intentaba imponerse eran innegables, pero había un refrán que su

madre repetía a menudo: «El hábito no hace al monje», y Gina era un buen ejemplo de aquello.

—Hola, Mike.

La voz de Antonio lo sobresaltó y se le cayó el bolígrafo, que rodó hasta el reloj. Eran las siete y cuarto.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

El otro gruñó y buscó un puro en el bolsillo.

—Es por Gina —dijo—. Anoche no pude salir, tuve que quedarme en casa con ella y he dormido demasiado. ¿Dónde te metiste tú?

—¿Yo? Me fui a casa. Pensé que estaba muy cansada para salir.

—¿Cansada? Por poco me vuelve loco. Tiene una lista de lugares que visitar así de larga —abrió mucho las manos—. Le dije que tiene que esperar a que la acompañes tú. Yo no conozco los lugares para jóvenes.

—Creía que le gustaba pasar el tiempo en bibliotecas y con ordenadores.

Antonio hizo una mueca.

—Eso es lo que le gusta a su madre que haga. Sophia está muy anticuada. Gina debería ir al cine o a bailar. Tiene que hacer lo mismo que las chicas de su edad.

Mike no estaba de acuerdo, pero se guardó de decirlo, y Antonio miró la montaña de papeles que tenía delante.

—No pensarás trabajar hoy —dijo.

—Tengo unas llamadas pendientes y...

—No. Gina está desayunando en casa. Estará lista en una hora. Hoy quiero que la lleves a Central Park...

—A lo mejor Robert puede...

Antonio negó enfáticamente con la cabeza.

—Robert va a Nueva Jersey a examinar un local para un centro nuevo de distribución.

—¿En Jersey? —no tenía sentido, ya que en ese momento buscaban una sede en la Costa Oeste y no podían permitirse dos

centros nuevos a la vez.

Antonio se encogió de hombros.

—Está cerca y es más barato que ninguno de los barrios de Nueva York.

—¿Por qué no se me ha dicho nada de esto?

—No se ha tomado ninguna decisión —el viejo movió una mano con impaciencia—. Preocúpate de Gina. Tu trabajo puede esperar.

Mike reprimió un juramento. ¿Qué demonios pasaba allí? ¿La propuestas de la Costa Oeste eran solo un caramelo para tenerlo contento una temporada? Tenía que hablar inexcusablemente con Robert.

—Cuidaré de tu sobrina.

—Bien —Antonio sacó del bolsillo un fajo de billetes sujetos con un clip dorado. Dejó dos de los grandes en la mesa de su empleado—. Dile que se compre algo bonito, ¿eh?

Mike quería que se marchara. Siempre le había caído bien. Se había portado bien con su madre, a la que había pagado un sueldo más que razonable y con la que se había mostrado generoso en Navidad y en su cumpleaños. También había sido generoso con él. Pero no le gustaba su modo de ignorar a Gina. Hablaba mucho de la familia, aunque no parecía tener mucho tiempo para su sobrina.

Por supuesto, las actitudes de los Scarpetti varones hacia las mujeres no eran siempre admirables. No les faltaban abiertamente al respeto, pero las protegían demasiado y no tenían muy en cuenta sus opiniones fuera del hogar.

Lo sorprendía que Gina hubiera ido a la universidad. Pensó que iría a hacer con su educación. Seguramente entrar en el negocio familiar en el lado italiano, donde producían el vino. Era lógico que trabajara en los viñedos que dirigían su padre y Giuseppe, el hermano mayor de Antonio.

Aunque también tendría otras opciones. Dominic, otro hermano de Antonio, dirigía la distribución del vino en París, y Pietro, el más

joven, se ocupaba de la comercialización y el almacenamiento en Roma. Gina podía destacar en la parte de ventas. ¿Qué hombre con sangre en las venas no le haría pedidos grandes? Sabía que era un concepto machista pero esa era la realidad en un negocio domando por los hombres.

Pero ¿por qué le molestaba tanto pensarlo? ¿Y a que venía aquel interés repentino por el futuro de Gina? Ya tenía bastantes preocupaciones con lograr que no se metiera en problemas en el próximo mes Y conservar su empleo.

Revisó los papeles que no podían esperar, le dejó un mensaje a Robert para que lo llamara cuando volviera y tomó un taxi hasta su casa. Si tenía que pasar el día en Central Park, no lo haría vestido de traje.

Gina, sentada en el alféizar, miraba la acera atestada de gente que iba a trabajar. Muchas mujeres llevaban traje y zapatillas deportivas. Una combinación extraña pero práctica, que nacía que envidiara su libertad de elección.

Deseaba tener un traje, pero su madre los consideraba muy masculinos. Suspiró y miró su reloj. ¿Cuándo llegaría Mike? Esperaba que no estuviera enfadado por lo del día anterior. Cuando oyó a su tío, le falló el valor y cedió al pánico. Pero no había pasado nada. Su tío pensaba que estaba sola en su habitación y, además, aún confiaba en su recatada educación católica.

Bajó del alféizar y se ajustó la falda. No era fácil llevar prendas tan cortas. Tiraba de ella constantemente e intentaba no dejarse llevar por el pudor.

El timbre de la puerta hizo que tropezara con las sandalias de tacón de aguja, a las que no estaba acostumbrada, y se acercó a la puerta a la pata coja.

Mike no parecía contento.

—Gina, ¿por qué no has preguntado quién era antes de abrir?

La chica se encogió de hombros, más interesada por cómo le

quedaban los vaqueros ceñidos y la camiseta negra. Estaba demasiado atractivo aquel día. Pensó si sería capaz de dominarse.

—Sabía que eras tú. Mi tío me ha dicho que vendrías.

Él la miró de arriba abajo.

—Pero tienes que demostrar más cautela. La próxima vez averigua quién es antes de abrir la puerta. Nueva York no es el lugar más seguro del mundo.

—¿Por qué quieres asustarme?

—Solo quiero que seas más sensata —entró y cerró la puerta tras él—. Tu tío me ha dicho que quieres ir a Central Park.

—Oh, sí. ¡El cielo está tan azul! Hará un día perfecto, ¿verdad?

—Y en ese caso, ¿qué haces vestida así?

Gina miró la blusa rosa anudada a la cintura y la minifalda vaquera.

—¿Tampoco te gusta esta ropa?

—Me gusta mucho, pero no para un día de parque. ¿Y si quieres sentarte en la hierba?

—No tengo pantalones —murmuró ella, apartando la vista.

—¿Cómo dices?

—Mamá cree que las mujeres no deben llevar pantalones.

Mike soltó una carcajada.

—¿Y cree que debes llevar esto?

Gina se sonrojó. A veces se avergonzaba de la actitud anticuada de sus padres.

—No, pero esto me lo hice en secreto. Los pantalones son más difíciles de cortar y requieren más tiempo.

Mike la miró comprensivo. Sonrió.

—¿Te gustaría tener unos vaqueros?

—¡Oh, sí! De esos con la rodilla rota o...

—Vamos a comprarlos, ¿vale? —sonrió él.

* * *

¿Por qué se buscaba él mismo aquella tortura? Nunca antes había mostrado tendencias masoquistas. ¿Cómo podía haber pensado que sería fácil ir de compras con una mujer con el aspecto de Gina?

Ella salió del vestidor.

—¿Qué te parecen estos? —dio una vuelta completa para que los apreciara bien—. ¿Te gustan?

Los vaqueros desteñidos se pegaban a su piel y acentuaban la cintura estrecha y las caderas exuberantes. Tenía un estómago muy plano y un trasero redondo y perfecto que llamaba a gritos a las manos de un hombre.

—Mike, ¿te encuentras bien? —preguntó ella; frunció el ceño con preocupación.

—Prefiero los otros —dijo él.

—Pero son muy anchos.

—¿Y con esos puedes sentarte?

Ella sonrió y avanzó hacia él.

—¿Quieres verlo?

Mike levantó una mano.

—No es necesario.

Imposible adivinar lo que podía hacer. Él ocupaba la única silla que había fuera del probador de mujeres, lo que dejaba solo sus rodillas como único lugar posible para la demostración. ¡Lo que faltaba! Como si no hubieran atraído ya bastante la atención de los otros clientes de Bloomingdale's.

Tanto los hombres como las mujeres miraban a Gina cada vez que salía del probador. Ella parecía ignorar la mezcla de envidia y admiración que expresaban sus miradas. Estaba demasiado excitada con la idea de comprar.

—Solo me falta probarme otro par —se volvió—. ¿Puedo comprar dos pares? ¿Por favor?

Si se negaba, seguro que dos hombres que no le quitaban la vista de encima le comprarían todo lo que quisiera. Una mujer de unos

treinta años que la oyó lanzó a Mike una mirada hostil, como si fuera un vil marido controlador.

—De acuerdo, pero date prisa —se puso en pie y sacó la cartera. Antonio le había dado bastante dinero, suficiente para los vaqueros y un vestido, un vestido apropiado, como una túnica, por ejemplo. Qué diablos, incluso pagaría una de su bolsillo sin protestar.

Gina salió del probador con unos pantalones nuevos, tan parecidos a los anteriores que no parecía que se hubiera cambiado. A petición de la joven, la vendedora les quitó la etiqueta para que pudieran llevárselos puestos.

Después de recoger y pagar las compras, se dirigieron a las escaleras mecánicas, pero solo llegaron hasta la planta de lencería. Gina se detuvo allí y miró los juegos de seda negros y rojos que tenía delante.

Mike sintió pánico.

—Vámonos, se hace tarde.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Central Park cierra?

—No me refería a eso.

Gina lo tomó del brazo.

—¿No podemos quedarnos diez minutos más?

Mike miró el maniquí con el juego de lencería y procuró no pensar en el modo en que Gina le frotaba el interior del brazo.

—Por favor —le suplicó ella.

—Solo diez minutos.

—Prometido —sonrió y lo besó en la mejilla.

Una caricia inocente que le provocó una erección importante. Y le hizo comprender que no podía quedarse allí a verla elegir ropa interior.

—Te espero en el primer piso —dijo.

Ella lo miró decepcionada.

—¿Por qué?

—Porque tengo que hacer algo allí —metió la mano al bolsillo y sacó dinero—. Toma.

—Gracias, pero tengo dinero propio —levantó la barbilla y se alejó de él.

¿Qué le había hecho?

—Diez minutos —le recordó—. Donde empiezan las escaleras mecánicas.

Ella agitó una mano sin volverse y él dio media vuelta y aprovechó el tiempo para ir al baño y mojarse la cara con agua fría. De regreso a las escaleras mecánicas, se detuvo en el mostrador de cosmética masculina y se echó una colonia de muestra. Olía mal y soltó un gruñido que atrajo algunas miradas. Por algo no usaba él nunca colonia.

Llegó al lugar acordado con un minuto de antelación. Ni rastro de Gina.

Esperó.

Ocho minutos después seguía sin haber ni rastro de ella. Le daría dos minutos más e iría en su busca.

Cinco minutos después, volvía a subir a la planta de lencería. No la vio, así que detuvo a una vendedora.

—Busco a una amiga —dijo—. Bajita, pelo moreno, guapa...

—¿Con acento italiano? —sonrió la mujer.

—La misma —sintió un gran alivio.

—Sí, ha ido por ahí —la mujer señaló en dirección contraria a la escalera mecánica—. Con dos caballeros.

Capítulo 4

—Habíamos quedado hace media hora al pie de las escaleras — Mike agitó las manos con nerviosismo—. ¿El único modo de bajar a la primera planta son las escaleras mecánicas y los ascensores?

El guarda de seguridad asintió con la cabeza.

—Para los compradores sí.

—¿Qué quiere decir? ¿Hay escaleras que no hayamos visto?

—No tema, señor Mason —el guarda miró las notas que había tomado hasta el momento—. Ya tenemos su descripción. Encontraremos a su hija. ¿Cuántos años dice que tiene?

—Veintitrés —murmuró Mike.

—¿Cómo?

—Yo no he dicho que fuera mi hija.

El guarda cerró la libreta y lo miró de hito en hito.

—¿Acaso me está tomando el pelo? Estamos hablando de una mujer adulta, no de una niña.

Mike movió la cabeza.

—Sí, pero es nueva en la ciudad y...

—También lo son la tercera parte de las personas que hay en la tienda —el guarda cruzó los brazos sobre su amplio vientre—. Tendría que hacer que lo arrestaran.

—Eso es absurdo. ¿Con qué cargo?

—Si ocurre algo en esta tienda, un robo o algo parecido mientras usted nos ha distraído, tendré que pensar que está conchabado.

Mike lanzó un gemido. Aquel guarda tenía mucha imaginación.

—Mire, le digo la verdad. Es italiana y no habla mucho inglés.

—¿Sabe una cosa, amigo? La mitad de los habitantes de esta

ciudad no hablan inglés.

—Sí, pero...

—¡Mike!

Se volvió al oír su voz.

Ella corrió hacia él, lo abrazó por la cintura y enterró el rostro en su pecho.

—Gina, ¿estás bien? —la estrechó con fuerza y le acarició la espalda.

La joven murmuró algo en italiano, pero no levantó la vista.

Otro guarda de seguridad, alto y delgado, se acercó a ellos.

—Está bien —dijo. Intercambió una mirada con su compañero y miró a la gente que empezaba a reunirse a su alrededor—. Se ha llevado un susto, nada más.

—¿Y dos hombres han tenido algo que ver con eso? —preguntó Mike con una furia que no sabía que poseía.

Gina levantó la vista.

—Han dicho que los había enviado tú a buscarme, que habías tenido un accidente.

Mike miró su cara pálida.

—¿Te han hecho algo?

Ella negó con la cabeza.

—Le he dado un puñetazo al más pequeño.

Mike reprimió una carcajada y miró al guarda alto y delgado.

—¿Los ha atrapado?

La expresión sombría del hombre fue respuesta suficiente.

—Si quieren denunciar el hecho, vamos a la oficina.

—No —Gina se enderezó y se apartó de Mike—. Vamos a Central Park.

—Pero...

—Han salido corriendo. No los alcanzarán. Y si el tío Antonio se entera de lo que ha pasado, me meterá en un avión para Italia.

Mike miró al guarda de seguridad, que se encogió de hombros. Su

compañero intentaba desperdigar al grupo de mirones.

—Quiero irme ya, por favor —su acento era más espeso que nunca, tal vez porque estaba alterada. En sus ojos había una mezcla extraña de súplica y determinación. Al parecer, había tomado una decisión.

—Vale, pero no te apartes de mí, ¿lo has entendido?

La joven asintió con entusiasmo y se agarró a su brazo. Mike la acercó más hacia sí, sin saber qué temía más... si a ella o a lo desconocido.

—Quiero otro perrito caliente —Gina buscó dinero en los bolsillos de sus vaqueros—. Y un refresco de cola con mucho hielo.

—Te vas a poner mala.

Ella arrugó la nariz.

—¿Por qué?

—Porque ya has tomado dos refrescos, un perrito caliente y palomitas.

—Sí, ¿y qué? —entregó el dinero al vendedor y echó mostaza al perrito caliente.

Tenía un apetito increíble para una mujer de su estatura. Claro que también quemaba muchas calorías. Mike se cansó solo de verla jugar al *Frisbee* con dos chicos de doce años que habían conocido antes. Ella corría y se lanzaba a agarrar el plato como si el mundo entero dependiera de ello.

No era de extrañar que estuviera en tan buena forma física. Se movía sin cesar. Hasta había conseguido que él se levantara también a parar algunos lanzamientos.

Dio un gran mordisco al perrito caliente y se manchó de mostaza la punta de la nariz. Mike se la limpió con el pulgar. Ella sonrió y tomó un trago de su refresco.

—Vamos a buscar una sombra —dijo él, que llevaba la bolsa con la minifalda y los otros vaqueros que habían comprado.

La bolsa de la lencería se había perdido en la lucha con los dos

hombres. Y Mike no podía hacer nada aparte de enfurecerse cada vez que lo recordaba.

Y no solo porque fuera responsable de ella ante Antonio, sino también porque la idea de que dos gusanos arrastrados pudieran abusar de su confianza y su inocencia, le hacía hervir la sangre. Y que eso pudiera ocurrir prácticamente delante de sus narices lo hacía sentirse además muy culpable.

Pero tenía que reconocer que ella era fuerte y no había permitido que el incidente alterara su buen humor.

—¿Nos sentamos aquí? —ella se había detenido en un roble cuyas raíces voluminosas sobresalían del suelo, lo que no le impidió buscar un trozo estrecho de hierba. Se instaló en él y señaló el suelo a su lado.

A Mike no le quedó más remedio que acomodarse allí.

—Me gusta mucho Central Park —sonrió ella—. ¿Podemos volver?

—No sé. Tú me agotas.

Gina frunció el ceño.

—Es broma —aclaró él.

—¡Ah! —terminó el perrito caliente y se limpió la boca.

Mike miró sus labios húmedos y de color melocotón y sintió que la adrenalina lo invadía. Ella sacó la lengua para atrapar una miga que tenía en la comisura de los labios y él tuvo que apartar la vista.

—¿Qué tipo de ejercicio haces? —preguntó ella.

—¿Ejercicio?

—Sí. Todo el mundo tiene que hacer ejercicio.

—Yo hago suficiente corriendo por la oficina.

Gina hizo una mueca.

—No es lo mismo.

—Trabajo muchas horas, no tengo tiempo.

—¿Mi tío te hace trabajar tanto?

Mike hizo una mueca.

—No, yo me hago trabajar tanto.

—Eso no está bien —ella movió la cabeza con preocupación—.

¿Nadas?

Él se encogió de hombros.

—Hace tiempo que no.

Gina apoyó las manos detrás de su cuerpo y se echó hacia atrás. Aquella posición mostraba bien su vientre plano y hacía sobresalir sus pechos.

—Mañana iremos a nadar.

—¿Dónde? —preguntó él, divertido por su seguridad.

—¿No conoces ningún sitio? —ella frunció el ceño: sus ojos se iluminaron—. A Coney Island. Leí algo sobre ese sitio en el avión.

Mike hacía años que no iba allí.

—Tal vez —dijo.

—¿Por qué tal vez?

—Porque tengo mucho trabajo atrasado. Y he pensado que tú podías ir a la biblioteca por la mañana y...

Ella lanzó un gemido.

—A la biblioteca puedo ir en casa. Ahora puedo ver Nueva York.

—Pero no podemos salir a todas horas.

—¿Por qué no?

El se echo a reír.

—Escucha, ¿por qué no me acompañas a la oficina y usas mi ordenador mientras me quito unos papeles de encima y después nos vamos juntos?

—¿A Coney Island?

—Estaba pensando en un museo. ¿El Guggenheim?

—Oh, sí; está en mi lista.

—Estupendo, tienes una lista —suspiró él—. ¿Y esa lista incluye tiempo de descanso?

Gina se echó a reír.

—Ven —dijo. Se sentó más recta y retrocedió hasta apoyar la

espalda en el tronco del árbol.

—¿Adónde?

—Aquí —tiró de la manga de él—. Acércate más.

Mike obedeció, a pesar de saber que aquello implicaba problemas.

La joven le pasó un brazo por los hombros y lo alentó a colocar la cabeza en su regazo. Él se resistió, pero ella le dedicó una sonrisa que acabó con toda sus resistencia.

—¿Qué pasa? ¿Crees que soy muy mayor para seguirte el ritmo y necesito una siesta?

—Sí.

—¡Eh! —empezó a levantar la cabeza.

Gina se echó a reír. Le pasó los dedos por el pelo y tiró de él, obligándolo a apoyar la cabeza en sus muslos. Mike se dejó y ella empezó a masajearle el cuero cabelludo.

Él cerró los ojos.

—Esto no es buena idea —dijo, pero no hizo ademán de moverse.

—¿Por qué?

Mike abrió los ojos. Ella lo miraba confusa. Sus dedos seguían acariciándolo con asombrosa destreza.

—¿No lo sabes?

Ella parpadeó.

—A papá le gustaba que le frotara la cabeza; decía que lo relajaba.

Mike hizo una mueca. Era evidente que ella no tenía una mente tan sucia como la suya. ¡Qué imbécil era!

Los dedos de ella se quedaron quietos.

—Pero con papá yo nunca tenía una sensación rara en el estómago.

Mike se sentó de golpe.

—¿Te he hecho daño? —preguntó ella, sinceramente preocupada.

Él negó con la cabeza y se puso en pie. ¿Era posible que fuera tan ingenua?

—Más vale que volvamos. Dentro de una hora será muy difícil encontrar un taxi.

Gina le tendió la mano y él la ayudó a levantarse. Entonces ella lo besó en la mejilla, sin previo aviso.

—Gracias por un día maravilloso —lo abrazó por la cintura y lo miró a los ojos—. Ha sido un día perfecto.

—De nada —intentó soltarse—. No creo que debas hacer esto.

Gina lo abrazó con más fuerza.

—¿Por qué no? ¿Por qué tú me haces cosquillas en el estomago?

—¡Gina!

—¿Mike?

—¿Sí? —retrocedió un paso y ella avanzó con él.

—¿Puedo pedirte una cosa más?

—¿Cuál?

—¿Quieres besarme?

Mike le sostuvo la mirada hasta que se dio cuenta de que estaba pensando en acceder.

—¡Por todos los santos! Gina, no se te ocurra pensar en esas cosas.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—¿Tienes novia? —aflojó los brazos.

—No.

—Me alegro —echó atrás la cabeza y cerró los ojos—. Puedes besarme ahora.

Sus labios resplandecían bajo la luz del sol. Mike tragó saliva.

—Nada de besos.

Gina abrió los ojos, que se veían heridos y tormentosos.

—No te gusto. Crees que te creo muchos problemas.

—Por supuesto que no.

La joven dejó caer los brazos y retrocedió.

—No importa. Lo comprendo.

—No, no lo entiendes —odiaba la expresión herida de su rostro. ¿Qué le habían dicho sus padres? O quizá habían sido las monjas las que socavaron su autoestima—. Es porque estamos en un lugar muy público.

Gina abrió mucho los ojos y sonrió.

—Debes de estar planeando un beso muy especial.

Mike lanzó un gemido. Seguramente ella solo le pedía un beso rápido, y ahora esperaba mucho más.

—¡Robert, espera! —Mike saltó de su mesa para alcanzarlo antes de que el otro desapareciera.

—Café. Necesito un café enseguida —Robert se volvió hacia la pequeña cocina de la oficina.

Mike lo siguió, pero al ver la puerta abierta del despacho de Augie, se detuvo allí.

—No sabía que estabas ya aquí. Podíamos haber tomado un café juntos.

Augie se encogió de hombros y miró el periódico abierto en su mesa.

—Tenía muchas cosas pendientes.

Mike frunció el ceño. Sí, Augie parecía muy ocupado. ¿Qué narices pasaba allí? Augie siempre tenía tiempo para tomar café con él, aunque solo fuera para descubrir cómo iban las ventas y mantenerse informado.

—De acuerdo —dijo Mike—. Tal vez mañana.

—Claro —Augie levantó la vista un instante y volvió al periódico. Mike siguió hacia la cocina y esperó a que Robert se sirviera una taza de café.

—¿Tu despacho o el mío? —preguntó este después de tomar un sorbo.

—El mío. Tengo el café en mi mesa —Mike abrió la marcha por el pasillo. Al menos Robert no parecía evitarlo. Aunque tampoco le había dicho aun nada sobre su viaje a Nueva Jersey.

—¿Qué hay de nuevo? —Robert se sentó enfrente de él con la taza en las manos y la mirada fija.

—Esperaba que me lo dijeras tú.

El otro enarcó las cejas.

—¿Cómo dices?

—¿Qué hay de tu viaje a Jersey?

Robert hizo un gesto con la mano.

—Nada. Ya conoces a papá. Hay que renovar el alquiler del almacén y cree que lo van a subir mucho, así que le entra el pánico.

Mike frunció el ceño. Aquello no le gustaba. Una mudanza podía implicar un retraso en la apertura del centro de distribución de la Costa Oeste.

—Seguramente lo subirán —dijo.

—No lo creo. Papá lleva más de veinte años haciendo negocio con los Einstein —Robert tomó un sorbo y miró a Mike por encima del borde de la taza—. Tú no creías que estaba haciendo algo a tus espaldas, ¿verdad?

—No, pero no entiendo por qué no me dijiste que ibas a Jersey.

—Papá me lo pidió en el último momento —se encogió de hombros—. Supongo que intenta tenerme ocupado para que no me sienta inútil.

—Déjate de tonterías. Nadie piensa eso.

—Claro. Necesito más café.

—¿Tienes antes un minuto más?

—No temas —se puso en pie—. La distribución en la Costa Oeste será tuya. A menos que papá no crea que yo pueda encargarme de las cosas aquí.

Mike se sintió culpable. Aquella idea se le había pasado por la cabeza. No porque pensara que Robert no fuera capaz, simplemente porque no parecía mostrar interés.

—¿Desde cuándo te importa lo que piense tu padre?

—No me importa —repuso el otro sin convicción—, pero lo oí

hablar con mi prima.

— ¿Qué prima?

— Gina.

— ¿De ti?

— Olvídalo. ¿De qué querías hablar tú?

Mike no deseaba olvidarlo. Conocía a Robert y sabía que lo molestaba algo. Tal vez consideraba a Gina una amenaza. A lo mejor ella quería... ¡No! ¿Quería trabajar en las oficinas de Nueva York? Aunque así fuera, por el momento solo estaría cualificada para entrar de aprendiz.

Pero ahora ya no quería hablarle a Robert de ella. Si se presentaba una situación así, no quería verse atrapado en el medio.

— Apuesto a que es de Gina — dijo Robert.

— ¿El qué?

— Que quieres hablarme de ella, ¿verdad? — sonrió—. ¿Qué pasa? ¿Ya te tiene mortalmente aburrido?

— No exactamente — murmuró Mike. No le parecía bien hablar de ella con nadie. Y no solo por el posible aspecto del trabajo. Había algo más. Le parecía una traición a la relación que tenía con ella, lo cual era una locura teniendo en cuenta que solo hacía dos días que se conocían.

Robert frunció el ceño y lo observó con atención.

— ¿Qué ocurre?

— Nada. Estaba pensando en todo el trabajo que tengo.

— Ah — Robert asintió, pensativo—. Y Gina te ocupa todo el tiempo.

Mike se encogió de hombros.

— Bueno, también me deja algo de tiempo para ponerme al día. Estamos trabajando en eso.

Robert se frotó la nuca con el ceño fruncido.

— Mira, sé que hoy queréis ir a Coney Island. Puedo llevarla yo.

Resultaba evidente que no lo atraía nada la idea, así que Mike

sabía que no le importaría que declinara la oferta.

—Tú te vas de vacaciones mañana. Vete a casa a hacer el equipaje.

—Vale, pero no digas que no me he ofrecido.

Mike hizo una mueca.

Robert lo miró compasivo.

—A mi vuelta prometo sustituirte.

—No te preocupes —Mike se levantó para ir a buscar más café—.

Lo tengo todo controlado.

—Eso espero —Robert señaló el pasillo con la barbilla—. Mira a quién ha traído papá con él.

Capítulo 5

Gina estaba sentada ante el ordenador de Mike, en un rincón del despacho, mientras él estudiaba un papel en su escritorio. Procuraba concentrarse en la pantalla, pero su mirada se escapaba de vez en cuando en dirección a él, que esa mañana estaba especialmente guapo con el pelo castaño claro algo revuelto y una sombra de barba en la cara.

Se preguntó si la besaría aquel día y qué sensación le produciría la barba rasposa en la piel.

Cuando vio que él levantaba la vista para mirarla, comprendió que había suspirado en voz alta. Volvió rápidamente su atención al ordenador.

—No tardaré mucho —anunció él—. Un cuarto de hora más.

—No tengas prisa, estoy bien —se encontraba de muy buen humor. Nada podía arruinarle el día.

Su tío no había dicho nada sobre sus vaqueros nuevos.

Encontró la página web de *El sexo y la ciudad* y tomó una libreta y un bolígrafo que tenía cerca. Había perdido la lista de clubes nocturnos que había imprimido en el ordenador de su casa. Los clubes a los que iban las cuatro mujeres de la película. Mike seguramente no querría ir a la mayoría por no molestar a su tío, pero ella lo convencería.

Tardó más de diez minutos en copiar todo lo que quería. Aunque había aprendido inglés desde muy joven, nunca lo había leído ni escrito mucho desde las clases de secundaria. Revisó la lista y se dio cuenta de que había escrito la mitad en italiano.

—Solo unos minutos...

Sonó el teléfono y Mike soltó un gruñido. Levantó el auricular y dijo su apellido.

Gina pensó en salir de la estancia, pero era evidente que se trataba de una llamada de trabajo y no personal. Además, le gustaba oírlo hablar de trabajo. Parecía muy seguro de sí y muy listo. También le gustaba su aspecto, la cara seria con la que describía el último vino gran reserva que habían embotellado.

Colgó el auricular y la miró con aire de disculpa.

—¿Estás lista para la playa?

Ella asintió.

—Pero si tienes más trabajo, no me importa esperar.

—Podría trabajar hasta medianoche y seguiría teniendo trabajo. Vámonos.

—Quizá yo pueda ayudarte.

El joven soltó una carcajada.

—No hace falta. Seguirá todavía aquí cuando vuelva.

A Gina le dolía su actitud.

—Sé muchas cosas sobre este negocio.

Mike le lanzó una mirada extraña.

—Seguramente más que yo. ¿Por qué has dicho eso?

—Tú tienes mucho trabajo, pero no quieres mi ayuda.

—No es eso. Tú estás de vacaciones. Seguramente este será tu último descanso antes de empezar a trabajar.

—¿Empezar a trabajar yo?

—Cuando vuelvas a Italia.

Ella frunció el ceño. No entendía las palabras de él.

—Supongo que trabajarás en la sede central de Toscana —Mike se encogió de hombros, pero sus ojos eran vigilantes—. O quizá pienses trabajar en las oficinas de París o Roma.

Gina se preguntó si intentaba gastarle una broma. Las mujeres de su familia no trabajaban en el negocio. Se casaban y tenían hijos. Y eso era lo que esperaban de ella.

Sonó de nuevo el teléfono y Mike hizo ademán de contestar, pero se detuvo.

—Que salte el contestador.

—Pero puede ser de trabajo —se sentía culpable: descuidaba su trabajo por ella—. Puede ser importante.

Mike soltó una carcajada.

—¿Seguro que eres pariente de Robert?

—¿Cómo dices?

—No me hagas caso, era un chiste malo —descolgó el teléfono, pero tardó muy poco en volver a colgar. Lanzó un gruñido de impaciencia.

—¿Ocurre algo? —preguntó Gina.

—Uno de nuestros distribuidores quiere verme. Solo serán unos minutos, ¿vale?

—No te preocupes.

—¿Quieres esperar en el despacho de tu tío o prefieres la zona de la cocina?

—¡Oh! —quería seguir oyéndolo hablar, pero se puso en pie, consciente de que su presencia en un encuentro de trabajo no sería adecuada—. Aún no he estado con tío Augie. Voy a buscarlo.

—Siento esto, Gina.

—Es el trabajo, Mike —le sonrió desde la puerta—. Lo comprendo.

—Podría hacerlo esperar, ya que no tiene una cita, pero está pensando en cambiar nuestros vinos por los Mondavi.

La joven dio un respingo.

—Nuestras uvas son muy superiores. ¿Por qué iba...?

Mike carraspeó y miró la puerta detrás de ella.

—George, me alegro de verte.

Gina se volvió y vio acercarse un hombre. Era más bajo que Mike, quizá un poco más viejo, y tenía un bigote oscuro poblado y ojos negros pequeños.

—Me alegro de verte, Mason —miró a Gina con curiosidad y estrechó la mano de Mike—. ¿Te vas de vacaciones?

Mike miró sus vaqueros y su camisa polo roja.

—No, voy a pasar el día fuera. Tengo una invitada —señaló a la joven—. Te presento a Gina Ferraro, sobrina de Antonio. George Zacharias.

Se estrecharon la mano.

—Encantado de conocerlo, señor Zacharias.

—George, por favor. ¿Es usted italiana?

—Sí. De Toscana, donde tenemos las mejores uvas del país.

George le lanzó una mirada divertida y algo paternalista.

—Sí, producen muy buen vino —dijo.

—Nuestros métodos son los mejores —movió una mano en el aire—. Somos muy cuidadosos con la selección de las uvas. Nuestras Merlots son de primera.

Mike, fascinado, la observó describir sus vinos de gran reserva y contar que la mayoría de su producción ya se vendía en precios acordados con comerciantes antes de embotellar.

Era una vendedora innata. No solo porque estaba guapísima con los vaqueros nuevos y una camiseta ajustada, sino porque su pasión por el vino era auténtica. Cuando llevaba varios minutos hablando, se ruborizó.

—Perdone. Usted venía a ver a Mike. No era mi intención entrometerme.

—No se preocupe. Lo que ha dicho es muy interesante —George se sentó a instancias de Mike—. Me gustaría oír más algún día —miró a Mike—. Pero eso suponiendo que sigamos haciendo negocios después de esta reunión.

—¿Qué ocurre? —Mike se sentó y vio que Gina se disponía a salir—. Gina, puedes quedarte si quieres. Al fin y al cabo, este es también tu negocio.

Los ojos de ella registraron sorpresa; se sentó ante el ordenador

con una sonrisa de placer.

George hizo una mueca.

—¿Necesitas refuerzos para ayudarme a cambiar de idea?

—Dime cuál es el problema y veré si puedo arreglarlo.

—Muy sencillo —George se encogió de hombros y apretó los labios—. Mondavi está dispuesto a darme un porcentaje más alto.

—Eso me cuesta creerlo. Sabes muy bien que pagamos las mejores comisiones.

—Te digo la verdad —sonrió George—. Tal vez Mondavi quiera mis servicios más que tú.

Mike tamborileó en la mesa con los dedos. Estaba casi seguro de que era un farol.

—Bien, pero como ya he dicho, ya pagamos lo máximo. No veo que podamos hacer nada más.

—Vale, aunque espero que lo entiendas —George se encogió de hombros y empezó a levantarse—. Me caes bien. Me gusta trabajar contigo, pero esto es mi trabajo y tengo que buscar los mayores beneficios.

—Disculpe, hmmm, perdone —intervino Gina.

Los dos hombres la miraron.

Tenía los labios apretados y el ceño fruncido.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Adelante —la invitó Mike.

George volvió a sentarse con una mirada de condescendencia.

—¿Acaso es usted un distribuidor independiente? Quiero decir, ¿trabaja para usted mismo?

George asintió con impaciencia.

—Vende y distribuye los vinos Scarpetti por tiendas, ¿no?

George asintió de nuevo.

—Y no le parece que le resulte beneficioso seguir vendiendo nuestro vino.

—Yo no he dicho eso. Solo que me deja más beneficios vender el

de Mondavi.

—Comprendo —sonrió ella—. Me preocupaba que a los distribuidores no les gustara el nuevo catálogo, pero ahora veo que eso no tiene nada que ver con su decisión. Todos contentos.

—¿Qué catálogo? —George miró a Mike con irritación—. No sé nada de ningún catálogo.

Mike estaba en la misma situación. ¿Habían vuelto a dejarlo al margen? ¿Qué demonios pasaba?

Gina abrió mucho los ojos.

—Quizá no he debido decir nada. He lanzado una propuesta, pero aún no ha sido aprobada —se encogió de hombros—. A mí me parece razonable querer vender directamente a las tiendas, ya que estamos bien establecidos y nuestro vino se vende bien.

—¿Qué intentáis hacer? —George miró a Mike con rabia—. No podéis suprimir a los distribuidores. Tenemos un contrato.

Mike no le recordó que era él el que quería rescindir del contrato. Se echó hacia atrás en la silla.

—Con franqueza, por el momento no sé lo suficiente del plan para discutirlo, pero es un punto mejor teniendo en cuenta tu motivo para dejarnos, ¿no?

—Yo he dicho que estaba pensando en irme con Mondavi —George se puso en pie con brusquedad—. Aún no he tomado una decisión. Y hasta que la tome, espero seguir contando con mi suministro habitual todas las semanas.

Salió del despacho antes de que Mike pudiera decir nada.

—¡Mondavi! ¡Ja! —gruñó Gina: lanzó una frase en italiano.

Mike la miró. Parecía muy satisfecha de sí misma.

—¿Quieres hablarme de ese catálogo? —preguntó él.

—No hay nada que decir —repuso ella.

—Vale.

Gina se cruzó de brazos.

—Cuando estaba en la universidad, hice un trabajo sobre un plan

así y me pusieron una nota muy alta.

—¿Pero no se lo has presentado todavía a tu padre o a Antonio?

Ella abrió mucho los ojos.

—No. No lo he hecho.

Mike suspiró. Cuando Gina decidiera llevar a cabo su plan, él se vería afectado. Una venta por catálogo podía acabar con sus sueños para la Costa Oeste. De pronto se dio cuenta de lo que había ocurrido con George.

—Gina, podía haberse puesto furioso. No podemos permitirnos perder negocio así.

Ella frunció el ceño.

—Lo siento, pero estaba enfadada. Viene aquí a hablar de Mondavi como si...

—Gina —Mike esperó a que se calmara—. Cuando entres en el negocio, tendrás que aprender a controlar tu mal genio, a tener más tacto, aunque un distribuidor o un suministrador te pongan furiosa.

La joven le lanzó una mirada rara.

—¿A qué te refieres con lo de «cuando entre en el negocio»?

—Cuando vuelvas a casa y ocupes tu lugar en las Bodegas Scarpetti.

Gina parpadeó atónita.

—Yo no tengo nada que hacer en el negocio. Ninguna mujer Scarpetti lo tiene.

—Claro que sí. Tú has estudiado Empresariales, ¿no?

—Pero da igual —musitó ella sombría.

Mike movió la cabeza. Sabía que la familia era anticuada, pero Gina pertenecía a una nueva generación.

—¡Qué talento tan desperdiciado! —exclamó.

Los ojos de ella se iluminaron.

—¿El mío?

—Es evidente que sabes mucho de la producción y la venta de vino —se puso en pie, ansioso de pronto por salir de la oficina—. Tal

vez te sorprendan. Quizá vuelvas a Toscana y descubras que tu padre tiene un trabajo esperándote.

La tristeza volvió a los ojos de ella.

—Lo único que me esperará será una boda.

Lo convenció de que tomaran el metro, y Mike estaba tan sorprendido que no opuso resistencia. ¿Una boda? ¿Gina casada?

Experimentaba una sensación de propiedad con ella que no comprendía, pero que existía.

—¿Falta mucho? —Gina lo miró con sus ojos grandes en forma de almendra. Aparentaba quince años.

Pero él sabía que, cuando se levantara con aquellos pantalones y camiseta estrechos, la sensación desaparecería.

—Unos diez minutos —repuso.

De todos modos, era demasiado joven para casarse. No tenía experiencia. Se preguntó si la habrían besado alguna vez de verdad, con lengua apasionada, uno de esos besos que hacen que un hombre se excite tanto que cree que va a explotar.

¡Qué diablos! Él quería ser el primero en mostrarle la sensación de dos pieles juntas... en lograr que se pusiera húmeda y lo deseara, que lo abrazara, le abriera las piernas y lo recibiera en su interior.

Y se iba a casar. ¡Maldición! Era un fruto prohibido. Y él quería probarlo.

Tenía que apartar aquella idea de su mente. Ya era bastante malo estar sentados tan juntos que podía sentir el calor de su cuerpo. Y los movimientos del tren parecían acercarlos cada vez más.

—Gina, sé que no quieres hacerlo, pero háblame del hombre con el que te vas a casar. ¿Has dicho que es tu vecino?

El rostro de ella se ensombreció.

—Es viejo y aburrido.

—¿Y por qué te casas con él?

—No sé si lo haré.

—Pero antes has hablado como si estuviera todo planeado.

—Mi familia así lo cree —suspiró ella.

—Pero si...

Gina le puso una mano en el brazo.

—Por favor. No es un tema del que quiera hablar.

—De acuerdo.

Los dos guardaron silencio el resto del camino hasta Coney Island.

Mike no dejaba de decirse que no debería alegrarlo tanto que no quisiera casarse con aquel hombre. Lo que ella hiciera no era de su incumbencia. Después de un mes seguramente no volvería a verla.

Casi pasó de largo su parada. Se levantó en el último momento y tiró de Gina cuando ya empezaban a cerrarse las puertas.

Ella cayó contra él en el andén.

—Me has asustado.

—Perdona —no era buena idea que sus cuerpos estuvieran tan pegados. Tomó el cesto que llevaba ella y lo usó como escudo—. Ya lo llevo yo.

Ella no lo soltó, pero sonrió con astucia.

—Hoy, cuando no estemos en público, nos besaremos. ¿Sí?

—La playa es pública.

—Ah, pero podemos ir al agua.

Aquello iba a acabar con él.

—¿Vas a soltar el bolso?

Gina hizo una mueca, pero lo soltó.

—Si no quieres besarme, puedes decírmelo, Mike.

—Es la primera vez que me llamas así —y le gustaba.

—Estoy enfadada contigo —levantó la barbilla y echó a andar resueltamente.

—Ah. Gina, es en la otra dirección —comentó él, renunciando con desgana a la visión de su trasero en movimiento.

Ella se volvió y echó a andar en dirección contraria. Mike se puso a su lado. No le preguntó por qué estaba enfadada. No quería que

volviera a sacar el tema del beso.

La playa estaba muy llena para ser un día laborable, y toallas y esterillas ocupaban casi toda la superficie arenosa. Había colas tanto para la montaña rusa como para la noria. La pobre calidad del agua y la multitud eran dos motivos por los que Mike ya no iba nunca por allí pero, a pesar de eso, sintió una punzada de excitación.

Tenía buenos recuerdos de la infancia en aquel lugar. Su primer beso había tenido lugar detrás del tiovivo, con Dee Adams. Miró a Gina. ¿Por qué tenía que pensar ahora en eso?

—Vamos a buscar un sitio para instalarnos.

Gina contemplaba atónita la multitud de personas en varios estadios de desnudez.

Obviamente, había olvidado su enojo con él.

Mike le tomó la mano y la guió hacia la parte de playa más aislada, situada en un lateral.

Gina, que miraba algo por encima del hombro, estuvo a punto de tropezar con una tumbona desocupada. Mike tiró de ella, que le sonrió.

—¿Podemos subir a la montaña rusa y al tiovivo? —preguntó.

Mike odiaba las montañas rusas.

—Quizá más tarde.

—¿Y comer un perrito caliente?

Él soltó una carcajada.

—Después de bajar de la montaña rusa.

Gina le dedicó una de sus sonrisas *sexys*.

Mike aplastó la arena con el pie y extendió dos toallas de playa a medio metro de distancia una de otra. Se quitó los zapatos y la camisa y escuchó los movimientos de Gina a sus espaldas. Sintió una opresión en el pecho. ¿Cómo sería su traje de baño? Seguramente anticuado, pero a ella le quedaba todo bien.

Respiró hondo y se volvió al tiempo que ella dejaba caer la camisa sobre la toalla.

Sus pechos estaban completamente desnudos.

Capítulo 6

Mike miró fijamente un momento, incapaz de apartar la vista. Eran perfectos. Redondos y firmes. Con aureolas rosas grandes y pezones que destacaban como...

—¡Gina!

Tomó su camisa, pero cuando intentaba tapanla se le cayó de las manos. Sus vecinos más próximos, una pareja anciana situados a pocos metros, se hacían visera con la mano y hacían guiños.

Mike la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su pecho. Su piel era sedosa y cálida, su pelo olía a flores. Sus pezones firmes apretaban el pecho de él.

—¿Michael? —ella, confundida, levantó la cabeza.

El hombre miró a la pareja. La mujer hacia una mueca en su dirección.

—Gina, esta no es una playa de *topless*.

—No comprendo.

—Hazme caso —solo le faltaba que la arrestaran, entonces Antonio sí que lo mataría—. Vamos a dejarnos caer juntos sobre la toalla, ¿vale?

Ella frunció el ceño; luego sonrió y le echó los brazos al cuello.

—Nos vamos a besar ahora, ¿sí?

—Sí. Es decir, no. Baja los brazos.

Gina obedeció con expresión herida. No había tiempo de explicarle que solo quería tapanla lo antes posible. Incluyó la cabeza a un lado y vio que la mujer que los había observado se dirigía hacia el puesto de los socorristas.

—¡Maldita sea! —soltó a Gina el tiempo suficiente para tomar las

toallas. Le echó una por los hombros, agarró la ropa que se habían quitado y el bolso, y tiró de la joven en dirección contraria a la playa, donde la orilla no era tan agradable y había mucha menos gente.

—Mike, yo no... —tropezó ella.

Él la rodeó con un brazo.

—Te lo explico luego.

No miró atrás hasta que pasaron al último grupo de bañistas y llegaron a un viejo kiosco abandonado. No los había seguido nada.

Se detuvieron en el lado más alejado del kiosco, donde nadie podía verlos. Un lado de la toalla de Gina había resbalado, dejando al descubierto buena parte del pecho izquierdo.

Mike tragó saliva y se dejó caer contra la pared. Miro la cara confusa de ella.

Gina apretó la toalla con fuerza.

—Mike me das miedo.

—Perdona.

Ella se acercó y le puso una mano en el pecho.

—¿Por qué corríamos?

Mike se relajó. No era a él a quien temía. Aunque quizá debería hacerlo.

—Tienes que llevar bañador.

Gina parpadeó.

—Ya lo llevo.

—No. solo la parte de abajo.

—Pero en Europa...

—Esto no es Europa.

Ella apretó los labios.

—Los americanos se preocupan demasiado de sus cuerpos.

Mike soltó una carcajada.

—La mayoría deberían hacerlo.

Gina lo observó largo rato.

—¿Te he avergonzado?

—No —repuso él con sinceridad—. Eres hermosa.
La vio ruborizarse. Le pasó el pulgar por la mejilla.

—No quería que te metieras en líos.

—¿Con el tío Antonio?

—Con la policía.

Ella frunció el ceño.

—Pero en Europa...

Mike apoyó el pulgar en los labios para silenciarla.

—Sé que la mayoría de los europeos tienen una idea distinta sobre el desnudo, pero aquí es diferente. ¿Y lo aprobarían tus padres?

La mirada de ella indicaba que no pensaba en sus padres en aquel momento. Y a decir verdad, él tampoco. Se apresuró a retirar la mano.

—Solo he ido tres veces a la playa y nunca con ellos. No sé lo que piensan.

—Gina...

Ella levantó la barbilla.

—Es la verdad. La playa es para nadar y broncearse. No es lo mismo que estar desnuda con un hombre.

—Cierto —suspiró Mike. Miró a su alrededor. Estaban solos y, si la tapaba con su cuerpo, ella podría ponerse la parte de arriba sin incidentes. Y cuanto antes, mejor. Era una suerte que a él le quedara un resquicio de sentido común.

—¿Michael?

La miró y ella se puso de puntillas y lo besó en los labios.

Mike no se movió. Dejó que ella experimentara y controlara la caricia, pero al oír un gemido de frustración, algo saltó en su interior y la besó con fuerza.

Pasó la lengua por sus labios y ella se puso tensa y después abrió lentamente la boca.

Mike habría querido besarla con gentileza, pero era demasiado

tarde. Su boca invadió la de ella con una avaricia que a él mismo lo escandalizó. Pero la respuesta vacilante de ella consiguió frenarlo y se apartó de mala gana.

Gina lo miraba con ojos tan abiertos como platos. Ahora sí que la había asustado.

—¿Podemos besarnos más? —preguntó.

—No he debido hacer eso —repuso él jadeante.

—Si —se apretó contra él y la toalla resbaló por completo, haciendo que sus pechos desnudos se tocaran—. Quiero que lo repitas.

Mike cerró los ojos un instante para saborear la sensación del pezón en su pecho desnudo. Quería metérselo en la boca y succionar con fuerza, hacerla gemir, hacerle pedir más.

—Michael, ¿por favor?

Salió de su trance y la miró. ¿En qué estaba pensando? Se trataba de Gina, la sobrina de su jefe. Se enderezó alejándose, mirando aún su pecho.

—No podemos hacer esto —dijo.

—¿Por qué?

La confusión y el dolor de su voz eran como una bofetada en el rostro... una bofetada merecida.

—No puedo hacerlo. No está bien.

—Te gusto, ¿verdad?

La miró a los ojos.

—¿Has estado antes con un hombre?

—Claro que sí.

—No me lo creo. No del modo que yo digo.

Gina no respondió. Bajó la cara avergonzada y se cubrió el pecho con la toalla.

—¿Gina? —le levantó la barbilla—. Eres hermosa y muy tentadora. Por favor, no me pongas esto más difícil.

Los ojos de ella brillaron esperanzados.

—Pero podemos besarnos y nada más.

Mike apartó la mano.

—De eso se trata. No se pararía ahí.

—Puede que sí.

—Confías mucho en mí.

Lo miró confusa.

—Tú no me harás daño. Michael. Eso lo sé.

—Intencionadamente no —tenían que salir de allí—. Vamos, ponte la camisa y vamos a montar en la noria.

Empezó a volverse para darle intimidad, pero ella tiró de su mano.

—Michael, he mentido.

—¿Sobre qué?

—Quiero más que un beso —apretó los labios.

Mike tragó saliva, pero tenía la boca tan seca que casi le hizo daño.

—Definitivamente, no es buena idea.

—Tenías razón. Nunca he estado con un hombre —enrojeció y apartó la vista.

—Eso no es para avergonzarse —sonrió él.

—Lo sé —Gina se encogió de hombros, con la mano todavía en la de él—. Y no te pido que lo hagas todo, pero sí que hagas una cosa por mí...

Mike estaba tan absorto en el color de sus ojos a la luz del sol que no se había dado cuenta de que ella guiaba su mano hasta que se encontró con un montículo de carne firme. Miró su mano, colocada entre la de ella y su abundante pecho.

Gimió suavemente y le miró la cara. Ella tenía los ojos cerrados, los labios levantados en una curva levemente sensual.

Exploró el pecho despacio, hasta que no pudo contenerse y le apretó el pezón entre el índice y el pulgar.

Ella se apretó contra su mano.

—Me gusta —susurró; murmuró algo en italiano. Abrió los párpados y lo miró con ojos asombrados— Tócame más.

Mike pasó la mano al otro pecho solo por un momento. Solo para calmar su curiosidad. Deseaba besarla, quería que ella tocara su miembro erecto. Pero eso no podía ocurrir.

Apretó con gentileza, disfrutando del modo en que el pecho llenaba su mano. Encontró el pezón, grande y erecto, y combatió el impulso de bajar la boca. En lugar de eso la besó en los labios, con suavidad, sabiendo que eso era todo, que tenía que parar.

—Si me vuelves a tirar arena, se lo digo a mamá.

Las voces de los niños llegaban de muy cerca. Gina y Mike se separaron.

—Eres un pequeñajo; díselo si quieres —la segunda voz parecía alejarse.

Gina apretó la toalla en torno a su cuerpo.

—Nadie ha visto nada —susurró él—. Toma —le tendió la camisa—. Yo te taparé.

Ella tomó rápidamente la camisa y se volvió. Mike sujetó la toalla cuando ella la soltó y esperó a que se pusiera la camisa. Cuando se volvió, resultaba evidente que no llevaba sujetador.

—Vamos a buscar unos lavabos —dijo él.

—¿Para qué?

—Para que puedas terminar de vestirme.

Gina miró su pecho. Los pezones sobresalían contra la tela fina.

—¡Oh! —se echó la toalla sobre el pecho.

El hombre respiró hondo. Su cuerpo no se había recuperado todavía. Tal vez necesitara la otra toalla.

—¿Tienes la parte de arriba del biquini?

Ella negó con la cabeza.

—En ese caso vamos a la noria.

—¿Y a la montaña rusa? —ella sonrió.

—Y a la montaña rusa —Mike lanzó un gemido.

—¿Mike? —echó a andar a su lado—. En la parte de arriba de la noria no nos verá nadie. Podemos volver a besarnos.

Mike vaciló un instante. La montaña rusa ya no le parecía tan mala opción.

Gina se duchó con calma. Sabía que su tío iba a salir a cenar y esperaba que se marchara del apartamento antes de que fuera Mike a buscarla, porque estaba segura de que no le gustaría el vestido que pensaba ponerse.

Pero a Mike seguro que sí.

Sonrió a su imagen en el espejo y empezó a peinarse.

Mike le diría que no debía usar ropa tan corta, ajustada o escotada, pero después la miraría como aquel día cuando le tocó los pechos desnudos. Sintió calor y cosquillas al recordar cómo había tragado saliva, como si quisiera tragársela a ella entera.

Se secó el pelo con secador y se maquilló con mucho cuidado. Esa noche irían a bailar y quería estar perfecta. Así tal vez volviera a besarla; a lo mejor incluso le besaba también los pechos.

Aquella idea le provocó un escalofrío en la columna. ¿Le chuparía los pezones con fuerza o los lamería con suavidad?

Se dio cuenta con sorpresa de que había introducido inconscientemente la mano en la bata y se había tocado el pecho. El pezón sobresalía y lo pellizco suavemente, como había hecho él.

Cerró los ojos e imaginó que era la mano de él.

La excitación inundó su vientre y apartó la mano, asustada, avergonzada por sus pensamientos y la reacción de su cuerpo. Las monjas se volverían locas si vieran el deseo que creía en su corazón, si supieran cómo anhelaba la boca de Mike.

Era una sensación extraña, muy distinta a tener una fantasía sobre Brad Pitt o Ben Affleck cuando yacía por la noche en la cama. Mike era más real, y la había tocado donde ningún hombre la había tocado antes.

Y ella se lo había permitido. Y quería que lo repitiera.

Seguramente iría al infierno por todo aquello. Pero entonces, ¿por qué no le parecía que estuviera mal?

Se envolvió más en la bata y se abrazó el cuerpo. Lo que más le gustaba de él era que la consideraba lista, que pensaba que era capaz de algo más que hacer de anfitriona y tener hijos.

Aquella idea la hizo sonreír y se imaginó ataviada con un traje de chaqueta, como las mujeres a las que había visto por la mañana desde la ventana del despacho.

Alguien llamó con los nudillos a la puerta del baño.

— ¿Gina?

— Sí, tío Antonio.

— Ya me voy. ¿A qué hora has dicho que Mike te recogería?

Ella miró su reloj.

— Dentro de media hora.

— Muy bien. Que te diviertas. Vuelve antes de medianoche. Nos veremos por la mañana.

Gina hizo una mueca. La medianoche era muy pronto. Ni siquiera él volvía antes de esa hora.

— Sí, tío Antonio.

Oyó alejarse sus pasos y el ruido de la puerta al cerrarse. Terminó de maquillarse y se puso el vestido negro que reservaba para una ocasión especial. Era ceñido y difícil de abrochar aunque metiera el estómago todo lo posible. Desde luego, no podría cenar nada.

Después de comprobar el esmalte de sus uñas y cepillarse el pelo, se sentó en la cama y miró sus zapatos.

Optó por unos negros de tacón de aguja, aunque ya los había llevado antes. Sin duda tendría que pedirle a Mike que volviera a llevarla de compras.

Aquel modo nuevo de vestir tenía sus desventajas. Los hombres la miraban como nunca antes. Pero también la miraba Mike, y eso sí le gustaba. Él no la ponía incómoda como los otros, aunque, por supuesto, tenía instrucciones de su tío para cuidar de ella.

Sintió pesadez en el pecho. ¿Por eso le prestaba atención, porque era su deber? No, qué tontería. Ella le gustaba. De no ser así no la habría besado.

Sonó el timbre de la puerta y corrió a abrir. Aunque sabía que era Mike, miró por la mirilla, pero no vio a nadie.

—¿Quién es? —preguntó.

—Mike.

—¿Cómo sé que eres tú?

—Vamos. Gina.

—Ponte donde pueda verte.

—Muy graciosa —hizo lo que le pedía—. ¿Vale?

—Retrocede un paso.

—Gina, ¿quieres salir esta noche, sí o no?

Ella sonrió al ver que retrocedía. Llevaba una camisa de seda color burdeos y vaqueros negros muy ajustados.

—¿Gina?

—¿Sí?

—¿Piensas abrir la puerta?

La joven obedeció. Mike miró su reloj.

—¿Estás lista?

—Solo me falta el bolso.

—¿A qué hora tienes que volver? —preguntó él.

—A las dos y media.

Capítulo 7

Estaban en la puerta de un club y Mike apretaba los dientes ante el modo en que dos hombres miraban a Gina. Ella no parecía darse cuenta; se hallaba ocupada mirando los pósters de desnudos que colgaban de las paredes. Ciertamente eran obras de arte de buen gusto, pero eso no hacía que él se sintiera más cómodo. A Antonio no le gustaría nada aquel sitio.

¿Dónde narices lo había descubierto ella? Tenía una lista amplia de lugares nocturnos que deseaba visitar, y él no conocía la mitad. Tendría que hacer una investigación rápida.

—Gina. ¿qué te parece si nos saltamos este sitio? —miró a una pareja que bailaba en un rincón de la pequeña pista. Se besaban apasionadamente y la mujer llevaba tan poca ropa que era un milagro que no la hubieran detenido.

—¿Por qué? —ella miraba fascinada a un hombre desnudo, acucillado de un modo que mostraba claramente sus atributos.

Él se echó a reír.

—¿No crees que este sitio es un poco raro?

—¿Sí? —lo miró—. No sé; nunca he estado en un lugar así.

—Te creo.

—Buenas noches —un hombre en esmoquin se acercó a ellos. Era grande, alto y ancho de hombros. Seguramente un gorila bien vestido—. ¿Se quedarán un rato abajo? —preguntó.

Mike frunció el ceño.

—¿Qué otra cosa se puede hacer?

El hombre enarcó las cejas.

—¿Habéis estado antes aquí?

Los dos negaron con la cabeza.

El otro sonrió.

—Ah, tenemos el mejor club de Manhattan. Soy Darin, vuestro anfitrión. Hay dos pisos más —señaló una escalera de caracol—. Aquí está la pista de baile y en la esquina hay un bufé ligero, básicamente de queso, galletas y fruta.

Mike miró a la pareja que bailaba. Solo había dos parejas más en una esquina hablando y bebiendo.

—Es temprano. La gente normalmente llega sobre las once —dijo Darin—. Y por supuesto, hay alrededor de una docena de personas en la sala comunal del segundo piso. El tercer piso solo tiene habitaciones privadas.

—¿Para cenar? —preguntó Mike.

Darin sonrió.

—Si eso es lo que queréis.

Gina se había alejado unos pasos y miraba la parte superior de las escaleras.

—¿Podemos ir a mirar arriba? —preguntó.

—Por supuesto —la mirada de Darin descansó en el trasero de ella.

Mike se situó entre los dos y colocó una mano posesiva en la espalda de ella. Lo de una habitación privada para cenar no parecía mala idea, aunque le gustaba más la de salir de allí.

—Conozco un gran restaurante muy cerca de aquí —susurró a Gina al oído.

—Oh, yo no tengo hambre. ¿Tú sí?

—Yo creía que salíamos a cenar.

—¿Queréis que os deje inspeccionar esto solos? —preguntó Darin; retrocedió un paso.

—Sí, gracias —Mike esperó a que se retirara—. No me gusta este sitio. Vámonos, ¿eh?

—Pero no he visto la parte de arriba. ¿Tú no sientes curiosidad?

—No.

—Yo sí —tiró de él—.Vamos. Tal vez arriba haya mejor música y podamos bailar.

—De acuerdo, echamos un vistazo y luego nos vamos.

Gina le lanzó una sonrisa tolerante y echó a andar, seguida de cerca por él.

La parte superior de las escaleras terminaba en un rellano con otro desnudo en la pared, en ese caso un óleo, y dos sillones tapizados de terciopelo color burdeos. Entre ambos, en una mesita de madera oscura, había una gran fuente de uvas verdes y rojas.

Un pasillo pequeño conducía a dos puertas cerradas. Detrás de una de ellas sonaba música. Gina lo miró interrogante y él se encogió de hombros. La puerta estaba entornada, así que la empujó un poco.

Dentro la luz era suave y rojiza, y sus ojos tardaron un momento en habituarse. Gina se agarró a su brazo e inclinó el cuello para ver la estancia cavernosa. Parecía estar dividida por dos paneles de terciopelo rojo que les tapaban la vista.

De detrás de uno de ellos surgió una risa de mujer, mezclada con el sonido de una canción de los Moody Blues. Gina dio unos pasos en aquella dirección y Mike la siguió, curioso también por lo que ocurría. Darin había dicho que había una docena de personas allí, pero hacían poco ruido.

Un gemido bajo y primitivo atravesó la música y en ese instante Mike comprendió dónde estaban. ¿Cómo podía haber sido tan inocente?

Antes de que pudiera impedirlo, Gina se acercó al extremo de uno de los paneles y se quedó inmóvil. Mike tendió una mano para apartarla y vio a una mujer desnuda tumbada en unos cojines en el suelo. Agarró a Gina, pero se quedó también inmóvil.

Un hombre chupaba los pezones de la mujer mientras otro la lamía entre las piernas. Un tercero, de pelo largo y rubio, se arrodillaba a su lado y acariciaba su erección con los ojos cerrados.

Gina murmuró algo en italiano y su voz hizo reaccionar a Mike. La tomó del trazo y tiró hacia atrás.

—No os vayáis —uno de los hombres había levantado la cabeza para tomar aire y tenía la boca y el pecho completamente cubiertos de humedad—. Uníos a la fiesta.

El que se tocaba abrió los ojos y miró a Gina.

Mike tiró de ella con firmeza.

—Vámonos.

Gina lo miró confusa.

—¿Qué hacen? —preguntó.

—Lo hablaremos fuera.

Ella asintió, pero mientras la arrastraba fuera, volvió la vista atrás con incredulidad.

Mike se sentía como un idiota. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Aunque nunca había estado en un sitio así, sabía que existían. Allí iban parejas que querían intercambios o solteros que buscaban orgías. Tenía que haberlo sospechado al instante. Los pósters de desnudos, los cuadros... las habitaciones privadas.

Llegaron a las escaleras.

—Pero no hemos visto el tercer piso —dijo Gina.

Mike soltó una carcajada.

—¿No has tenido bastante?

Lo miró a los ojos.

—En el próximo piso las habitaciones son privadas, ¿no?

—Sí. Es decir, no —lo aterrorizaba pensar que había vacilado un momento—. No.

—Pero Mike...

—Gina, tenemos que irnos ahora mismo.

—Pero Mike, tengo que ir al lavabo.

—¡Oh! —miró la otra puerta, en la que no había ningún cartel—. ¿Puedes esperar unos minutos. Creo que hay un McDonald's cerca.

Ella se encogió de hombros y se mordió el labio inferior.

Mike suspiró. Arriba era privado, ¿no?

—Vamos.

La tomó de la mano y la precedió al siguiente piso, donde había un pasillo largo con una serie de puertas cerradas; en dos de ellas colgaba un cartel de «No molesten».

Aparte de eso, todas las puertas parecían iguales, sin que nada indicara que una pudiera ser un baño. Se detuvo a escuchar, el pasillo estaba en silencio.

Entonces oyó abrirse un picaporte y se volvió; Gina abría una de las puertas.

—¡Espera!

Demasiado tarde. Ella entró en la estancia.

Mike la siguió conteniendo el aliento, preparado para lo peor.

La habitación estaba vacía. Amueblada pero sin gente. Preparada como una habitación de hotel, con un baño al que Gina se dirigió de inmediato.

En cuanto cerró la puerta tras de sí, Mike miró a su alrededor. Los muebles no eran sórdidos ni baratos. La cama grande estaba cubierta por una colcha azul y media docena de cojines a juego.

El suelo era de madera pulida y había una alfombra oriental de aspecto caro. ¿Cómo diablos podían pagar todo aquello? No los habían hecho pagar en la puerta. Seguro que las copas costarían veinte dólares por lo menos, pero nadie los había presionado para que consumieran.

Se volvió al oír la puerta del baño. Gina cruzaba los brazos sobre el pecho como si tuviera frío. Sus pechos se veían altos y redondos, creando un valle; y Mike se excitó a su pesar.

La joven se acercó a él con aire extraño.

—¿Estás bien? —preguntó Mike.

—Sí.

—No lo pareces.

—¿Qué es eso?

Mike se volvió. En la mesilla de noche había una colección de preservativos y algo hecho de plumas.

—Vámonos de aquí —repuso.

—Quiero verlo.

—No creo que sea buena idea. Ah, Gina, yo no tocaría eso.

La joven tomó uno de los preservativos y lo examinó.

—Es un condón, ¿verdad?

—Sí.

—Es la primera vez que veo uno. ¡Qué color tan bonito! ¿Puedo abrirlo?

—Me parece que esta noche has visto muchas cosas por primera vez —la vio ruborizarse y lamentó el comentario—. Perdona, no sabía qué clase de sitio era.

—Yo te he pedido que viniéramos, no es culpa tuya —volvió su atención al preservativo.

—¿Tú sabías...? —la sola sospecha parecía ridícula—. Siento que hayas tenido que ver todo eso.

La joven levantó la cabeza y la incertidumbre nubló sus ojos.

—Yo no lo siento.

Mike tragó saliva.

—Más vale que dejes eso donde estaba.

Ella parecía nerviosa, pero no apartó la vista de él.

—Al ver a esa gente, he sentido algo aquí —acercó una mano a su vientre y la bajó despacio. Se detuvo antes de llegar a la entrepierna.

Mike tenía la boca tan seca que no estaba seguro de poder hablar. Fracasó en su primer intento. Se aclaró la garganta.

—Lo que has visto no es el modo normal de hacer el amor.

—Lo sé —repuso ella—. Y yo no querría... —se encogió de hombros— hacer algo así. Pero hace que quiera besarte —se humedeció los labios—. Me hace querer tu... —se tapó el rostro con las manos.

—Ah, Gina —no sabía qué decir—. No te avergüences.

Ella siguió sin mirarlo.

—¡Eh! —le apartó las manos del rostro enfebrecido. La tentación de preguntarse qué había estado a punto de decir era muy fuerte; pero no les haría ningún bien a ninguno de los dos—. Te has excitado; es una reacción normal.

La joven lo miró con ojos confiados.

—¿Has dicho «excitado»?

Él quería mentir. Quería apretar la mano de ella contra su erección.

—Sí, lo he dicho.

Los ojos de ella ardían de deseo. Una mujer más experimentada habría podido ocultar la respuesta o usarla en ventaja propia. A Mike, en ese momento le habría gustado que no fuera tan joven e inocente, porque entonces podrían haber tenido una aventura durante un mes. Dos adultos que disfrutaban de la compañía del otro y...

—¿Michael?

Se dio cuenta de que tenía ambas manos entre las suyas. Una de ellas sujetaba todavía el condón. La soltó con rapidez y ella lo miró dolida.

—Gina, escucha —respiró hondo—. Sabes que me pareces hermosa, lista y *sexy*, pero...

Los labios de ella apretaron los suyos con fuerza. Le puso las manos en el pecho un momento y luego se apartó.

—Ya podemos irnos —dijo con voz vacilante.

Mike la atrajo hacia sí, le levantó la barbilla y la besó en los labios. Cuando intentó retirarse, ella avanzó con él. La besó de nuevo, esa vez usando la punta de la lengua para separarle los labios.

La lengua de ella rozó la suya y una ola de calor invadió su cuerpo. ¿Qué estaba haciendo? No podía... con Gina no... y en un sitio así...

Ella volvió a encontrar su lengua y él pensó que un último beso no haría daño.

Le tomó el rostro entre las manos y la besó con una pasión que no

dejaba dudas sobre su deseo por ella. Le costó mucho apartarse luego.

—Ahora podemos irnos —dijo.

La joven abrió los ojos y parpadeó.

—Pero...

Mike le puso un dedo en los labios, le quitó el condón y lo devolvió a la mesilla. Tiró de ella en dirección al pasillo y las escaleras.

En cuanto llegaron al primer piso apareció Darin y les tendió dos copas de champán.

—Espero que todo sea de vuestro gusto.

—No, gracias —Mike rechazó el champán y vio con sorpresa que Gina aceptaba el suyo.

Lo olió, pero no lo probó.

—¿Quieres otra cosa? —Darin señaló a la camarera—. Hay un *whisky* de doce años si lo prefieres. O tal vez un coñac.

Mike le quitó la copa de la mano a Gina y buscó un lugar donde dejarla. Entonces se acercó la camarera y él aprovechó para dejarla en la bandeja.

—Nos vamos ya, pero gracias de todos modos.

Darin lo miró sorprendido.

—¿Ya os vais? La acción no empezará hasta dentro de una hora.

—¿Qué acción? —preguntó Gina.

Mike la tomó del brazo.

—Creo que ya hemos visto bastante acción por hoy.

—Es una pena que tengáis tanta prisa —sonrió Darin—, pero tenemos un tema pendiente.

—¿Cuál?

—La factura.

El champán que había tomado Gina, por supuesto. Seguramente costaría al menos veinte dólares, pero no importaba. Mike estaba dispuesto a pagar cincuenta con tal de salir de allí. Sacó la cartera y

un par de billetes.

—¿Cuánto es?

—Veamos. Puesto que habéis estado menos de una hora —Darin pensó un momento—, os haré un descuento. Creo que trescientos será suficiente.

Mike abrió mucho los ojos, y comprendió.

—¿Dólares? ¿Trescientos dólares? —Darin asintió—. ¿Trescientos dólares... por una copa?

El otro frunció el ceño.

—A eso invitaba la casa.

Mike sabía que no llevaba tanto dinero encima. Unos ciento veinte o cuarenta tal vez sí, pero nada más.

—¿Y qué es lo que cuesta trescientos dólares?

Darin señaló una pequeña placa en la entrada.

—Como dice ahí, los pisos de arriba son más de doscientos dólares. Mira la lista si quieres. Verás que os hago un buen precio.

—Pero no hemos hecho nada. Solo mirar.

Darin se encogió de hombros; su sonrisa empezaba a decaer.

—Yo solo cumplo las normas del club.

No valía la pena discutir. Mike sacó su tarjeta de American Express.

—Toma.

—Lo siento, no aceptamos tarjetas de crédito —Darin señaló de nuevo la placa en penumbra.

Mike lanzó un juramento.

—No llevo tanto dinero encima.

—Entonces tenemos un problema.

—Yo tengo algo de dinero —Gina metió la mano en su bolsito negro y sacó tres billetes de veinte dólares.

Darin miró a Mike.

—Me parece que seguimos teniendo un problema.

—No me lo puedo creer. No pensarás aceptar tus doscientos

dólares a cambio de nada, ¿verdad?

El otro se encogió de hombros, implacable.

—Mire, yo no dicto las reglas en este sitio.

Mike empezaba a enfadarse.

—Me parece que tendrás que tomar una decisión, porque es todo el dinero que tenemos.

Darin los miró pensativo.

—No tienes otra solución, ¿eh?

—No.

Darin se volvió hacia un camarero.

—Larry llama a la policía.

Capítulo 8

Gina lanzó una retahíla de palabras en italiano.

—No puedo creer que vaya a llamar a la policía por esta tontería —dijo en inglés—. ¿Acaso no tienen cosas más importantes que hacer en una ciudad tan grande?

Darin parecía sorprendido por el estallido. Vaciló un instante.

—Si crees que cien dólares son una tontería, suéltalos.

Ella frunció el ceño.

—¿Y si traemos el resto del dinero antes de una hora?

—¿Y se supone que tengo que creerlos?

Gina dio un respingo.

—Cree que yo mentiría?

Darin soltó una carcajada.

—¿Por qué no?

—¿Qué quieres que haga, jefe? —preguntó el camarero.

—Depende de ellos —sonrió Darin.

—No tenemos muchas opciones —intervino Mike—. O nos dejas traer el dinero luego o llamas a la policía.

—No —Gina le quitó el dinero de la mano y se lo entregó junto con dos de sus billetes de veinte—. Esto lo necesitamos para el taxi. Acepte este dinero y este anillo —se sacó un pequeño anillo de diamantes del dedo meñique.

—Gina, no.

Lo depositó en la mano de Darin.

—Cuando traigamos el resto del dinero, me devuelve el anillo.

Mike le tocó el brazo y la miró a los ojos.

—No te permitiré hacer esto.

—Ya está hecho —repuso ella con rabia y determinación.

Darin examinó el anillo y buscó la marca del oro en el interior. Lo levantó a la luz.

—De acuerdo, trato hecho. Tenéis una hora.

—Quiero un recibo, por favor.

Darin la miró divertido.

—Recuperarás tu anillo. Lo único que quiero son ciento veinte dólares.

—¿Y tengo que creerlo?

Darin hizo una seña al camarero, que le pasó un papel.

Mike miró a Gina, que no dejaba de sorprenderlo. La facilidad con la que había asumido el control de la situación lo dejaba sin palabras. Era imposible que pudiera ser feliz contentándose con ser ama de casa o un trofeo para un hombre: era inocente en lo relativo al sexo, pero no a la vida en general.

Se le ocurrió que era la segunda vez que ella acudía en su ayuda. Lo cual no era muy bueno para su ego.

—Toma —Darin le entregó el papel firmado—. Una hora.

Gina se tomó la molestia de leerlo. Al fin asintió y tomó el brazo de Mike. Salieron y de inmediato pararon un taxi. No había tiempo que perder. Si había mucho tráfico, tal vez no tuvieran bastante con una hora.

Gina entró y se sentó en el medio. Cuando entró Mike, no se apartó aunque sus muslos se rozaban. No parecía darse cuenta, miraba distraída por la ventanilla, pero él vio que le temblaba levemente la mano.

—¡Eh! —la tomó entre las suyas—. Recuperaremos tu anillo, lo prometo.

—Lo sé, pero es que me ha puesto furiosa —soltó un sonido exasperado y se lanzó a hablar en italiano, sin pararse a tomar aliento.

El taxista levantó la cabeza y la miró por el espejo retrovisor.

Estupendo. Ya solo les faltaba que los tomara por locos y los echara del vehículo.

—Tranquilízate —le apretó la mano, pero ella siguió hablando—. Vamos, Gina.

El taxista se acercó a la acera y paró el coche.

Mike maldijo en su interior.

—¿Qué hace? Tenemos prisa.

El hombre no le hizo caso. Se volvió en el asiento y dijo algo en italiano.

Gina le contestó levantando la voz y moviendo las manos con agitación.

Mike miró la licencia del hombre colgada cerca del taxímetro.
Luigi Caliguri.

—Gina, tenemos prisa, ¿vale?

Luigi lo miró con curiosidad y siguió hablando con ella en italiano. Y tan deprisa que Mike no pudo entender ni una palabra. Solo sabía que Luigi parecía furioso, aunque no sabía contra quién.

Cuando dio la vuelta al vehículo y se dirigió de nuevo hacia el club, empezó a sospecharlo.

Sentado en el taxi, Luigi no parecía tan grande, pero cara a cara con Darin, su tamaño era impresionante. Tenía dos cicatrices en la barbilla y la mandíbula, cicatrices de batalla, sin duda, y el pelo moreno revuelto le daba aire de matón. Mike no había participado nunca en una pelea y no tenía deseos de hacerlo en ese momento.

—Caballeros —dijo—, estoy seguro de que no hay necesidad de contacto físico.

Los dos lo ignoraron. Como también la mayoría de los clientes que ocupaban el club. Dos parejas apenas si les lanzaron una mirada antes de subir las escaleras. En torno a la mesa del bufé había ya un grupo. Un hombre con barba que se sentaba solo en la barra parecía ser el único interesado en lo que pasaba.

—Caballeros, por favor —repitió Mike.

Gina intentó apartarlo.

—Yo no quería que ocurriera esto. Solo estaba hablando, no sabía que Luigi haría esto. Lo siento.

—Tú le quitas el anillo a esa pobre chica —gruñó Luigi—. ¿Qué clase de comadreja eres?

Darin apretó los puños.

—De las que pueden partirte la cara.

—Vamos —Luigi empezó a bailar a su alrededor como un boxeador—. Será un placer romperte la nariz.

Gina agarró la manga del taxista y dijo algo en italiano. Luigi, distraído, no vio el puño de Darin antes de que se estrellara en su cara. Se tambaleó hacia atrás. Darin le lanzó otro puñetazo, pero Mike se interpuso para pararlo.

El golpe lo alcanzó en el lado de la mandíbula. Su cabeza cayó a un lado. El puñetazo dolía mucho. Vio que Darin intentaba pegarle de nuevo, pero Gina le golpeó el rostro con el bolso. El bolso era muy pequeño para hacer mucho daño, pero lo atontó un momento; el tiempo suficiente para que Mike le agarrara el brazo y se lo retorciera a la espalda.

Luigi se lanzó hacia delante para aprovechar la inmovilidad de Darin. Mike lo apartó a tiempo, pero perdió el contacto con su brazo. ¡Maldición! Él no quería aquello.

Darin apuntó a su cara y a Mike no le quedó más remedio que lanzarlo al suelo y colocar la rodilla en su espalda.

—¿Se puede saber qué ocurre aquí? —pregunto un policía uniformado.

Dos más entraron detrás de él con la porra en la mano. El primero miró a Mike con malicia.

—¿Eso era kárate? —preguntó; sacó unas esposas.

—¡Espere! —Mike se apartó de Darin—. Agente, en verdad esto no es lo que parece.

Los tres policías soltaron una carcajada.

—Vaya, es la primera vez que oigo eso —dijo el primero.

—Déjeme explicarle —Gina se colocó entre Mike y el policía—.
Por favor.

—Quiero que detengan a estos alborotadores —Darin se levantó del suelo y se sacudió las mangas del esmoquin—. Soy el encargado de aquí y han intentado irse sin pagar.

—Tonterías —repuso Mike—. Nos has estafado y lo sabes.

—Silencio todo el mundo —el policía de las esposas miró a Gina—. Hable usted, señorita.

—Todo esto es un gran error. Íbamos a buscar el dinero para recuperar mi anillo cuando Luigi dio la vuelta al coche y...

—¿Luigi es usted? —preguntó el policía a Mike.

—No, es el taxista —dijo Mike; se volvió, pero Luigi había desaparecido. Lanzó un juramento.

El policía achicó los ojos.

—Cuidado con ese lenguaje, joven.

Gina dio un respingo.

—¿Luigi se ha ido? —empezó a hablar rápidamente, en una mezcla de inglés e italiano, hasta que el policía le dijo que ya había oído suficiente.

—Miren —abrió las esposas—. Voy a dejar que le expliquen todo eso al juez.

—¿Te duele? —Gina le tocó la mandíbula y Mike se encogió y se apartó de ella.

—¿Tú qué crees? Ella apretó los labios. Mike estaba de mal humor desde que salieron de la comisaría. ¿Cuántas veces tenía que decirle que lo sentía? ya le había explicado que ella no había pedido a Luigi que volviera al club; también la había pillado por sorpresa.

—Más vale que me vaya antes de que llegue tu tío —empezó a levantarse del sofá, pero ella le sujetó el brazo.

—Sé que estás enfadado conmigo, pero, por favor, no te vayas todavía.

Mike suspiró y volvió a sentarse.

—No estoy enfadado, pero no quiero que tu tío me vea con la mandíbula hinchada ni tener que explicarle por qué he estado las dos últimas horas en la cárcel.

—No se lo diremos —le acarició la barbilla suavemente, con la punta del dedo índice, y después se inclinó a besar el golpe.

—¡Eh!

—¿Qué? —ella apretó los labios—. Solo quiero ayudar a que se cure.

—Sí, bueno, creo que ya has causado bastantes problemas por una noche —intentó levantarse, pero ella volvió a detenerlo.

—Pensaba que no me echabas la culpa a mí.

—Y no te la echo —se pasó una mano por el pelo—. Pero a partir de ahora, no iremos a ningún sitio a menos que yo lo haya inspeccionado antes.

Ella asintió y se acurrucó contra él.

—Nunca había visto nada así. Mis amigas no se lo van a creer.

—Oh, por favor, no le hables a nadie de ese sitio —ni digas que hemos estado allí.

Gina tragó saliva y bajó la vista.

—Tienes razón. Me avergüenzo de mí misma.

—No me refería a eso —la obligó a levantar la barbilla—. Si no han presentado cargos contra nosotros es porque el sargento de recepción recordaba que Darin les hizo lo mismo a dos turistas el año pasado. Y solo Dios sabe a cuánta gente más habrá timado. Si hubiéramos tenido el dinero, le habríamos pagado con tal de salir de allí.

—Darin debería estar en la cárcel.

—No pienso discutir eso.

—¿Dónde has aprendido a tirar a la gente al suelo de ese modo?

Mike hizo una mueca.

—De niño fui a clases de judo y kárate.

—¿Mucho tiempo?

Él se encogió de hombros.

—Mi madre tenía dos trabajos y no quería que estuviera solo en el piso después de la escuela. Tenía que elegir entre el kárate o clases de piano. Acabé siendo cinturón negro.

—¿Eso es bueno?

—Depende de a quién se lo preguntes —sonrió él.

A Gina le gustaba mucho más cuando sonreía.

—Háblame de cuando eras niño.

—No hay mucho que contar. Iba a la escuela y a kárate. Cuando me hice más mayor, busqué un trabajo después de la escuela. Eso es todo.

—¿Tuviste novias?

—Solo dos, una en décimo curso y luego salí con Stacy el último año.

—¿Y qué pasó?

—Tenía que trabajar para pagar la universidad, lo que no me dejaba mucho tiempo para la vida social. Mira, basta ya del pasado. Tu tío llegará de un momento a otro.

Gina negó con la cabeza.

—Llega muy tarde todas las noches y huele mucho a vino. Me parece que no se cuida muy bien.

—No creo que se descuide mucho —comentó Mike, con el ceño fruncido—. Nunca llega tarde al trabajo.

—A lo mejor es que soy como mi madre —aquella idea la aterrorizaba—, y me preocupo demasiado.

—Estás de vacaciones —sonrió él—. Solo tienes que preocuparte de no meterte en líos.

Gina suspiró. Él no lo entendía. Ella no buscaba problemas. Lo de esa noche había sido un error, aunque seguía pensando todavía en la erección del hombre rubio. Se preguntó cómo sería el cuerpo desnudo de Mike. La asustaba tener tantos pensamientos obsesivos

sobre sexo. Las monjas les advertían que aquellos pensamientos solo les causarían problemas.

Gina le tocó el brazo y trazó una línea con la punta del dedo por su pelo castaño claro. ¿Cuánta parte de su cuerpo estaría cubierta por aquel pelo fino? Sabía que tenía un poco en el pecho y cerca de la cinturilla del pantalón. ¿El rastro terminaba allí o seguía bajando hasta...?

—Ahora yo me voy a casa y tú a la cama. Mañana iremos a ver un museo.

—Olvidas algo.

—¿Qué?

Gina le tomó el rostro entre las manos y lo besó en la boca. Él se hundió contra los cojines del sofá y ella aprovechó la ventaja de que abriera la boca sorprendido para introducir la lengua y explorar el interior.

Sabía que las otras veces que lo había besado había cometido el error de ser muy rápida. Era mejor ir despacio, como hacía él. Despacio y profundamente.

—Gina... —echó la cabeza hacia atrás de modo que sus labios apenas se tocaban— tu tío...

—Lo oiremos abrir la puerta.

Mike intentó enderezarse, pero ella se sentó en sus rodillas y le echó los brazos al cuello.

—Estás decidida a conseguir que me despidan, ¿verdad? —gruñó él.

—¿Quién es ahora el que se preocupaba sin motivo? —le besó de nuevo la parte de la mandíbula donde había recibido el golpe. Su piel estaba un poco rugosa por la barba y ella quería sentirla en los pechos.

Buscó una posición más cómoda y él lanzó un gemido. Lo vio cerrar los ojos y sintió burbujas en el estómago. El vestido, corto ya de por sí, se había subido bastante y deseó en silencio que él le tocara

el muslo desnudo.

Hizo algo mejor. La abrazó y ella sintió que cedía la cremallera y bajaba por la espalda. Los dedos de él tocaron su piel desnuda y luego vacilaron. Gina no quería que parara.

Mike echó atrás la cabeza y la miró sorprendido.

—No llevas sujetador.

Gina movió la cabeza, tímida de nuevo. ¿Había hecho algo malo? Se había puesto unas cintas en los pezones para que no sobresalieran. ¡Oh, no! ¡Las cintas! Sería horrible que él las encontrara. Las modelos las usaban a menudo, pero...

—¡Eres tan...! —le tomó los pechos en las manos con reverencia—. No lo había notado.

Ella tragó saliva con fuerza.

—¿Quieres besarme ahí?

Él parpadeó. Gina pensó que iba a intentar marcharse de nuevo y bajó una hombrera del vestido. Mike vaciló un instante y acabó bajando la otra.

Ella metió la mano dentro del escote para tirar de la cinta y lo oyó respirar con fuerza. Al principio no comprendió; luego recordó que la mujer de los pezones se acariciaba uno de sus pechos.

La idea la asustaba y excitaba al mismo tiempo. ¿Podía hacer eso delante de Michael? Los ojos vidriosos de él observaban todos sus movimientos. El deseo que veía en el rostro masculino mataba su timidez. Bajó el escote para dejar ambos pechos al descubierto y quitó con cuidado la cinta estrecha de los pezones.

Se sintió alentada por la fascinación de él y, cuando la cinta hubo desaparecido, tocó un pezón con la punta del dedo. Mike separó los labios y ella notó que su pecho se expandía. Sentada en su regazo como estaba, con la boca tan cerca, solo tenía que moverse un poco para que él le alcanzara el pecho con la lengua. ¿Se atrevería?

Inspiro hondo y se movió al tiempo que guiaba la cabeza de él hacia sí. El aliento de él era caliente sobre su piel tierna, y cuando la

tocó con la lengua húmeda, suspiró de placer. Él emitió un sonido que le produjo escalofríos y el pezón de ella desapareció en los labios masculinos.

La envolvieron sensaciones extrañas y, cuanto más succionaba él, más ansiosa se volvía. La sensación más increíble de todas era el contacto de su boca en aquel lugar íntimo. Creyó que podía morir de placer.

Michael levantó la cabeza de pronto y la apoyó en el sofá. Respiró hondo.

—¡Ah. Gina! Esto no puede ocurrir.

Sobresaltada, estuvo a punto de subirse el vestido, pero la mirada caliente de él se fijó en su pezón brillante y supo que aquello no había terminado. Colocó una mano bajo su pecho y se lo ofreció.

Mike tragó saliva, pero su mirada siguió fija en el pezón rosa.

—Tengo que irme.

—No, por favor.

—¡Santo Cielo, Gina! —gruñó él.

La tomó en su boca con mucha menos gentileza que antes. Colocó una mano en el muslo de ella. Unos centímetros más y encontraría sus bragas, cada vez más húmedas.

Él levantó la cabeza y la besó en la boca. Su mano subió un poco más por el muslo.

Gina ya no se sentía nerviosa. A Michael no le importaba su falta de experiencia. La besaba y le hacía desear cosas que un mes atrás la habrían asustado. Había muchas más cosas en el sexo que había imaginado, y ella las quería todas. Con Michael.

Aflojó el beso y le mordisqueó la comisura de los labios y la mandíbula. Cuando llegó a la oreja, ella estuvo a punto de dar un salto. Era increíble que pudiera sentir tanto allí.

Cuando él se retiró, ella pensó en protestar, pero Mike le tomó el pecho y se metió el pezón en la boca. Gina cerró los ojos e intentó concentrarse. Había tantas sensaciones nuevas en su cuerpo que

quería saborearlas todas. Y quería sentir a Michael bajo sus manos.

Balanceó el trasero despacio sobre la dureza de él, que contuvo el aliento. Mike dejó de succionar y la miró interrogante, pero Gina no sabía lo que quería.

Mike le pasó los nudillos por la mejilla.

—¿Qué me haces? —preguntó con una voz grave que a ella le costó reconocer—. Yo me había jurado que esto no ocurriría.

Gina se sintió llena de vergüenza. Lo empujaba a hacer algo que él no quería. Tiró del escote para taparse y él le cubrió la mano con la suya y rozó sus pezones con los dedos. Miró sus pechos un momento y después tiró del vestido hacia arriba.

Los pezones, sin la cinta, sobresalían claramente a través de la tela. Los tocó y observó su respuesta. Gina sintió el movimiento del miembro de él debajo de su trasero.

Mike bajó las manos hasta su cintura y la pasó de sus rodillas al sofá.

Él la confundía. La excitaba y sabía que le gustaba. ¿Por qué entonces la apartaba?

¿Era eso lo que hacía que lo deseara tanto? No se parecía a ningún otro hombre que conociera.

Ninguno la había hecho sentirse tan *sexy* y necesitada.

—Tengo que irme —dijo él—. ¿Te encuentras bien?

Ella asintió.

—Ponte hielo en la mandíbula cuando llegues a casa.

Mike sonrió y le dio un beso rápido.

Y se marchó.

Capítulo 9

—¿Acaso todo el mundo en la oficina se está volviendo loco, o soy yo? —preguntó Mike a Robert cuando lo llevaba al aeropuerto al día siguiente.

—Eres tú. ¡Oh, maldición! He olvidado las aletas y las gafas de bucear.

—Las he metido en el maletero —repuso Mike.

Conducía pocas veces. Normalmente le habría dicho a Robert que tomara un taxi, pero estaba pensando seriamente en confiarle a su amigo su problema con Gina. Tal vez resultara algo difícil debido a su parentesco con ella, pero Robert no compartía la actitud de su padre hacia la familia.

Aun así. Mike vacilaba. En la oficina ocurría algo raro. La gente lo miraba de un modo extraño. Augie el cuñado de Antonio, siempre había pasado por su despacho cuando se servía el primer café de la mañana y ahora ya no lo hacía. Pasaba de largo apresuradamente, como si llegara tarde a una reunión. Pero Augie no había tenido una reunión en los tres últimos años. Conocía el negocio pero era vago. A Mike le caía bien de todos modos.

—¿No has notado nada raro en la oficina? —preguntó a Robert.

—¿Por ejemplo?

—No lo sé —de pronto se sentía tonto—. Como si algunas personas me estuvieran evitando.

Robert lo miró alarmado: apartó la vista con rapidez.

—Es tu imaginación.

—¡Tonterías! —Mike conocía aquel tono de voz reticente y sabía que el otro le ocultaba algo—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Es por la

distribución en la Costa Oeste?

—No. Te juro que no hay nada por ese lado.

—¿Y entonces qué pasa?

Robert se volvió hacia él.

—No sé qué decirte. Yo no he notado nada.

Mike se concentró en el volante. No podía pensar en Gina en ese momento ni en lo que debía o no contarle a Robert. Con la culpa que sentía, era posible que todo fuera obra de su imaginación.

—¿Qué tal con mi prima?

—No preguntes.

Rob soltó una risita.

—¿Dónde está ahora?

—En el piso de tu padre.

—¿Y qué hace, redefinir el sistema decimal de Dewey?

—Tiene más energía y curiosidad de la que crees.

—¿Sí? ¿Adónde habéis ido?

Mike tosió; no estaba dispuesto a discutir aquella parte.

—A Central Park, a Coney Island. Lo de costumbre. La cuestión es...

—Ah, maldita sea. ¿Dónde está tu móvil?

Mike lo sacó del bolsillo y se lo pasó.

—Tenía que llamar a Melanie. Quería ir sola al aeropuerto, pero tiene la costumbre de quedarse dormida.

Mike volvió su atención al tráfico. La interrupción le daba tiempo para recuperar el sentido común. No estaba bien hablar de Gina con Robert ni con nadie. Ella no era una mujer más.

Aquella idea le causó miedo. Eso no quería decir que fuera especial para él. Le gustaba su modo valiente de asumir situaciones difíciles y que usara la cabeza y no sus atributos femeninos para ganar un argumento. Y le gustaba mucho su aspecto físico y el modo en que lo miraba. Y los sonidos que hacía cuando le acariciaba los pechos eran increíbles y...

—¡Yuju, Mike!

Parpadeó.

—Te vas a saltar el desvío.

—¡Maldita sea! —cambió de carril justo a tiempo y consiguió no chocar con nadie.

—Acabas de robarme tres años de vida —protestó Robert.

Mike miró por el espejo retrovisor. El conductor de detrás le hacía un gesto obsceno con el dedo.

—Esto no es propio de ti —sonrió Robert—. ¿Qué te ha distraído tanto?

Ya nada era propio de él. Desde la llegada de Gina no había tenido un momento de paz. Pero también se divertía. Hacía mucho tiempo que no le interesaba nada fuera del trabajo. ¿Por qué diablos tenía que ser la sobrina del jefe?

Lanzó una mirada a Robert, que examinaba su billete de avión.

—Pregunta.

—Dispara.

—¿Ofrecerán a Gina un puesto en el negocio?

Robert lanzó un gruñido.

—Ya conoces a papá. Es muy anticuado en ese terreno. Y mi tía Sophia es peor. No permitiría que Gina trabajara.

—¿Alguien en tu familia se da cuenta de que estamos en el siglo XXI?

—No —sonrió Robert—. Solo yo. No quiero a mis mujeres descalzas y embarazadas.

—Lo digo en serio, Robert. Gina es lista y conoce el negocio. Sería una buena adquisición.

—Yo que tú no le diría eso a papá. Lo último que querrá será que animes a Gina —lo miró con curiosidad—. Hay algo más que te preocupa.

—¿A mí? ¿Qué?

—No sé. Puede que sea solo tu paranoia por los cotilleos de la

oficina.

—¿Qué cotilleos? —a Mike se le encogió el corazón. ¿Hablaban de Gina? ¿De su trabajo?—. Yo no he oído nada.

—No hay nada que oír. Solo me refería a que no dejas de pensar que ocurre algo —Robert movió la cabeza—. Eres tú el que necesita unas vacaciones, amigo. Cuando vuelva, más vale que pienses seriamente en irte unos días.

—Bien —empezaron a aparecer indicadores sobre las terminales de La Guardia—. Estate atento. No quiero quedar atrapado en el carril de llegadas y tener que rodear todo el aeropuerto.

Se concentraron los dos en el camino a seguir. Los taxis ocupaban toda la acera y había muy poco espacio. Mike aparcó todo lo cerca que pudo de la terminal y abrió el maletero.

Robert salió y corrió a retirar su equipaje.

—Gracias por traerme —dijo por la ventanilla abierta de Mike—. Lo de que te tomes unas vacaciones a mi vuelta va en serio. Creo que podré quedarme al cargo una semana o dos sin que se derrumbe el negocio.

—Sí, lo pensaré. Que tengas buen viaje —Mike empezó a levantar la ventanilla—. Eh, Robert —dijo—, ¿por qué no te ocupas una semana de Gina a tu vuelta?

—No hay problema —le hizo un saludo militar y se volvió hacia el edificio.

Sí había un problema. Gina se sentía dolida y confusa. Pero aquello tenía que terminar antes de que llegaran demasiado lejos.

De pronto se sentía muy, muy culpable.

Había pasado una semana desde la noche del club y Gina y Mike habían pasado el día juntos, visando museos, la Estatua de la Libertad y el Empire State Building. Por las noches salían a veces a cenar o al teatro, pero no había vuelto a besarla y ella empezaba a impacientarse.

No había hecho nada malo. Y lo conocía va lo bastante bien para

saber que pensaba en besarla a menudo. Todos los días. Pero se contenía y la mantenía a distancia, lo cual la frustraba. Y lo que Michael no sabía era que, cuando se sentía frustrada o impaciente, se volvía muy terca.

Lo miraba leer la sección de actividades del periódico. Cuando se concentraba en algo, fruncía levemente el ceño y su boca parecía muy estricta. Le gustaba más cuando era suave y chupaba sus pechos.

—¿Y si vamos al cine para variar? —preguntó él. Al ver que no contestaba, la miró—. ¿Hay algo concreto que quieras ver?

Gina suspiró. Quería ir a bailar, pero él llevaba dos noches posponiéndolo. Y ella pronto estaría de vuelta en Toscana bajo los ojos vigilantes de su madre y su abuela. Aquella idea la deprimía.

—¿Gina?

—¿Qué?

—Te he preguntado qué película quieres ver.

—No quiero ver una película —se dejó caer a su lado en el sofá de su tío y cruzó las piernas. La libertad de llevar vaqueros era otra de las cosas que echaría de menos—. Quiero ir a bailar.

Notó que se ponía tenso. ¿Creía acaso que lo iba a morder?

—¿Qué tiene de malo ir al cine?

—Al cine puedo ir en casa.

—Y a bailar también.

Gina negó con la cabeza.

—No me lo permiten.

—¿Bailar?

—Me dejarían si me llevo carabina. Mi tía Gabriella me acompañó una vez. Tiene un gran corazón pero cara de bulldog y nadie me sacó a bailar.

Mike soltó una carcajada.

Gina se miró las uñas rojas. Él no entendía lo estrictos que eran sus padres.

—Siento haberme reído —le tocó la rodilla en el punto en que

había un roto en el pantalón—. Pensaba que estabas de broma.

Ella lo miró y vio lástima en sus ojos. Apartó la vista, enfadada.

—¿Y qué haces todo el día en tu casa? —preguntó él.

Era difícil seguir enfadada cuando seguía tocándola. No había apartado la mano y ella pidió en su interior que no lo hiciera.

—Solo hace dos meses que volví de la universidad. Leo mucho. Hay libros, como Guerra y paz y todos los de Jane Austen, que he leído dos veces —se encogió de hombros—. Cocino y coso. Mi madre no sabe nada de los vestidos y faldas que me he hecho para este viaje.

—Lo sospechaba —sonrió él—. Has ido a la universidad. ¿Por qué no buscas un trabajo?

—Eso sería peor que ir a bailar sin carabina.

—No lo entiendo. Es evidente que eres muy inteligente y entiendes el negocio. ¿Por qué ir a la universidad si no ibas a utilizar lo que aprendieras?

—Hablas igual que mi padre —esa fue la única vez que se había enfrentado a él. Suplicó y suplicó hasta que consiguió que la dejara ir a la universidad.

Suspiro y descruzó las piernas. Se le había dormido el pie derecho y lo masajeó hasta recuperar la sensación en él.

—¿Quieres más vino?

Mike negó con la cabeza.

Gina se levantó, tomó su vaso vacío y fue al bar a buscar la botella de blanco que había abierto antes.

—No es una crítica a ti ni a tu familia; es que me parece frustrante.

Ella llevó la botella consigo y lo miró con curiosidad al sentarse de nuevo en el sofá.

—¿Por qué te parece frustrante?

—Porque te aprecio. Y no...

—¿Me aprecias?

—Claro que sí —le quitó la botella y llenó su vaso hasta la mitad.

Ella sonrió. Era bonito oírlo decir que le importaba.

—¿Qué? —preguntó él.

Gina llenó su vaso y dejó el vino a un lado.

—Quizá podrías enseñarme más cosas del negocio.

Mike se echó a reír.

—Seguro que tú sabes más que yo.

A la joven la invadió el orgullo. Lo que acababa de oír no era cierto, pero la complacía que lo pensara.

—A veces oigo a papá hablar por teléfono en su despacho o visito las bodegas, pero nada más —se encogió de hombros—. Sé muy poco.

Mike adoptó una expresión sombría.

—¿Dices en serio lo de aprender más?

—Oh, sí. Puedo ir a la oficina contigo por la mañana y...

El hombre levantó una mano y la miró dudoso.

—¿Y qué hay de tu tío? ¿Qué diría él?

—Ha vivido mucho tiempo en América; está acostumbrado a la gran ciudad y las costumbres modernas. No le importa que lleve vaqueros ni que me pinte las uñas.

—Pero le importa lo que piensen tus padres.

Gina suspiró.

—No tiene por qué saber todo lo que hacemos.

Mike tosió.

—Amén a eso.

—¿Puedo ir mañana a la oficina contigo?

—No sé. Tengo que pensarlo.

—Antes de que se despierte el tío Antonio.

Él no parecía convencido.

—¿Y qué hay de los otros? Augie y Lorenzo seguro que se preguntan qué haces allí.

—¿Esos dos empiezan a trabajar antes de las diez? —lanzó un gruñido—. Seguro que no.

Mike intentó ocultar su regocijo, pero lo traicionó el modo en que apretó los labios. Empezaba a conocerlo. Sabía que sus ojos se volvían más verdes cuando estaba enfadado y más oscuros cuando se excitaba. Y ella quería verlos oscuros.

—De acuerdo —dijo él al fin—. Mañana puedes venir conmigo un par de horas.

—Trato hecho —bebió un sorbo de vino—. ¿Y qué haremos esta noche?

—Gina. ¿No has bebido ya bastante? —pregunto él.

—Deberías conocerme mejor —Gina le apartó un mechón de pelo de la frente—. Para nosotros el vino es como agua. Cuando cumplí diez años me dejaron tomar un vaso todos los domingos y después durante la comida, después de la escuela.

Mike enarcó las cejas y ella lo miró con curiosidad. No reconocía el nuevo tono verde de sus ojos.

—¿Y dejarás que tus hijos hagan eso? —preguntó.

Gina lo miró con un sobresalto. No había pensando en niños. Por supuesto, sabía que los tendría: imposible que no diera a sus padres los nietos que querían. Pero no esperaba que Mike se preocupara por eso.

Y no quería pensar en ello en aquel momento. Le recordaba lo que la esperaba en Toscana. Una vida aburrida casada con un hombre aburrido al que solo le importaban las uvas y los márgenes de beneficio.

Por primera vez, la idea de pasar el resto de su vida en un matrimonio sin amor la abrumó, asustándola de un modo que no podía explicar. El pánico inundaba su corazón. Le resultaba más fácil aceptar los deseos de sus padres antes de ir a Nueva York y probar la libertad.

Antes de conocer a Michael.

—Hola, tierra a Gina.

Parpadeó.

—No quiero hablar de matrimonio ni de hijos.

—¡Eh! ¿Quién ha dicho nada de matrimonio?

—Tienes que casarte para tener hijos, ¿no?

—No necesariamente, pero además, mi pregunta era más un comentario social que otra cosa. Quería decir que los puntos de vista sobre la educación de los niños cambian y que puede no ser buena idea introducirlos tan pronto al alcohol.

—¿Tú tendrás hijos?

Mike pareció sobresaltarse.

—Claro. Algún día.

—¿Pronto?

—Creía que estábamos tratando de elegir una película —metió de nuevo la nariz en el periódico—. Más vale que elijamos una pronto o será ya demasiado tarde para salir.

—Para ir a bailar, ¿no?

—Gina, ¿qué te he dicho?

—Muy bien —dejó el vaso en la mesa—. Si tú no quieres ir, iré yo sola.

—Sí, vamos.

Se levantó del sofá y se echó el pelo hacia atrás.

—Si te preocupa el tío Antonio, te juro que no sabrá que he salido sola.

—No irás a ninguna parte sin mí. Y nada de bailar.

La joven fue hacia el dormitorio para cambiarse.

—¡Gina! Lo digo en serio.

—Puedes marcharte —dijo ella por encima del hombro.

—¡Gina!

Entro en su habitación y cerró la puerta. El vestido azul que había elegido antes estaba sobre la cama.

Se quitó los zapatos y los vaqueros y se preguntó por qué él no había llamado aún a la puerta. ¿Se habría ido? No sería capaz de dejarla sola...

Pero no importaba. Solo tenía que darle la dirección al taxista. Tenía dinero y una tarjeta de crédito; así que no había ningún problema.

Se puso el vestido. Después de una semana de llevar ropa corta y ajustada, había decidido que no era tan divertido después de todo.

Tenía que preocuparse continuamente por cómo se sentaba o cruzaba las piernas, y no tenía gracia saltarse la cena dos veces en tres días. Odiaba todavía los vestidos negros anchos, pero le hubiera gustado tener un traje de chaqueta normal.

Tal vez al día siguiente pediría a Michael que volvieran a ir de compras. Después de ir a la oficina. La idea de sentarse allí con él y aprender lo que ocurría después de embotellar el vino, la seducía mucho. Tal vez porque él la consideraba lo bastante inteligente y competente para comprender el negocio.

¡Ojalá su padre pensara lo mismo!

Pero no se preocuparía ahora por eso. Esa noche solo quería bailar.

Y con Michael, a ser posible.

Escuchó cerca de la puerta, pero no oyó nada. A lo mejor se había marchado.

Tras cepillarse los dientes y el pelo, se pintó los labios. Tenía las manos sudorosas, pero se dijo que podía ir perfectamente sola.

Solo tenía unos zapatos que fueran con el vestido azul, así que se los puso y se miró al espejo.

Todo estaba en orden excepto su expresión de descontento. Bailar sin Michael no sería divertido.

Quizá debería dejarlo para otra noche.

O a lo mejor él pensaba que no se atrevería a ir sola.

Aquella idea la irritó.

Abrió la puerta.

Michael estaba de pie en el pasillo.

— ¿Vamos a bailar sí o no?

Capítulo 10

El club de la Quinta Avenida al que fueron estaba lleno de gente rica. La música en vivo era muy buena. Mike no recordaba haber oído nunca una orquesta tan buena. La cerveza era una marca nueva, fuerte y oscura, como a él le gustaba. Y Gina estaba tan guapa como siempre.

Todo podría haber sido perfecto si él hubiera sabido bailar. Carecía de ritmo para las canciones rápidas y no estaba dispuesto a salir a la pista y mover los brazos como un imbécil.

La mayoría de los hombres que bailaban no parecían hacerlo muy bien, pero eso no importaba; de todos modos, no se pondría en ridículo delante de Gina.

Aunque estaban juntos en una mesa, la habían sacado a bailar varias veces, le habían enviado tres bebidas y era blanco de bastantes miradas.

Pero ella ignoraba todo aquello y parecía centrar su atención en los zapatos de las mujeres.

Y en él.

Cuando intentaban hablar por encima de la música, apoyaba la mano en su muslo y se acercaba a él. Olía tan bien que le costaba trabajo recordar que era su carabina, en nada distinto a su tía, aunque Gina no lo viera así. Estaba fuera de su alcance y no podía meter la pata otra vez.

Mentiría si negaba que le gustaba estar con ella en aquel sitio. Era la hembra perfecta y se portaba como si solo tuviera ojos para él. Una situación embriagadora.

—¿Michael?—le tocó el brazo y se acercó tanto que su aliento

cálido le rozó la piel—. ¿Vamos a bailar?

—Más tarde.

Ella miró su reloj.

—Hace una hora que dijiste eso.

—Estoy esperando la canción apropiada.

—Eso también lo has dicho ya —hizo una pausa—. ¿No quieres bailar conmigo?

—No es eso —ella lo miraba dolida—. Mira, no sé bailar esta música rápida.

—¡Ah! —Gina miró a la pista de baile—. Tocan canciones lentas.

—Quizá deberías bailar con algunos de los que te sacan.

La joven volvió a adoptar una expresión dolida.

—No quiero bailar con ellos, sino contigo.

Mike sabía que diría aquello, y quería que así fuera. No le habría gustado nada verla bailar con otro.

—Vale, la próxima canción lenta.

—Ahora mismo vuelvo —Gina sonrió.

—Pero...

Salió de la mesa antes de que pudiera detenerla y se perdió entre la gente. Mike confió en que se dirigiera al baño, aunque, por supuesto, no podía ir muy lejos.

Tres minutos después estaba de vuelta con una sonrisa de complacencia que lo puso nervioso. Cuando se sentó a su lado, lo hizo muy cerca. Y a él le gustó que le pusiera una mano posesiva en el brazo y el modo en que echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

Quería besarla, pero se había esforzado tanto por mantener las distancias que no podía estropearlo ahora.

—¿Adónde has ido?

—Ya lo verás.

Mike suspiró. Volvía a tenerla cerca y eso era lo único que importaba. Miró la pista.

—¿Michael?

—¿Sí? —hizo una seña a la camarera cuando vio que miraba en su dirección. Un hombre prudente habría pedido un café, pero él supuso que podía tomar una cerveza más.

—¿Por qué no bailas?

Mike se encogió de hombros.

—No lo he hecho nunca.

—¿Tampoco de estudiante?

—Estaba ocupado estudiando, jugando al béisbol o aprendiendo kárate. Y después empecé a trabajar a los dieciséis años y me quedó aún menos tiempo para hacer vida social.

—¿Por qué no me has hablado de tu padre?

El hombre se puso tenso. Paró la música y algunas parejas salieron de la pista en dirección a las mesas o la barra. La orquesta eligió aquel momento para tomar un descanso.

—No lo conocí.

Por suerte llegó la camarera a preguntar qué querían. Gina apenas había probado su vino blanco y no quería nada. Mike pidió otra cerveza.

Gina le puso una mano en el muslo y él se preguntó si sabría lo cerca que estaban sus dedos de la zona de juego.

—¿Murió cuando eras muy pequeño?

—Algo parecido.

—Perdona —frunció el ceño—. No comprendo.

Mike no quería explicárselo, pero tampoco quería que ella pensara que había dicho algo malo. Ella no tenía la culpa de que su padre fuera un imbécil que abandonó a su esposa y su hijo pequeño.

—No murió, aunque puede que ahora ya sí esté muerto —terminó su cerveza—. Supongo que no le gustaba la responsabilidad de tener una familia.

Gina abrió mucho los ojos.

—¿Y se marchó?

—Sí.

—¿Y no volviste a verlo?

—Solo en fotos.

La joven murmuró algo en italiano y apretó el muslo él.

—No importa —dijo Mike—. Mi madre no necesitaba para nada a un inútil así. Nos fue bastante bien solos.

—Pero no está bien que un hombre abandone a su familia — insistió ella, confusa—. ¿No enviaba cartas ni dinero?

—Ya te he dicho que estábamos mucho mejor sin él.

Gina movió la cabeza con tristeza.

—Es una pena que no viera el hijo tan estupendo que tenía.

Mike sintió un nudo en la garganta que lo sorprendió. Casi nunca pensaba en el hombre al que no consideraba más que un donante de esperma. Desde luego, no tenía ningún sentimiento hacia un hombre que no merecía en absoluto el título de padre.

—Gracias —repuso, sorprendido de lo mucho que significaba para él la sinceridad del comentario—. Ahora hablemos de otra cosa.

—¿Por eso trabajas tanto? —ella apoyó la barbilla en su hombro y lo miró a los ojos.

Mike apartó la cabeza para impedir que sus labios se juntaran. Aquella mujer no tenía ningún concepto sobre el espacio personal y, de seguir así, iba a acabar con él.

—¿Qué quieres decir? Llevo toda la semana sin trabajar.

—El tío Antonio dijo que eres la persona que más trabaja en la empresa.

—¿De verdad? —Antonio siempre era generoso con las bonificaciones cuando apreciaba el trabajo de alguien, pero no solía hacer elogios.

Ella asintió.

—Dice que trabajas más que su hijo y los dos hermanos de su mujer.

Mike se encogió de hombros.

—No creo; es solo que paso mucho tiempo en el despacho.

—Serás un buen marido y un buen padre.

Él se echó a reír. Aquella idea lo ponía nervioso.

—Si alguna vez llega el momento, espero que sí.

—Por supuesto que llegará —echó la cabeza hacia atrás, sorprendida de que él pudiera dudarlo—. ¿No quieres una familia?

La verdad era que no había pensado mucho en el tema. En los últimos años se había centrado en el trabajo. Los vinos Scarpetti tenían mucho potencial por descubrir y él muchas ideas por explorar, la distribución en la Costa Oeste y...

—Perdona, no quiero ser cotilla, no haré más preguntas —comentó ella.

Mike sonrió, pero no dijo nada.

Llegó la camarera con la cerveza, que la joven miró con interés.

—¿Prefieres la cerveza al vino? —preguntó.

—No, pero cuando vengo a un sitio de estos que se especializan en marcas pequeñas, me gusta probar una distinta cada vez.

—¿Por qué no se especializan en vino?

—¿Qué quieres decir?

Gina se enderezó un poco y colocó una mano en la mesa; tamborileó con los dedos en el mármol y achicó los ojos.

—¿Hay bares de vinos en la ciudad?

—Claro.

—¿Cómo este?

—Bueno, no; son mucho más pequeños.

—¿Sin música ni baile?

Mike sonrió.

—Son más bien como clubes privados sin que se pueda decir que son privados. Normalmente tienen una clientela rica.

—El vino no tiene por qué ser caro.

—Cierto —sabía ya adonde quería ir a parar ella y admiraba su entusiasmo, pero no creía que su idea diera resultado.

Gina señaló con la barbilla la lista de cervezas colocada en la

barra.

—¿Por qué no tiene una lista de vinos? Se podría poner uno distinto cada semana.

—Si los clientes de aquí fueran más mayores, sería buena idea — miró a su alrededor; el lugar estaba ocupado básicamente por veinteañeros, con algunas excepciones en torno a cuarenta años.

—La edad no es un problema. A mí me gusta el vino.

—Tú eres europea. Los norteamericanos generalmente no se crían bebiendo vino —los europeos eran diferentes, sí. Pensó de inmediato en la playa y en los pechos desnudos de Gina; en sus pezones rosados...

Se movió en el asiento. Tenía que volver a pensar en el negocio. Señaló una bandeja con jarras y vasos altos que llevaba una camarera a una mesa cercana.

—Mira lo que sirven. La gente pide cerveza o combinados de vodka o ron.

Volvió la orquesta al escenario y empezó a prepararse para tocar. Por suerte, la música distrajo a Gina, que se volvió en el asiento y miró el escenario expectante.

El cantante se acercó al micrófono.

—Vamos a hacer algo diferente. Empezaremos este grupo de canciones con una lenta. Va dedicada a Gina —se apartó y empezó a tocar la guitarra.

—Eso es lo que has hecho antes —musitó Mike. Movié la cabeza. Se le habían acabado las excusas.

Gina se levantó y le tendió la mano con una sonrisa.

—Bailamos, ¿verdad?

Mike vaciló y, en menos de dos segundos, un chico bajo y grueso rodeó a Gina con un brazo.

—Yo bailaré contigo, muñeca.

Ella abrió mucho los ojos, pero antes de que Mike pudiera intervenir, sonrió con dulzura y dijo:

—Sé kárate.

—Eh, solo pretendía ser amable —apartó el brazo con rapidez y se alejó en busca de otra presa.

Mike sonrió y se levantó antes de que se acercara otra persona y Gina intentara hacerle una llave. Si se había empeñado en bailar, lo mejor será hacerle caso. Por suerte eran ya las once y media y tendrían que marcharse pronto.

La joven tiró de él hasta la pista apretándole la mano con fuerza. Otras parejas habían empezado ya a bailar, con los cuerpos tan pegados que parecían fundirse el uno en el otro.

Gina encontró un lugar cerca del centro, pero a pista estaba ya tan atestada que no había mucho escoció para moverse. Aquello tenía un punto bueno ya que no tenía que preocuparse tanto de sus pies. Y un punto malo, porque se veía obligado a estrechar a Gina contra sí. Cualquier esperanza que tuviera de conservar cierta distancia entre ellos desapareció cuando ella le echó los brazos al cuello y apretó los pechos y las caderas contra él.

Apoyó el rostro en el cuello de él, quien acabó por ceder y enterró la cara en el pelo de ella. Su aroma femenino y exótico lo intoxicaba más que cualquier cantidad de vino caro. Hacía que se sintiera borracho de anticipación y deseo.

En su cabeza entraron pensamientos que no tenían nada que hacer allí. Nociones que lo asustaban y que iban más allá del sexo sin complicaciones. Se forzó por recordar que Gina era un encargo como cualquier otro que pudiera hacerle Antonio. Simplemente, aquel era más personal y, por lo tanto, más importante, ya que incluía una confianza que Antonio solía reservar solo para la familia.

Gina se apretó con más fuerza y levantó la cara para que sus labios subieran por la garganta de él hasta el lado del cuello. Mike colocó las manos en la parte baja de la espalda de ella, haciendo todo lo posible por no apretar su trasero. Ya estaba bastante excitado así, no necesitaba buscarse más problemas.

—¿Michael?

Miró el rostro de ella, vuelto hacia arriba, y ella se puso de puntillas y lo besó en los labios. Él no alentó el beso, pero tampoco se retiró.

Cuando ella se apartó, lo miró confusa.

—¿Ya no te gusta besarme?

—No es eso.

—Hace una semana que no me besas.

—Lo sé —cometió el error de mirar su boca demasiado rato—. No debí besarte nunca.

—¿Por qué?

—Tú sabes por qué.

—Pero...

—Mira, ¿quieres hablar o bailar? Porque podemos volver a la mesa.

Gina lo miró con rabia. Separó los labios y él supo que se moría por decir algo, pero se limitó a levantar la barbilla y apoyar la mejilla contra el pecho de él.

Y luego movió las caderas. Fue un movimiento sutil, pero suficiente para atraer la atención de él. Suficiente para hacerlo respirar con fuerza.

Volvió a moverse.

Esa vez fue bastante menos sutil.

Mike expulsó el aire despacio. Aflojó la presión en la cintura de ella y retrocedió un poco. Ella lo siguió.

—Gina.

—¿Sí?

—Te estás buscando problemas.

—¿Si?

—Sabes a lo que me refiero, ¿verdad?

Una sonrisa astuta curvó los labios de ella, que volvió a apoyar la mejilla en el pecho de él. Mike intentó mantener unos centímetros

entre ellos, pero ella no cooperaba y se acercaba cada vez que el intentaba apartarse.

Por supuesto, podía llevarla de vuelta a la mesa, negarse a bailar más con ella.

Pero él no podía. Aquello le gustaba demasiado.

Las caderas de ella se movían al ritmo de la música y cuando más daño hacían era con el bajo. Volver a la mesa sin que todo el mundo se riera y lo señalara con la mano no iba a ser fácil. Por lo menos había poca luz y llevaba vaqueros, que se habían vuelto muy ajustados.

La canción estaba a punto de terminar y no sabía si eso lo aliviaba o decepcionaba. La siguiente pieza rápida acabaría con aquel tormento. Y las orquestas nunca tocaban dos canciones lentas seguidas.

Falso. Al ver que ninguna de las parejas parecía ansiosa por separarse, la orquesta se lanzó a tocar *Unchained melody* y todo el mundo siguió bailando, Gina incluida.

—Deberíamos volver a casa —le dijo él al oído.

—¿Por qué?

—Porque...

La luz del escenario hacía brillar sus labios húmedos y separados. Mike perdió la poca resolución que le quedaba y bajó la cabeza para probarlos. Ella, sorprendida, abrió más la boca y él introdujo la lengua en su interior.

Era una locura. Estaban en público, en medio de una pista atestada. Sabía que no debía hacerlo y odiaba aquel tipo de demostraciones públicas. Pero no podía contenerse. Ella era como una adicción, le decía lo que quería y cuándo lo quería y él se veía incapaz de negarse.

Gina respondió al beso sin vacilar. Parecía más segura de sí misma que las primeras veces que se besaron. Su lengua ahora era lenta y sensual.

Sabía que tenía que parar aquello antes de que terminara la música y desapareciera la cortina de cuerpos, pero ella movía las caderas contra él y su miembro se ponía en guardia de inmediato.

Tenía que parar aquello.

El final de la canción logró lo que su fuerza de voluntad no pudo conseguir. Apartó de mala gana los labios.

Otras parejas empezaban a separarse despacio, pero antes de que se vaciara la pista, empezó la pieza siguiente, de ritmo rápido y furioso, que atrajo a un grupo nuevo de bailarines.

—Vamos —dijo él, tomándole la mano.

Gina lo siguió a la mesa sin protestar. Mike quería terminar la cerveza y salir cuanto antes de allí.

Cuando la hubiera dejado segura en su casa, iría a su apartamento y escribiría cien veces en la pizarra: «No tontearé con Gina Ferraro».

¡Maldición! Se sentía como un adolescente. Estúpido. Pensando con la entrepierna. Todas sus buenas intenciones se evaporaban en cuanto se encontraba en la misma habitación con ella. Tenía que controlarse.

—Termina el vino si quieres —dijo—. Nos marchamos —no se molestó en sentarse para tomar la cerveza.

Gina sí se sentó.

—Solo es medianoche.

—Mañana tengo que madrugar —desde su posición de ventaja, tenía una vista clara del escote de ella Respiró con fuerza y apartó los ojos—. ¿Preparada?

Gina se puso en pie con un suspiro y tiró del vestido hacia abajo.

—¿Cuánto hay desde aquí a tu apartamento?

Mike estoy a punto de atragantarse con el último sorbo de cerveza.

—¿Por qué?

—Por curiosidad.

—Mucho —la tomó por el codo y avanzó hacia la puerta. Vivía cerca de Antonio, pero no tenía por qué decírselo.

Capítulo 11

Había poco tráfico y a la una menos diez estaban en el apartamento. A Mike lo sorprendía todavía que Antonio la dejara llegar a las dos de la mañana. No porque fuera una hora rara, teniendo en cuenta que ella tenía veintitrés años, sino porque no parecía propio de su tío.

—Creo que podemos despedirnos aquí —dijo él en la puerta del piso—. Llámame mañana cuando te despiertes.

Gina tiró de su manga y bajó la voz.

—Pero todavía es temprano.

—Es más de la una.

—Eso no es tarde.

—Tu tío puede estar en casa.

—Podemos subir al tejado. Hay una azotea y...

—No, de eso nada. ¿Dónde está tu llave?

Gina abrió el bolso y lo miró a los ojos.

—Tengo algo que decirte. Pero no te enfades.

—¿Qué? —Mike sintió un escalofrío.

—Te mentí sobre mi hora de llegada.

—¿A qué hora?

Ella arrugó la nariz, como hacía siempre que no entendía algo.

—¿A qué hora te dijo tu tío que volvieras?

La joven se sonrojó y bajó la vista.

—A las doce.

—Genial —miró el reloj, aunque sabía que era casi la una y media

—. De maravilla.

—No tiene por qué enterarse —movió la mano en el aire—. A

veces no llega a casa hasta las dos, y entonces se va directamente a la cama y ronca como un cerdo en menos de un minuto.

—¿Y si está sentado en la sala de estar cuando entremos? —Mike tenía un mal presentimiento—. ¿Qué pasa entonces?

—Por favor, no le digas que te mentí —le suplicó ella—. Me enviará a casa.

—No lo haría.

Ella asintió convencida.

¿Y si la devolvía a Italia? La idea asustó a Mike.

—Tampoco estará muy contento conmigo.

—Si está despierto, confesaré. Pero estoy segura de que podemos colarnos.

—¿Y si ha mirado ya en tu habitación y ha visto la cama vacía?

—Cuando he salido he dejado cojines debajo de la colcha para que parezca que estoy allí.

—¿Eso lo aprendiste en el colegio católico?

—Sí —asintió con tal solemnidad que él no pudo reprimir una carcajada.

Tomó la llave que ella había sacado del bolso y abrió sin hacer ruido. La lámpara del rincón de la sala estaba encendida, pero eso no significaba nada. Antonio la dejaba encendida toda la noche.

Gina lo siguió al interior y cerró la puerta con cuidado. Mike pensó en marcharse, pero si Antonio se despertaba, no quería que la joven tuviera que afrontarlo solo.

—Ve directamente a tu cuarto —susurró—. Yo me marcharé en cuanto entres.

—Pero ¿y si...?

—Gina, por lo que más quieras, vete. Hablaremos mañana.

Ella le dio un beso rápido en la mejilla y se alejó por el pasillo.

Mike creyó oír en ese momento hablar a alguien fuera del piso. Escuchó un momento y oyó una versión desafinada de *O Solé Mío*.

—¡Maldita sea! ¡Gina, es tu tío!

La joven se volvió a mirarlo.

— ¿Cómo dices?

Mike oyó la llave chocar con la cerradura, como si Antonio tuviera problemas para insertarla.

— Está en la puerta. Vete.

Ella abrió mucho los ojos.

— ¿Y tú?

Buena pregunta. ¿Dónde estaba el armario de los abrigos?

— Ven — Gina señaló hacia ella.

Mike negó con la cabeza.

— ¡Vete!

Cuando vio que se dirigía hacia él, no le quedó más remedio que seguirla. Ella le agarró la manga y lo arrastró a su habitación. Cerró la puerta cuando entraron y se apoyó contra ella.

— Yo estaría mejor escondido en otro sitio — susurró él.

Ella se llevó un dedo a los labios para hacerlo callar. Los dos escucharon un momento. Mike creyó oír un ruido en la cocina, pero no estaba seguro. Tal vez Antonio siguiera buscando la cerradura.

Sabía que a Robert lo preocupaba la costumbre reciente de su padre de trasnochar y beber con sus amigos en un club de la Séptima Avenida. La nueva costumbre había empezado poco después de que Antonio se quedara viudo. Mike había creído que Robert exageraba, pero ya no estaba tan seguro.

Todo estaba en silencio. Empezaba a pensar que Antonio se había acostado ya cuando una llamada a la puerta lo sobresaltó.

Gina se llevó una mano a la garganta. Antonio la llamó en voz no muy alta, pero no contestó. Mike le dio con el codo y confió en que hubiera cerrado bien la puerta. Tenían la luz apagada y no podía estar seguro.

Al fin, ella contestó en italiano con voz adormilada. Seguramente también había aprendido aquello en el colegio católico. A pesar de la situación, Mike rió para sí.

Antonio contestó también en italiano, cosa que lo puso nervioso.

Mike miró a su alrededor en busca de un lugar donde esconderse por si fuera necesario. La puerta del armario estaba abierta, pero el espacio interior se veía lleno con la ropa y las maletas de Gina. Tal vez debajo de la cama...

Gina dio un respingo. Dijo algo a su tío en italiano rápido y le hizo señas a Mike de que se escondiera. Él se tiró al suelo y estaba a punto de meterse debajo de la cama cuando se dio cuenta de que el espacio estaba lleno de cajas de embalaje.

Gina se quitó los zapatos, lanzó el bolso en una silla y apartó el edredón.

—Aquí —susurró. Empujó a un lado la montaña de cojines y la mitad cayó al suelo.

Mike se metió allí sin pensar en lo que hacía y ella lo tapó con el edredón. Dijo algo en italiano y se metió en la cama a su lado.

Mike se disponía a protestar, pero oyó que giraba el picaporte y cerró la boca. Gina se volvió de lado y apretó el trasero contra él, que contuvo el aliento y se pegó a ella.

Los voluminosos cojines eran lo único que podría impedir quizá que los descubrieran. Eso y el hecho de que Antonio sonaba un poco ebrio.

Entró en la habitación, conformándose con la luz de emergencia, y se sentó en el borde de la cama de Gina. El colchón se hundió bajo su peso y Mike cerró los ojos confiando en que el peso de los tres no rompiera la cama.

Gina fingió un bostezo y murmuró algo, parte en inglés y parte en italiano sobre el sueño.

Mike estaba a punto de volverse loco, pero, por suerte. Antonio fue breve. Al parecer, le dio algo a Gina y se levantó en cuanto ella le dio las gracias. Mike reconoció que se daban las buenas noches en italiano y después oyó cerrarse la puerta.

Respiró aliviado, pero no se movió. Esperó a que Gina le diera la

señal. Al ver que no lo hacía, levantó una mano para llamar su atención. Sabía dónde estaba su trasero, pero tocarla allí podía acabar siendo una sorpresa para los dos.

Tentador. Muy tentador.

En lugar de eso optó por moverse. Ella respondió apretando el trasero aún más contra él.

—Gina —ella no contestó, por lo que repitió su nombre más alto.

—Espera —saltó de la cama y Mike confió en que fuera a cerrar la puerta con llave.

Escuchó, bastante seguro de que podía levantarse, pero sin querer correr el riesgo. Un momento después ella volvió a la cama, esa vez de frente a él.

—¿Has cerrado la puerta? —preguntó el hombre.

—Sí.

Mike se colocó de espaldas, preparado para salir por el otro lado.

—Espera —ella lo sujetó por la muñeca—. Todavía no.

A él el corazón lo golpeaba con fuerza en el pecho.

—¿Se ha ido a la cama?

—No, está en su despacho.

Susurrar en la oscuridad lo ponía nervioso. Y el olor de ella también. Cerró los ojos e inhaló su aroma.

—¿Para qué?

—No se lo he preguntado.

Mike procuró no pensar en los pechos de ella tan cerca que podía tocarlos con la boca.

—¿De qué habéis hablado?

Ella suspiró.

—¡Pobre tío! Esta noche está triste. Echa de menos a su esposa.

—¿Ha entrado para decirte eso?

—Me ha dado un colgante de ella. Como no tiene hijas, quiere que sea para mí. Es una joya de familia, muy hermosa y de enorme valor sentimental —suspiró otra vez—. Está un poco borracho. Mañana se

lo devolveré.

— ¿Por qué? Si quiere que sea para ti...

— Robert tendrá una hija algún día. El colgante debería ser para ella.

Mike no contestó. Le costaba imaginarse a Robert de padre, pero seguro que Gina tenía razón. Tendría un montón de hijos, como todos los Scarpetti.

La joven se movió para apartar un cojín que Mike había colocado entre ellos.

— Cuando se pone así, puede tardar mucho en acostarse.

— ¿Y qué hace ahí?

— Mira fotos antiguas de mi tía. Y bebe mucho. Antes de irme tengo que hablarle de su salud.

— ¿De verdad? —sonrió Mike. A veces parecía muy madura y otras una niña curiosa y aventurera.

— ¿Tú no crees que deba hablar con él?

— Sí, es solo que me sorprende.

— ¿Por qué?

— No sé. Porque... Gina, estoy en tu cama.

La joven soltó una risita.

— Sí, ya lo sé. Yo también estoy en mi cama.

— Ahí está el problema.

— Yo no veo ningún problema —la mano de ella rozó la mejilla de él—. El tío no sabe que estás aquí.

— No, pero... —apartó la mano de ella—. No deberíamos estar juntos en la cama.

— No hacemos nada malo.

Mike tragó saliva.

— Pero...

Gina se acercó hasta que su pelo de olor a vainilla rozó la barbilla de él y entonces le puso una mano en el hombro de modo que no quedara nada entre sus pechos y el torso de él. Parecía tranquila, pero

el corazón le latía con fuerza.

—Esto es precisamente el tipo de cosas que puede meternos en líos —Mike echó la cabeza hacia atrás—. ¿Dónde está el cojín?

Ella lo besó, pero en vez de los labios, el beso cayó en la barbilla. Volvió a probar y él deseó con fuerza abrazarla y colocarla encima de él.

La oscuridad no ayudaba. Con más luz habría visto sus ojos muy abiertos por la incertidumbre y su juventud, y eso le habría recordado que no sabía lo que pedía. Pero en la oscuridad, con su cuerpo suave y voluptuoso pegado al de él, la tentación adquiría un significado nuevo.

—Gina, sabes que no podemos hacer esto.

—No es la primera vez que nos besamos —sus labios húmedos encontraron los de él.

Mike intentó no ceder, pero cuando la lengua de ella tocó la comisura de su boca, movió la cabeza y la besó tan profundamente que ella dio un respingo.

—Espera, Michael.

El hombre apartó la cabeza. Había sido un imbécil asustándola de aquel modo.

Ella levantó el edredón y salió de la cama.

Mike sintió pánico. La había asustado de verdad.

—¿Adónde vas?

Gina se inclinó y lo besó en la mejilla.

Calla. No me voy.

Él levantó una mano para detenerla, pero ella se apartó. A poca distancia de la cama, levantó el dobladillo del vestido y se lo sacó por la cabeza.

La pequeña luz de seguridad situada justo detrás de ella la iluminaba lo suficiente para que a Mike se le secase la boca. Ella se quitó a continuación el sujetador. Se volvió para dejarlo en la silla y el perfil de sus pechos desnudos fue demasiado para él.

Se dejó el tanga puesto y volvió a la cama. Se acurrucó contra él, apretando los pechos contra el torso masculino. Los pezones rozaban su piel a través de la camisa.

—Gina, estás loca —apenas si consiguió hablar y su voz le sonaba débil y patética.

—La puerta está cerrada.

—Esa no es la cuestión —deseaba tocarla y apretó los puños a los costados. Sería muy fácil pasar la mano por la curva de la cadera, tomarle el pecho y frotar el pezón entre el índice y el pulgar como sabía que a ella le gustaba.

—Michael, quítate la camisa —susurró ella.

—No me has escuchado, esto es peligroso —lo desconcertaba que pudiera desnudarse ante él y al inmuto siguiente volver a parecer tímida. Era curiosa, ingenua y al mismo tiempo se sentía muy cómoda con él. Una combinación terrorífica.

Gina le puso una mano en el brazo y curvó los dedos en torno a su bíceps.

—No haremos nada que no hayamos hecho ya.

—Gracias por recordármelo —era un imbécil. Tenía que salir de allí enseguida. Ella tenía razón, la puerta estaba cerrada y Antonio no podía entrar. Podía esperar en el suelo.

La joven le tomó la mano y la llevó a su pecho izquierdo. Y como era débil, él se dejó. La piel de ella era demasiado cálida y sedosa.

—Por favor, quítate la camisa.

—Pero Antonio...

—Cree que estoy durmiendo.

—Tú no lo entiendes, Gina —su mano empezó a acariciarle el pecho como si tuviera mente propia—. Esto es muy duro para mí.

El corazón de ella latía contra su palma.

—¿Por qué?

Tal vez lo mejor fuera ser sincero y asustarla.

—Porque quiero hacer cosas contigo que no debo. Quiero poner

mi boca donde no debo y tocarte donde nunca te ha tocado ningún hombre. ¿Lo entiendes ahora?

Gina guardó silencio unos segundos.

—Yo quiero que me toques.

Mike lanzó una maldición que hizo que ella se sobresaltara y se apartara un poco.

—Perdona, cariño —la abrazó y la atrajo hacia sí—. No eres tú, soy yo.

El suspiro suave de ella le hizo cosquillas en la barbilla.

—Me confundes.

—Lo sé.

¿Por qué la abrazaba de ese modo? Seguro que ella sentía que estaba a punto de explotar. Eso solo debería bastar para asustarla, hacerla pensar dos veces en lo que ocurriría si no andaban con cuidado.

—¿Michael?

Cerró los ojos un instante. Conocía aquel tono de voz lleno de curiosidad.

—¿Sí, Gina?

Ella se echó a reír.

—Hablas igual que mi padre.

—Estupendo —no le hubiera importado sentirse más paternal con ella.

—¿Quieres quitarte ya la camisa?

Mike tragó saliva. Quizá debería intentar salir del piso. Si Antonio estaba borracho...

—¿Te acuerdas de la playa? —preguntó ella, trazando con los dedos cuadros abstractos en la «V» que formaba su camisa abierta.

Mike se acordaba perfectamente. No pasaba una noche sin que repasara mentalmente en la cama la sensación de los pechos de ella contra su piel, de los pezones apretándole el torso.

—Me quitaré la camisa, pero nada más.

La dejó caer al suelo y la abrazó por la cintura para acercarla más a sí. Ella emitió un gemido que le llegó directamente a la entrepierna. Se apretó contra él y empezó a acariciarle la espalda.

Mike le apretó las nalgas, buscó su boca y la besó a conciencia. La respuesta entusiasta de ella hizo que la temperatura de su cuerpo subiera como la espuma.

Aprendía deprisa. La chica tímida de la semana anterior sabía ya utilizar la lengua para embaucar y persuadir. Bajó las manos por la espalda de él e introdujo los dedos bajo la cintura de los vaqueros.

Mike sabía que tendría que parar de un momento a otro. Si su corazón no explotaba antes.

Para vergüenza suya, fue Gina la que enfrió un poco las cosas. Suavizó el beso, mordisqueó la comisura de los labios de él y se apartó.

— ¿Michael?

Él se puso tenso.

— ¿Qué?

— ¿Puedo tocarte yo?

Capítulo 12

Gina esperó a que Mike contestara, pero comprendió que no debía haberlo preguntado. Las mujeres de *El sexo y la ciudad* no pedían permiso. Tomaban lo que querían y los hombres siempre cedían.

Suspiró. Tal vez algún día sería así de valiente, pero en ese momento tenía miedo, a pesar de saber que Michael no le haría daño. Pero pasaban cosas raras en su cuerpo, en su cabeza, cosas que la hacían sentirse atrevida y necesitada. Su curiosidad crecía cada día que pasaba con Michael. Era como un grito en el interior de su cabeza que no podía acallar.

—¿Michael? —tragó saliva—. Si no quieres que...

Él se echó a reír. Y su risa sonaba rara. Muy ronca.

—Quiero que me toques; ese es el problema.

La oscuridad le impedía verle la cara. Si se movía a la izquierda, el resplandor de la luz de seguridad la ayudaría, pero estaba tan cómoda allí, contra él, que no se atrevía a moverse y romper el embrujo.

—No dejas de hablar de problemas. Yo solo te pido tocarte.

—Ah, Gina —le tocó la mejilla—. En cierto modo me gustaría que tuvieras más experiencia. Así no me sentiría tan culpable.

Ella dio un respingo.

—Tú no me obligas a hacer nada.

—No me refiero a eso. Por supuesto, yo nunca te obligaría. Pero tampoco está bien que te anime a ello.

Gina se movió para que sus pechos rozaran la piel de él.

—Soy yo la que te anima a ti.

Mike soltó una risita.

— En eso tienes razón.

Era una sensación increíble y maravillosa estar desnuda en la cama al lado de Michael. Por supuesto, seguía llevando el tanga. Aún no era tan valiente como para quitárselo. Además, estaba muy húmeda entre los muslos.

Dejó una mano debajo del cinturón de él y llevó la otra al pecho, donde le gustó la sensación del vello en la palma. El pezón de él sobresalía y ella lo pellizcó suavemente. Le encantaba cuando él le hacía eso y el modo en que se estremeció le indicó que a Mike también le gustaba.

Notó que su miembro se endurecía entre ellos y su incertidumbre la frustraba de tal modo que quería gritar. Bajó la mano por el pecho de él. Primero hasta la cintura y después hasta la entrepierna.

Él le agarró la muñeca y le estiró el brazo por encima de la cabeza para obligarla a yacer de espaldas sobre los cojines. El movimiento la sobresaltó y reprimió un respingo. Mike le cubrió la boca con la suya y a ella le latió con fuerza el corazón.

Ese beso no fue gentil sino brusco, y la dejó sin aliento. No le soltó la muñeca, lo que la excitó aún más. Cuando la boca de él bajó hasta su pecho, olvidó respirar. La lengua masculina rozó el pezón antes de que él lo tomara entre los dientes.

Estuvo a punto de gritar de placer, pero apretó los labios y cerró los ojos.

Cuando él pasó la boca al otro pecho, le soltó la muñeca y usó los dedos para calmar el primer pezón.

— ¿Michael?

Él succionaba, lamía y besaba. Su pecho se levantaba y caía, pesado sobre el vientre de ella. Si la oyó no le contestó.

Quería que se quitara los pantalones y se quedara en ropa interior, como ella. Tal vez si ella le abría el cinturón... Pero sabía que él la detendría.

—¿Michael? —la mano de él bajó hasta su vientre—. Quítate los pantalones.

La mano y la boca de él frenaron sus movimientos.

—Solo los pantalones —se apresuró a añadir ella.

Mike apartó la boca del pecho, cosa que ella lamentó con todo su corazón. La besó brevemente en los labios y la mano que tenía en el vientre subió hasta el pecho y descansó allí.

La joven casi suspiró aliviada de que no se hubiera alejado.

—¿Y luego qué?

Parpadeó.

—No comprendo.

—¿Por qué quieres que me quite los pantalones?

Gina se sonrojó. Pedirle que hiciera algo cuando se besaban era distinto a hablar sobre ello.

—Porque... —si intentaba seguir hablando, tartamudearía.

Siguió un silencio. Volvió a probar.

—Porque quiero sentirte contra mí.

Mike le agarró de nuevo la muñeca, esa vez con más fuerza, y le apretó la mano contra su erección.

—¿Es esto lo que despierta tu curiosidad?

A Gina le latía el pulso por efecto de la excitación y el miedo. Mike parecía enfadado, pero la sensación de su miembro bajo la mano le resultaba embaucadora. Movié los dedos hacia arriba para calcular su longitud. Sabía por sus amigas cómo respondía el cuerpo de un hombre, pero nunca había esperado aquello. Cuando llegó a la cima, apretó su redondez.

Mike gimió y le sujetó con más fuerza la muñeca. Murmuró algo que ella no entendió.

—No puedes ser tan ingenua. Gina. Es imposible —le apartó la mano y salió de la cama—. Me estás pidiendo demasiado —había levantado la voz, pero se apresuró a bajarla—. Más vale que pienses muy bien lo que estás haciendo.

—Michael, no te enfades, por favor.

Él levantó la camisa del suelo y se la puso.

—Maldita sea, no soy un santo. Gina. ¿Cuánto tiempo crees que puedo seguir así?

No entendía muy bien a lo que se refería, así que no contestó. Tal vez él pensaba que quería que fuera hasta el final. Y a veces era así, pero otras veces la asustaba la idea.

—Voy a ver qué hace tu tío y me largo de aquí.

—No te marches enfadado.

—No estoy enfadado, estoy frustrado. Duérmete.

En la puerta se detuvo a escuchar antes de abrir una rendija. Salió sin mirar atrás.

Gina se quedó inmóvil, triste y confusa. No había sido su intención molestarlo. ¡Si tuviera más experiencia! Pero el miedo de las monjas y de sus padres le había impedido pasar de los besos. Con Michael todo parecía distinto. Se sentía cómoda y segura, y desesperada por hacer cosas que nunca había soñado con hacer. Bueno, soñado quizá sí, pero que nunca habían ocurrido.

Saltó de la cama y fue a buscar el camisón en el armario. Sus pechos seguían húmedos de la boca de Michael. Se puso el camisón blando de algodón por la cabeza y se metió en la cama, donde se quedó mirando las sombras del techo.

Sólo podía hacer una cosa. Salir sola y buscar alguna experiencia.

A la mañana siguiente, Mike empezó a ponerse nervioso cuando a las diez y media Antonio no había llegado aún al trabajo. Por mucho que hubiera trasnochado la noche anterior, llegaba siempre antes de las diez.

Cuando salió la noche anterior del piso, el viejo dormía profundamente con la cabeza sobre la mesa del despacho. Roncaba tanto que Mike estaba seguro de que había escapado sin que lo viera. Confiaba en que fuera ahora la resaca lo que lo mantenía en casa y no algún descubrimiento sobre Gina y él.

¡Maldición! Estaba perdiendo el juicio. Disponía de unas horas para trabajar un poco y no podía dejar de pensar en Gina.

Si entraba Antonio y lo echaba a patadas, le estaría bien merecido. En lo relativo a ella, carecía de sentido común. ¿En qué demonios estaba pensando? Pero el problema era ese, que no pensaba. Estaba casi dispuesto a salir esa noche a ligar donde fuera. Buscar una mujer dispuesta en algún bar, antes de perder del todo los papeles con Gina.

Oyó la voz de Antonio saludar a las secretarias y lo vio avanzar por el pasillo hacia su despacho. Le dio un par de minutos para que dejara el maletín y encendiera un puro, y fue a su encuentro.

Asomó la cabeza por la puerta.

—Buenos días.

—El viejo lo miró con ojos hinchados.

—¿Qué tienen de buenos?

Mike carraspeó, sin saber qué contestar.

—Perdona —Antonio le indicó por señas que entrara—. No me hagas caso, me duele la cabeza.

—¿Quieres una aspirina?

—Ya he tomado. Gina se ha empeñado en que tomara dos con zumo de naranja —sonrió con afecto—. Es igual que su madre, siempre dando la lata.

—No la he llamado todavía. Creo que hoy quiere ir a la biblioteca, así que en cuanto...

—No te preocupes —Antonio hizo un gesto con la mano—. Tómame el día libre. Yo pasaré el día con Gina.

Mike sintió un nudo en el estómago. Seguro que Antonio sospechaba algo.

—¿Por qué?

Su jefe achicó los ojos.

—¿Necesito un motivo para estar con mi sobrina?

Mike levantó las manos en un gesto de rendición.

—Solo era una pregunta. Pensaba que quizá... Olvídalo.

Antonio se encogió de hombros y señaló la sien.

—Es la cabeza. Me está matando.

—Pues quizá puedas dejar la salida con ella para mañana — confiaba en no sonar muy desesperado, pero no se le había ocurrido pensar que no la vería ese día. Después de cómo se había despedido de ella la noche anterior, quería verla.

Antonio movió la cabeza.

—Ya le he dicho que la llevaré a comer. La tengo muy abandonada desde que llegó —miró a Mike—. Y a ti... te he apartado de tu trabajo y de tu vida social.

—¿Qué vida social? —rió Mike.

Antonio le lanzó una mirada extraña.

—Tu vida privada —se levantó bruscamente—. No quiero saber nada de eso, es asunto tuyo —rodeó el escritorio—. Ahora voy a tomar café y hacer unas llamadas y luego me iré para el resto del día.

—¿Y esta noche? —Mike salió con él al pasillo—. ¿Quieres que lleve a Gina a alguna parte?

—Tómate todo el día libre. Pásalo con tu... —movió una mano en el aire y apartó la vista como si se sintiera incómodo— con tus amigos. Gina se distraerá esta noche con mi ordenador.

—¿Lo ha dicho ella?

Antonio frunció el ceño.

—¿El qué?

—Que prefiere, quedarse en casa con el ordenador.

El viejo soltó una carcajada.

—Esa chica estaría fuera todos los minutos del día si pudiera —se señaló el pecho—. Soy yo el que dice que puede quedarse en casa esta noche.

—¿Y te quedarás tú con ella? —preguntó Mike con aire casual.

—No temas, estará bien —llegaron a la cocina y Antonio levantó la cafetera—. ¿Quieres?

—No, gracias —Mike se frotó la parte de atrás del cuello—. Bueno, vale...

Augie salió de su despacho con un montón de carpetas.

—¿Tienes un minuto? —preguntó al jefe.

—Ven —Antonio se sirvió café e hizo señas a Augie para que lo siguiera a su despacho. Miró a Mike— Tú vete a divertirte con tus amigos.

Augie tosió y los dos hombres intercambiaron una mirada de regocijo. Mike los vio alejarse por el pasillo sin poder reprimir la sensación de que se había perdido algo.

Las cuatro y media.

Mike miró su reloj de pulsera para comprobar que el del despacho no se había retrasado. Sí, eran solo las cuatro y media. Veinte minutos más tarde que la última vez que había mirado.

Dejó caer el bolígrafo con un suspiro. El día pasaba con lentitud, a pesar de que tenía tanto trabajo pendiente que le daba vueltas la cabeza. Debería centrarse en el trabajo en vez de estar todo el día pensando en Gina.

Quizá debería llamarla. Eso no parecería fuera de lugar. Tenían que hacer planes para el día siguiente, ¿no? Levantó el teléfono, marcó los tres primeros números y volvió a colgar. Llamaría más tarde, cuando Antonio hubiera salido por su cuenta, suponiendo que lo hiciera.

Se recostó en la silla y cerró los ojos. ¿Cómo podía echarla tanto de menos? Un día sin verla y no podía concentrarse en el trabajo. Seguro que era por lo de la noche anterior. Siempre lo habían preocupado los asuntos inacabados.

Le sonó el estómago y se acordó de que no había comido mucho. Abrió el cajón del medio y busco algo, pero solo encontró medio paquete de galletas de queso rancias.

En menos de dos semanas su vida se había ido al traste. Antes sus días funcionaban como un reloj. A las siete en el despacho, a las siete

y veinte la segunda taza de café, comida a las doce y media, la una como máximo, salía de allí a las seis y media o las siete, dependiendo de cuándo llegara el último cargamento de vino de Italia. La única desviación de la rutina era una cerveza ocasional en Angelo's con Robert y algunas personas más de la oficina.

Miró el montón de recibos que debería haber acabado de revisar dos horas antes. No podía concentrarse, solo podía pensar en Gina.

¿Y qué pasaría cuando volviera a Italia dos semanas después? Lo invadió el pánico. No volvería a verla. Si no entraba a trabajar en el negocio, seguramente no volvería a verla nunca.

¡Maldición! Eso ya lo sabía. ¿Por qué, entonces, le dolía tanto pensarlo?

Miró el teléfono. Lo mejor sería llamar de una vez, decirle que no estaba enfadado, comprobar que se encontraba bien. Una llamada rápida.

Miró el reloj. Quizá sería más apropiado llamar cuando estuviera sola y libre de hablar sin que la oyeran. Una conversación por teléfono le parecía de pronto algo muy impersonal.

Por otra parte, podía llamarla ahora y acordar ir a verla al piso cuando se marchara su tío. Pero ¿qué pensaría Antonio si se enteraba? ¿No sospecharía algo?

¡A la porra! Levantó el auricular y marcó el número. No podría trabajar hasta que oyera su voz. Con suerte, respondería ella.

Contestó al tercer timbrazo.

—¿Gina?

—Michael —suspiró ella—. Qué alegría oírte.

—Sí, soy yo —tomó una goma de la mesa y la retorció nervioso entre los dedos—. ¿Cómo estás?

—Aburrida.

Mike se echó a reír.

—¿No has ido a comer con tu tío?

—Sí, y luego hemos ido a Bloomingdale's. Ir de compras no es lo

mismo sin ti.

El tono sensual de su voz hizo que el corazón le diera un vuelco.

— ¿Dónde está tu tío ahora?

— Durmiendo la siesta. Le duele la cabeza.

— O sea que seguramente os quedaréis en casa esta noche.

— Ahora estoy haciendo la cena, pero él ha quedado con un amigo a las ocho.

Mike miró el reloj una vez más.

— ¿Y qué vas a hacer tú?

— Tengo una lista de cosas que quiero buscar en el ordenador.

— ¿Te llevará mucho tiempo?

Ella vaciló. Tal vez estaba enfadada por lo de la noche anterior y no quería verlo. Pero no era un tema que él quisiera abordar por teléfono.

— ¿Gina? — preguntó, después de un silencio.

— Oigo a mi tío. Está despierto.

— Entonces más vale que cuelgue.

— Si — vaciló de nuevo —. ¿Nos vemos mañana?

A Mike le dio un vuelco el corazón.

— Claro.

— ¿Podemos ir a tu despacho?

— Ya veremos. Te llamaré.

No le preguntó cuándo ni si volvería a llamarla por la noche. Solo dijo:

— Sí, tengo que irme.

Después de colgar, Mike se recostó en la silla y miró el cielo nublado por la ventana. Hablar con ella tendría que haber servido para tranquilizarlo, no lo contrario. Pero había algo en su voz que no le gustaba del todo.

Seguramente era su ego masculino. Creía que ella se pondría como loca ante la posibilidad de verlo. Se frotó los ojos cansados. Mejor así. Necesitaba dormir. Tal vez si se llevaba trabajo a casa y

dormitaba un rato, se sentiría más productivo después.

Miró por la ventana unos minutos antes de meter fichas y carpetas en el maletín. Las cinco no era la mejor hora para encontrar un taxi, pero tampoco lograría nada quedándose allí.

Las dos secretarias se habían marchado ya y sospechaba que Augie y Lorenzo estarían en el bar de abajo. Cerró la oficina y salió a la calle, esforzándose por no pensar en Gina.

Cuando llegó a su apartamento, sabía que no podría dormir, así que se puso un pantalón vaquero y abrió el maletín. Le sonaba el estómago, pero sabía que no debía molestarse en abrir el frigorífico. Pidió la cena a su restaurante chino favorito y se puso a trabajar.

Intentar concentrarse era imposible. Por cada quince minutos que pasaba trabajando, pasaba otros diez mirando por la ventana. Llegó la comida y la devoró sin enterarse. Comer le dio algo de sueño, pero cuando intentó tumbarse, su mente no dejaba de dar vueltas.

Aquello era una locura. Ni siquiera en el instituto se había obsesionado así con una mujer. Pero Gina era la sobrina de su jefe y no quería arruinar su carrera.

Aunque eso no tenía nada que ver con su preocupación y lo sabía. Tenía que disculparse por lo de la noche anterior. Necesitaba verla en persona.

Las ocho cuarenta. Antonio ya se habría marchado.

Metió la cartera en el bolsillo de atrás, tomó las llaves y salió del apartamento. Solo estaba a cincuenta manzanas de Antonio y normalmente habría ido andando, pero estaba tan impaciente por llegar que paró un taxi. Cinco minutos después, paraba en la acera de enfrente del bloque de apartamentos.

Pagó al taxista y salió del vehículo, pero antes de cerrar la puerta la vio.

Gina llevaba el vestido rojo corto con los zapatos negros de tacón de aguja que se había puesto su primera noche en Nueva York. Estaba a punto de entrar en un taxi mientras el portero del edificio le

sujetaba la puerta.

Mike, atónito, perdió la oportunidad de llamarla y el taxi de ella se puso en marcha y se alejó.

Musitó una maldición y volvió a subir al suyo. El taxista lo miró como si estuviera loco. Mike señaló con el dedo.

—Siga a ese taxi.

Capítulo 13

Gina enseñó un carné en la puerta, repentinamente nerviosa por estar sola. Pero para lo que quería hacer aquella noche, no podía tener a Michael al lado.

Pasó de largo por la barra y fue directamente a una mesa vacía. Por el rabillo del ojo vio que varios hombres la miraban, pero mantuvo la vista clavada al frente. Al contrario que la noche anterior, había más parejas que hombres solos. ¿Y si nadie le hablaba ni la invitaba a bailar?

Curiosamente, aquella posibilidad no le importaba mucho. En la seguridad de su cama le resultaba fácil pensar en conseguir más experiencia que la hiciera más deseable ante Michael. Pero no tenía en mente otra cosa que no fuera algo de coqueteo y unos besos: la idea de estar con un desconocido la hacía estremecerse.

El club estaba lleno solo a la mitad y enseguida llegó una camarera rubia a preguntarle qué quería. Mientras esperaba el vino blanco, Gina observó a la orquesta afinar los instrumentos. Era tan temprano que ni siquiera habían empezado a tocar aún. Confió en que no tardaran en hacerlo. Sería más fácil estar sentada sola escuchando música o viendo bailar a otros.

Un par de hombres pasaron a su lado con jarras de cerveza en la mano y le sonrieron. Los dos iban bien vestidos, bien arreglados y tenían un rostro agradable. Les devolvió la sonrisa.

—Aquí tiene, querida —la camarera dejó el vino en la mesa—. Son seis dólares.

Gina le dio un billete de diez y le dijo que se quedara con las vueltas. Los dólares la confundían todavía y deseaba beber un gran

sorbo de vino.

La camarera sonrió y le dio las gracias. Empezó a alejarse, pero cambió de idea, se volvió y se apoyó en la mesa.

—No es usted de aquí, ¿verdad?

Gina negó con la cabeza.

—No. De Italia.

La otra mujer miró su vestido.

—¿Y está aquí sola?

Gina frunció el ceño. La mujer tenía un acento extraño que no había oído nunca y no sabía bien lo que le preguntaba.

—Me llamo Penny —rió la camarera—. No me haga caso, soy de Texas y no pretendo cotillear, sino mostrarme amable —se puso seria—.Tenga cuidado ¿vale? Hay muchos lobos malos por aquí.

Gina sorbió su vino y la observó pasar a la mesa de al lado. Su advertencia le había producido cosquillas en el estómago. Había pensado que un lugar público sería un sitio perfecto para coquetear, pero tal vez no fuera buena idea.

—Hola.

El sonido de una voz masculina grave la sobresaltó. Dejó el vino y miró al hombre alto y musculoso que acababa de acercarse.

—¿Estás sola? —sonrió él.

Ella asintió deseando que no fuera así, que Michael estuviera a su lado.

—Me llamo Tony.

—Yo Gina.

Tendió la mano y él pareció sorprendido.

—Encantado de conocerte —le estrechó la mano—. Tienes un acento fuerte. ¿De dónde eres?

Gina retiró la mano.

—De Italia.

—¿Está de visita o ahora vives aquí?

—Solo estaré aquí un mes.

—Ah, es una lástima. ¿Me permites? —señaló la silla enfrente de la de ella.

Gina vaciló. Parecía muy simpático. Llevaba el pelo largo rubio recogido en una coleta.

—Te propongo una cosa —le tendió la mano—. Bailamos esta primera canción y luego decides si quieres que me sienta a tu lado.

La orquesta acababa de empezar a tocar una vieja canción de los Beatles, pero de momento solo había dos parejas más en la pista.

Gina se levantó y le tomó la mano. Había ido allí a ligar, a adquirir experiencia. Y si se quedaba sentada como un conejo asustado, no aprendería nada.

Tony la condujo a un lugar cercano al escenario y dijo algo a uno de los miembros de la orquesta. El batería levantó la barbilla en un gesto de saludo y Gina sintió cierto alivio de que conocieran a Tony.

Aunque él no le daba ningún motivo de preocupación. No la tocaba de un modo que no debiera ni le lanzaba miradas raras. A mitad del baile, ella decidió que no importaría que se sentara un rato a su mesa.

Terminó la canción y casi deseó que la invitara a bailar de nuevo, pero él la condujo de vuelta a la mesa y llamó a la camarera. Se sentó enfrente sin pedir permiso. A Gina no le gustó mucho que no esperara su invitación, pero él le dedicó una sonrisa amable y ella decidió que no pasaba nada.

Llegó Penny, que no parecía conocerlo y no se mostró tan abierta como antes con Gina. Tony pidió un tequila y cerveza y otro vaso de vino para Gina, que rehusó.

—Bien, ¿cuánto tiempo más te queda aquí? —preguntó él con los codos sobre la mesa.

—Dos semanas.

—¿Dónde te hospedas?

—Con mi tío.

—Es una lástima —sonrió Tony.

—¿Por qué?

El hombre achicó la mirada y la miró un momento como si no comprendiera. Luego, soltó una carcajada.

—¿Qué has hecho hasta ahora?

—He ido a Central Park, a Coney Island, a Bloomingdale's, tres museos y a... ¿Qué pasa?

—Nada —el parecía a punto de echarse a reír.

—Aquí tiene —Penny dejó la cerveza y el tequila delante de él.

Tony le dio un billete y se bebió el tequila antes de que ella terminara de darle el cambio.

—Tráigame otra —dijo.

—Desde luego —la camarera sonrió y miró a Gina—. Querida, no olvide lo que le dije.

—¿Qué era eso? —preguntó Tony con el ceño fruncido cuando se quedaron solos.

Gina se encogió de hombros y le lanzó una mirada inocente antes de volver su atención a la orquesta. No le gustaba que bebiera tan deprisa. Tal vez no era buena idea que se sentara con ella.

—Ven. Vamos a bailar otra vez —se levantó sin esperar respuesta, como si esperara que ella obedeciera.

Irritada, pensó en rehusar, sobre todo porque era una pieza lenta, pero después decidió que sería más fácil pedirle que buscara otra mesa cuando salieran de la pista.

Cuando pasó los brazos en torno a su cuerpo, ella se echó atrás automáticamente e intentó tomar una de las manos de él en una postura más tradicional.

—Vamos, preciosa, pásame los brazos por el cuello —susurró él.

Le besó la piel debajo de la oreja y ella sintió un pánico repentino que hizo que se le encogiera el estómago.

—Estás muy cerca —intentó retroceder, pero él la sujetaba con tal fuerza que sus pechos se aplastaban contra él.

—Mmmm... es una sensación muy buena —bajó las manos hasta

apretar las nalgas de ella.

—¡Basta!

Tony se echó a reír y le pasó la lengua por detrás de la oreja. Ella se estremeció de asco.

—Suéltame.

—No digas tonterías —le clavó los dedos— Tú no te vistes así si no busca algo.

—Si no me sueltas...

Intentó besarla y ella le mordió el labio.

Tony hizo un movimiento de sorpresa, que ella aprovechó para soltarse y salir de la pista. Él la llamo por su nombre, pero ella no volvió la vista. Corrió directamente hacia la puerta.

Tocó la correa del pequeño bolso que siempre llevaba cruzado sobre el cuerpo. Un taxi acababa de pasar en la acera. Quería mirar hacia atrás a ver si Tony la seguía, pero no se atrevía a aflojar el paso. Agito la mano al taxista y corrió hacia él. Entonces lo vio.

—¡Michael!

Este salió del vehículo y al ver el alivio que expreso su rostro al verla casi sintió ganas de llorar.

—¡Gina!

—Llévame a casa, por favor.

Él le sostuvo la puerta abierta y miró detrás de ella.

—Vamos, sube.

La joven obedeció con rapidez y le apretó la mano cuando él se acomodó a su lado.

Mike le levantó la barbilla.

—¿Estás bien?

Sus hermosos ojos verdes estaban llenos de preocupación Ella tragó saliva y asintió.

—¿Adónde vamos ahora, amigo? —preguntó él.

Mike le dio una dirección que no era la del apartamento de su tío y preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estabas sola?

Gina volvió la vista.

—¿Gina? —la obligó a mirarlo—. Eh, hoy te he echado de menos.

Ella se mordió el labio inferior y confió en poder reprimir las lágrimas.

—Yo también.

—Has vuelto al club de anoche, ¿verdad?

La joven suspiró.

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—Llegaba justo al piso de Antonio cuando te he visto entrar en un taxi. Hemos intentado seguirte, pero te hemos perdido a unas manzanas de aquí —le echó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí—. Al fin he adivinado que seguramente habrías vuelto al club, ya que no conoces ningún otro sitio por esta zona.

El brazo de él parecía sólido y seguro y ella quería que no la dejara nunca. Sabía que era imposible, pero se aferró al suelo y cerró los ojos.

—Lo que no sé es que hacías ahí —dijo él.

Gina no quería mentirle, pero...

—Quería ir a bailar, pero el tío Antonio me ha dicho que no te molestara.

—Aja.

Ella levantó la vista.

—¿No me crees?

Mike la miró largo rato, hasta que ella se ruborizó.

—¿Quiere que espere otra vez? —preguntó el taxista, que acababa de parar delante de un edificio de dos pisos que Gina no reconoció.

—No, ahora ya no —Michael le pagó y salió.

Gina salió detrás y lo siguió hasta la puerta del edificio.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa.

La joven miró el ladrillo cubierto de hiedra.

—¿Vives aquí?

—Sí —abrió la puerta—. No es el Ritz, pero a mí me gusta. Entra.

Gina cruzó el umbral, contenta de que la hubiera invitado a su casa. Había una puerta a la izquierda y una escalera enfrente.

—Mi apartamento es el de encima de la escalera.

Ella subió delante, admirada de lo diferente que era estar con él. A solas con él no sentía aprensión ni miedo, pero solo tenía que pensar en Tony para que las manos se le cubrieran de sudor frío.

Michael abrió la puerta de roble pulido y se hizo a un lado para dejarla pasar.

El apartamento era pequeño y limpio, con pocos muebles. En una pared había un sofá de cuero marrón desgastado por el uso. Delante, en una mesa, se veía una televisión y una planta de hojas grandes. En un rincón había un escritorio y una silla.

La habitación era práctica y funcional, como Michael, pero la entristecía un poco que no tuviera detalles pequeños que hacían que una casa fuera única. Tal vez el suyo era un apartamento típico de soltero.

Un par de fotos en la pared atrajeron su atención. Una era un retrato de una mujer, seguramente su madre. La otra no podía verla bien. Se volvió y vio que la miraba.

Sonrió, repentinamente incómoda. Recordó lo que había dicho Tony de su vestido. Había sido su favorito y ahora lo odiaba. Después de aquella noche, no volvería a ponérselo.

Mike arrojó las llaves sobre la mesa.

—Siéntate, voy a buscar algo de beber. ¿Alguna preferencia?

—Chardonnay. Mucho.

La cocina era pequeña, larga y estrecha, y salía directamente de la sala. Se acercó a verla mejor. Él había abierto la puerta del frigorífico, pero dentro apenas había nada. Un cartón de zumo de naranja, dos botellas de vino y lo que parecía un trozo de queso con moho.

Mike se volvió y la vio mirando.

—No tengo muchas cosas —sonrió y le tendió un vaso de vino—. Pero eso ya lo has notado, ¿eh?

—¿No tienes comida? Necesitas una esposa que te cuide.

Él pareció sobresaltarse.

—Sí, bueno, no ha habido muchas voluntarias —cerró la nevera y llevó el vino a la sala de estar.

Gina pensó que, si fuera su esposa, ella lo cuidaría muy bien. Le prepararía comidas y lo alentaría a hacer ejercicio juntos. Se besarían mucho y no tendría que pedírselo nunca. Y harían el amor todos los días, o quizá dos veces al día.

Tragó saliva. La idea de ser la esposa de Michael la atraía tanto que le daba miedo. ¿Qué había pasado? ¿Por qué estaba dispuesta a ofrecer una parte de sí misma que nunca podría recuperar? ¿Una parte que no había querido darle a ningún otro hombre? Sabía que amaba a Michael, no solo porque la excitara, sino también porque era listo y capaz y la respetaba.

¿Lo que sentía era auténtico amor? ¿El tipo de amor que duraba para siempre? En la universidad, su amiga María parecía enamorarse de todos los chicos con los que salía, pero el sentimiento solo le duraba hasta que la invitaba otro chico.

—¿Gina? —Michael la miraba preocupado desde el sofá—. ¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza.

—Ven a sentarte.

Gina dejó el vino en la mesa y se acomodó a su lado. Se le subió el vestido y tiró del dobladillo hacia abajo.

Se acercó más a Michael. Con él se sentía segura y valorada. Pensó en Tony y se estremeció.

Michael le pasó un brazo por los hombros.

—¿Me vas a contar lo que ha pasado?

—Nada.

Él te tocó la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Gina. ¿Seguro que no quieres contarme nada?

Resultaba difícil mentir mirándolo a los ojos.

—Ha sido una tontería salir sola, pero no ha pasado nada, de verdad.

—¿Por qué has salido sola? ¿Estás harta de ir siempre conmigo?

—No —no quería que pensara eso—. Solo quería —apartó la mirada— buscar más experiencia.

—¿Qué?

—Para resultarte más atractiva.

Sintió que el cuerpo de él se tensaba a su lado.

—¿Experiencia de qué?

Se encogió de hombros.

—Besar, seducir.

Mike murmuró una maldición.

—Gina, ¿en qué rayos estabas pensando?

—Ya te he dicho que sé que he sido una tonta. No hace falta que me grites.

—No quería gritarte —suspiró él—. Me preocupas, pero no he debido gritarte. Lo siento.

La joven le puso una mano en el pecho.

—¿Te preocupas por mí?

—Claro que sí. ¿Se puede saber por qué pensabas que no te encontraba bastante atractiva?

—Dijiste que te gustaría que tuviera más experiencia.

Michael movió la cabeza y la apoyó en el respaldo del sofá para mirar al techo.

—Yo no dije eso. O por lo menos, no era lo que quería decir. Me gustas tal y como eres.

Gina se enderezó para verle la cara.

—¿Sí?

Él le lanzó una mirada de soslayo y enarcó las cejas.

—Sí.

—Pero dijiste...

—Me refería a que tener relaciones sexuales, hacer el amor por primera vez, es un paso importante. Algo que te acompañará siempre... para bien o para mal.

—Comprendo —bajó la vista—. Por eso he esperado.

—Admiro tu buen sentido y tu fuerza. Y por eso intento mantenerme a distancia. No porque no seas atractiva, sino porque respeto tu decisión de esperar a la persona apropiada —se frotó los ojos—. Pero maldita sea, eso no hace que resulte más fácil no desearte.

La joven sonrió y se apretó contra él.

—¿Me deseas?

—No te hagas la tonta —gruñó él.

Gina le besó un lado del cuello.

—No soy tonta.

—Ya lo sé. Eh, deja de hacer eso.

La piel de él estaba caliente bajo sus labios y manos. El pulso le latía con fuerza en el cuello. El de ella también se había acelerado. Se sentó en las rodillas de él.

—¡Eh! —Michael dio un salto—. Fuera.

Gina movió la cabeza y lo besó en la boca.

Él se echó para atrás. Tragó saliva con fuerza.

—¿Qué es lo que acabo de explicarte? —preguntó.

—Yo lo comprendo —le echó ella los brazos al cuello—. Pero tú no. Ya he encontrado al hombre apropiado.

Capítulo 14

Mike sabía que debería bajarla de sus rodillas, meterla en un taxi y llevarla a casa de su tío. ¿Por qué demonios la había llevado allí? Después de tanto predicar, ¿era eso lo que quería que ocurriera aquella noche? ¿A quién quería engañar?

—Escucha, Gina —le apretó una mano—. Me siento muy honrado de que creas que soy la persona indicada para...

—Calla —ella le tapó la boca con la mano libre—. No me gusta tu tono y sé que me vas a decir que sabes mejor que yo lo que me conviene.

Mike intentó hablar, pero ella se lo impidió.

—No he terminado —continuó—. Estoy harta de que los hombres de mi vida me digan lo que me conviene. Tú no eres como ellos. Tú me dices que crees que soy lista, ¿no?

Él asintió despacio.

—Y que tengo intuición para los negocios.

Mike le apartó la mano.

—Pero la intuición para los negocios es muy diferente a tomar decisiones sentimentales.

Lo miró divertida y acercó la boca hasta pasarle la punta de la lengua por el labio inferior.

—Gina, hablo en serio —musitó él con voz ronca.

Ella se movió en su regazo y la mano de él subió, como por voluntad propia, hasta tocar seda. Seda húmeda. La joven gimió y apartó un poco las piernas.

Mike dejó la mano quieta y abrió la boca para besarla. Sabía que debía retirar la mano, pero ella estaba muy húmeda y su boca era

mucho más sabia que una semana atrás. Y tenía una erección tan potente que era un milagro que pudiera seguir sentada en su regazo.

Movió la mano para meter los dedos bajo el elástico del tanga. Ella dio un salto y luego adelantó las caderas para que él pudiera sentir sus pliegues aterciopelados.

De pronto dejó de besarlo y echó la cabeza hacia atrás. Él empujó más con el dedo y encontró la apertura. No era demasiado tarde para parar.

Ella gimió y él entró un poco más.

Le lamió la garganta y mordió el borde del vestido intentando bajarlo. Como no cedía lo suficiente buscó el pezón a través de la tela.

Al sentir la cinta, sonrió. Soltarla con los dientes a través del vestido no era fácil, pero afrontó el reto y consiguió llevarse el premio. Succionó el pecho con fuerza y el pezón se hizo más grande en su boca a través de la delgada tela.

—¡Oh, Michael! —gimió ella con voz apenas audible.

El dedo había entrado demasiado. Lo apartó con rapidez.

—¡No! —protestó ella. Miró el dedo, húmedo de sus jugos.

—Gina, cariño. Lo siento. Lo... lo siento mucho.

Ella abrió los labios y miró el pecho de él. Desabrochó el botón superior y luego el siguiente.

—Gina, espera.

Mike le sujetó las manos, pero ella se soltó y se subió el dobladillo. Bajó al suelo y se sacó el vestido por la cabeza. Se arrodilló a su lado en el sofá vestida solo con el tanga y le abrió los dos botones siguientes de la camisa.

—¿Sabes lo que haces? —preguntó él, vagamente consciente de que debería pararla.

—Sí —le apartó la camisa de los hombros y él terminó de quitársela.

Sentada sobre los talones, observó fascinada los pezones planos

de él. Rozó uno de ellos con la punta de la uña pintada de rojo y se inclinó para lamerlo.

Mike cerró los ojos y contuvo el aliento. Una sensación increíble recorrió su cuerpo. Intentó tocarla, pero ella lo evitó. Abrió los ojos y la vio sonreír y echarse para atrás. Miró sus pechos desnudos. Un trozo de cinta cubría aún uno de los pezones.

—¿Dónde está tu habitación? —preguntó ella.

Mike la miró, pero la joven no parpadeó siquiera.

—¿Seguro que quieres hacer esto?

Ella tiró de su cinturón y él le tomó los pechos.

Tenía que tocarla, sentir su peso en las manos. Echó la cabeza hacia adelante y succionó uno de los pezones hasta que la notó relajarse encima de él. Saltó del sofá y la tomó en sus brazos.

Gina soltó un grito, pero le echó los brazos al cuello y le dio besos en el hombro mientras la llevaba al dormitorio.

Mike consiguió encender la luz con el hombro antes de depositar a Gina sobre el edredón azul marino. Se sentó en el borde de la cama y extendió el pelo de ella sobre la almohada.

—No es demasiado tarde.

La joven lo miró con aire retador.

—Quiero que me hagas el amor, Michael —llevó la mano al cinturón de él, quien la dejó hacer, curioso por ver hasta dónde llegaría.

Gina soltó la hebilla y vaciló. Se incorporó y volvió a intentarlo hasta que soltó el cinturón. La mano le temblaba un poco y se mordía el labio inferior.

Cuando hizo ademán de bajarle la cremallera, él le tomó la mano y le besó el centro de la palma. Los ojos de ella se abrieron interrogantes.

—Tenemos que ir despacio —musitó él; le succionó la punta del dedo.

Ella lanzó un suspiro de impaciencia.

—Solo quiero verte sin ropa.

Mike sonrió y ella se sonrojó y apartó la cara.

Él tocó el pezón. ¡Eran unos pechos tan perfectos! Bajo la cabeza para lamerlos y ella volvió su atención a la cremallera una vez más.

El hombre le interceptó la mano con una risita.

—Eh, te estás buscando problemas.

Gina murmuró algo en italiano, pero la impaciencia de su tono era internacional.

—Toma —Mike le guió la mano hasta la erección—. Toca esto.

Ella extendió los dedos y lo tocó con cuidado. Subió la mano por la longitud del miembro con expresión de curiosidad.

Mike cerró los ojos y contuvo el aliento.

—Vale, es suficiente.

Gina desandó el camino, acariciándolo de arriba abajo.

—He dicho que es suficiente —musitó él.

Ella lo tocó en la base y él le sujetó la muñeca. Se dejó caer sobre la almohada y la colocó encima. Ella rió sorprendida y se levantó un poco para mirarlo. Sus pezones rozaban el pecho de él.

Mike bajó la mirada y apartó la cascada de pelo que le impedía ver. Ella se movió y sus pezones apretaron la piel de él. El miembro erecto se arqueó un poco bajo el vientre de ella, palpitante bajo su peso.

Le puso las manos en las nalgas y ella respondió cerrando los ojos y apretándose más contra él.

—Gina —clavó los dedos en las nalgas femeninas.

—Bésame —dijo ella.

Mike humedeció el labio inferior de ella con la punta de la lengua y ella bajó la cabeza y tomó posesión de su boca. Empezó por jugar con sus labios, que succionaba y mordisqueaba cada vez con más habilidad.

Cuando él introdujo los dedos bajo el elástico del tanga, ella se tensó un poco, pero luego movió las caderas de un modo que lo

invitaba a continuar y él siguió avanzando con los dedos hasta que la sintió apretar los músculos.

Gina profundizó en el beso, moviendo todo el cuerpo y provocando una frotación que casi hizo gritar a Mike. Le dio la vuelta hasta colocarla de espaldas y ella lo miró con excitación y un asomo de miedo.

La besó en uno de los pezones.

—Te voy a quitar el tanga.

Ella apretó los muslos. Un movimiento reflejo, seguramente, porque los relajó de inmediato, pero que sirvió para que él frenara y besara el otro pecho.

—A menos que tú no quieras.

—Yo quiero que me hagas el amor —musitó ella, con una confianza que le provocó una mezcla confusa de emociones.

La besó con gentileza en los labios e introdujo los dedos en el tanga, que bajó por las piernas. Hasta el triángulo oscuro de pelo era perfecto. Le cubrió los rizos suaves con la palma y dejó que se acostumbrara a sentirlo.

Ridículo, teniendo en cuenta que ya la había penetrado parcialmente con el dedo, pero ella no protestó, y a él le gustaba el tacto sedoso bajo la mano y como parecía disfrutar ella con una caricia sencilla.

Movió la mano hasta la unión de sus muslos y se dispuso a separarlos.

—¿Michael? —susurró ella—. Tus pantalones.

Su curiosidad era tan palpable que él sonrió. El problema era que estaba tan excitado que no creía que pudiera durar mucho más.

La impaciencia de su voz lo sacó de su preocupación. Ella tiró de la cremallera hacia abajo.

—¡Eh! —rió él con suavidad—. No dañes la mercancía —se quitó los pantalones y empezó a jugar con los pezones de ella.

Pero Gina no se dejó distraer. Tiró de la cinturilla elástica de los

calzoncillos, con la vista clavada en lo que esperaba descubrir.

Mike se quitó la prenda y observó la reacción de ella, que abrió mucho los ojos y separó los labios.

Bajó la mano despacio, como para tocarlo, y luego la retiró. Él quería decirle que podía tocarlo, pero también quería que su primera vez no fuera con prisas. Y dejar que lo tocara en ese momento sería jugar con fuego.

—Cariño, tenemos que ir despacio —le rozó la mejilla enrojecida—. ¿Comprendes?

—Despacio —suspiró ella con frustración—. Ya tengo veintitrés años.

Mike se echó a reír. Ella volvió la atención a su erección. Se humedeció los labios. Él le chupó un pezón y succionó con fuerza al tiempo que le acariciaba los muslos, pero sin acercarse a la entrada húmeda.

Gina apretó los muslos pero luego movió las caderas para darle acceso. Empezó a tocarse el otro pezón con la punta de una uña roja. Hacía movimientos circulares con los ojos cerrados y se humedecía los labios.

Mike notó que la otra mano de ella buscaba a tientas su miembro viril. Entonces lo apretó en la base con gentileza y él soltó el pezón.

—¿Te he hecho daño?

—No, es demasiado... —le sujetó la muñeca, seguro de que llegaría en cualquier momento—. Es demasiado pronto para tocarme así.

Ella lo miró confusa.

—Solo quiero saber lo que se siente.

Mike pensaba que sería mejor hacer primero el amor y dejar las exploraciones para luego. Físicamente estaba preparada. Tan húmeda que sería fácil prepararla. Normalmente no le habría importado abordar el tema, pero, por supuesto, aquella situación no era normal.

Volvió a besarla y apartó la mano de su erección, aunque de mala

gana.

—Tengo que buscar un preservativo.

Gina asintió. Lo miró salir de la cama y buscar en la mesilla de noche. Había llegado el momento. Michael le haría el amor. A pesar de lo que deseaba sentirlo dentro, le hubiera gustado que le dejara tocarlo más.

Miró su espalda suave y fuerte, los hombros amplios, la cintura y las caderas estrechas. También tenía un buen trasero, muy firme. Pero deseó que se volviera. No se había cansado de mirar su virilidad.

—Los he encontrado —parecía aliviado. Le sonrió con unos paquetes de papel de aluminio en la mano—. ¿Estás bien?

—Estaría mucho mejor contigo a mi lado.

—Creo que eso puedo arreglarlo —se tumbó sobre la almohada.

Gina deseaba tocarlo, sentir la punta en los dedos. En ella brillaban unas gotas de líquido y quería sentir las también. Quería probarlas.

Aquella idea la escandalizó.

—¿Michael?

—Todavía no —la abrazó y la estrechó contra sí hasta que los pezones rozaron su pecho.

—No sabes lo que iba a decir.

—Tengo una ligera idea.

—¿Y por qué no?

Él deslizó el otro brazo debajo de ella y lo oyó abrir uno de los paquetes. Era evidente que intentaba impedir que lo tocara. Metió una mano entre los dos.

—¡Eh!

Gina encontró su presa.

—¡Maldita sea! —el cuerpo de él se tensó y musitó un juramento.

Ella lo miró sorprendida.

—¿No te gusta que te toque?

—Me gusta demasiado —colocó una mano entre los muslos de

ella y le introdujo un dedo—. ¿Te gusta esto?

Gina asintió, incapaz de hablar. Él sacó el dedo y volvió a introducirlo.

—¿Y esto?

Frotó con el pulgar un punto que la obligó a echarse hacia atrás y agarrarse al edredón. Una sensación desconocida y fiera la inundó. Apretó los muslos con fuerza, pero él no detuvo el movimiento circular que la volvía loca y la humedecía más y más.

Mike le lamió la oreja.

—Cuando te toco, siento que yo también quiero explotar —le susurro.

Aflojo el movimiento y ella pensó que se iba a retirar pero su dedo volvió a penetrarla una vez más. En realidad fue más de un dedo y ella estuvo a punto de caer de la cama.

—Pero es demasiado pronto —le mordisqueó levemente el lóbulo de la oreja—. Quiero que esta primera vez dure —volvió a encontrar el botón con el pulgar y ella sintió deseos de llorar—. ¿Me comprendes?

Las lágrimas rodaron por las comisuras de sus ojos en dirección hacia el pelo. No comprendía nada. Las sensaciones eran demasiado extrañas. La mano de Michael realizaba un pequeño milagro que hacía que todo su cuerpo se sintiera vivo.

Él volvió a succionarle uno de los pezones y una sensación extraña comenzó a formarse en el vientre de ella. Como una ola que ganara en velocidad, hasta que un espasmo se apoderó de su cuerpo.

Y luego otro.

—¡Oh, Michael, oh! —se agarró a su brazo, clavando las uñas en su carne.

La mano de él empezó a moverse más deprisa.

A Gina le latía con fuerza el corazón y los espasmos continuaban.

Mike retiró la mano y la besó en la boca un momento antes de echarse hacia atrás para colocarse el preservativo.

Parecía tan grande que ella apretó los muslos de modo automático. Él se los separó y se colocó entre ellos. La miró y volvió a tocarle su lugar privado de tal modo que ella volvió a tener espasmos.

Después de introducir primero un dedo y luego dos, cubrió su erección con la mano y la guió por la abertura de ella. Gina se puso tensa, pero él avanzaba despacio y la acariciaba en aquel punto que la volvía loca de deseo.

Adelantó las caderas y la penetró un poco más. Ella intentó relajarse.

—¿Estás bien? —la voz de él era tan ronca que apenas podía hablar, pero le sonrió y bajó la cabeza para besarla.

Ella asintió y le devolvió la sonrisa.

—Seguramente te dolerá al principio.

Gina volvió a asentir, sujetó el edredón con más fuerza y levantó las caderas de la cama para ayudarlo.

Mike le agarró las caderas y entró con cuidado, parándose cuando ella se sobresaltaba.

—Te deseo, Michael —susurró ella; y él terminó de penetrarla con un grito ahogado.

Gina solo sintió un pinchazo y movió las caderas para alentarle. Él empezó a entrar y salir, jadeante, hasta que los espasmos comenzaron de nuevo.

Capítulo 15

Las tres y cuarto.

Mike miraba con incredulidad los números rojos brillantes del despertador. ¿Cómo diablos podía haberse quedado dormido?

— ¿Gina?

La cabeza de ella descansaba en su pecho, con los ojos cerrados y la mano derecha apretada en un puño flojo cerca de su miembro.

— ¿Gina?

Al ver que no se movía, la observó unos momentos más. Poseía una curiosidad y una energía inagotables. Era la primera vez que él hacía el amor cuatro veces en una noche. Había intentado decirle que debían ir con cuidado, que al día siguiente estaría dolorida. Pero ella no quería escuchar y siempre pedía más.

Miró de nuevo el reloj y le frotó el brazo.

— ¡Gina! Tienes que despertarte.

— ¿Por qué? — Ella abrió los ojos despacio.

— Porque es tarde y tu tío me va a arrancar la cabeza.

Gina bostezó y se desperezó. Miró el reloj y lanzó una ristra de palabras en italiano.

— Eso mismo pienso yo — musitó él—. Toma — le pasó el tanga y el vestido.

Ella los tomó y colocó la tela roja delante de ella.

— El tío estará ya dormido. No sabe que he salido.

Mike se puso los calzoncillos y buscó los pantalones. Al volverse, la sorprendió mirándole el miembro. Soltó una risita.

— Cariño, sabes que no puedo estar siempre duro, ¿verdad?

Ella se sonrojó. Levantó la barbilla y dejó caer el vestido.

—Yo puedo ponerlo duro.

—¡Oh, no empieces! —gimió él.

La joven dio un paso en su dirección.

—Hay algo que no hemos hecho.

Mike respiró hondo. Había muchas cosas que no habían hecho todavía, pero ella no lo sabía.

—Gina —levantó ambos brazos—. Tú sabes lo que me haces, sabes que soy débil y cederé —sonrió—. Pero no quiero hacer nada que enfurezca tanto a Antonio que decida acortar tu viaje.

Ella lanzó un respingo.

—No, no debemos hacer eso —se volvió y se puso el vestido por la cabeza—. No hace falta que me acompañes —dijo—. Puedo tomar un taxi sola.

—Sí, vamos —buscó la cartera en el bolsillo de los pantalones y le pasó un brazo por los hombros—. Vamos.

Ella sonrió.

—Espera, mi bolso. La llave está dentro.

Lo encontró en el sofá. Cuando se volvió, él vio que el escote del vestido estaba estropeado. Culpa suya.

Tocó la tela con el dedo.

—Lamento esto.

Gina frunció el ceño.

—No me importa. De todos modos ya no me gusta este vestido.

Mike la miró sorprendido.

—Es muy ceñido y muy corto.

Él estaba de acuerdo, pero no lo dijo. Le gustaba como le sentaba, pero no le gustaba cómo la miraban otros hombres.

La joven se agarró a su brazo.

—¿Mañana vamos de compras?

—De acuerdo.

Salieron a la calle, donde solo tuvieron que esperar cinco minutos a un taxi y, una vez en su interior. Gina se acurrucó contra él y le besó

el cuello. Él volvió la cara y sus labios se encontraron.

El piso de Antonio no estaba lejos. Mike pidió al taxista que esperara y subió con Gina en el ascensor. Miro a la joven.

—Gina. ¿Tu tío ha visto ese vestido?

La alarma en sus ojos fue respuesta suficiente.

—¿Y cómo esperabas ocultárselo?

—Pensaba llegar a casa la primera. Conozco al tío. Estará dormido.

—Eso espero —murmuró Mike.

Gina lo besó en los labios.

—Cuélate conmigo en mi habitación —le pidió.

—Nos vas a meter a los dos en un lío.

—Quédate conmigo —susurró ella—. Te echaré de menos.

Mike miró el pasillo antes de salir del ascensor.

—¿Dónde tienes la llave?

Ella la llevaba ya en la mano.

—El tío no sabe que he salido esta noche contigo. Márchate ya. Te llamaré luego.

Él sonrió y le apartó el pelo de la mejilla.

—Si está despierto, quizá yo pueda ayudarte a explicárselo.

—Estará dormido —abrió la puerta despacio y se detuvo a escuchar.

Del despacho de Antonio llegaban ronquidos. Hacía tanto ruido como una locomotora.

Gina sonrió con malicia.

—Puedes colarte en mi cuarto.

—No me tientes.

—Por favor.

La besó en la punta de la nariz.

—Llámame luego.

—¿Michael?

Había empezado a alejarse, pero se detuvo para que ella no

levantara la voz.

—Te quiero —susurró ella, y se coló en el piso.

Gina examinó su rostro en el espejo y añadió algo de maquillaje bajo los ojos. A su tío no le gustaría que fuera tan maquillada, pero tenía que ocultar las consecuencias de la falta de sueño.

Se cepilló el pelo y se preguntó qué haría Michael en ese momento. No podía pensar en él sin sentir algo en el estómago, una especie de calor, ansiedad y excitación. ¿Estaría ya en el despacho? ¿Pensaba en ella?

En la última semana, ella apenas había pensado en otra cosa que no fuera él. En cómo la hacía reír y pensar y sentirse *sexy*. El amor era una sensación maravillosa. Se lo deseaba a todo el mundo.

—Gina —sonó la voz impaciente de su tío al otro lado de la puerta del baño—. Más vale que te des prisa si quieres venir conmigo a la oficina. Me marcho en cinco minutos.

—Voy, tío —se ajustó el cuello de la blusa y se ahuecó el pelo.

Antonio la miró de arriba abajo cuando entró en la sala de estar.

—Ya solo usas vaqueros. Sabes que tu madre no lo permitirá cuando vuelvas a casa.

Gina se mordió el labio inferior y estuvo tentada de anunciar que no volvería a Italia. Por lo menos para quedarse. Pero no era el momento. Le dio un beso sonoro en la mejilla.

—Has sido muy bueno por no criticarme. Gracias por esta visita maravillosa.

El hombre enrojeció un poco.

—Ha sido un placer tenerte aquí, Gina. Te echaré de menos.

La joven sonrió y buscó su bolso.

—O puede que no.

Antonio frunció el ceño con recelo.

—Tu cara. ¿Ahora también usas maquillaje?

—Vamos, tío, no seas anticuado —lo tomó del brazo, pero él ya no tenía prisa. La miró curioso.

—Hoy estás de muy buen humor.

—Siempre estoy de buen humor.

—Eso es cierto —siguió mirándola con preocupación—. Mike es un buen chico.

—Sí —¿por qué le decía eso? No podía saber lo de la noche anterior. Vio el paraguas de él en el rincón de la puerta y corrió a buscarlo—. En las noticias han dicho que hoy puede llover.

La mirada astuta de él seguía todos sus movimientos.

—¿Se ha portado bien contigo?

—¿Quién?

Antonio se echó a reír.

Ella se miró la punta de las zapatillas deportivas.

—Sí.

—Es un hombre guapo y joven y tú eres una jovencita que se fija en esas cosas —se encogió de hombros—. Y no me sorprendería que... Pero querida, ¿no te has preguntado por qué le he permitido ser tu acompañante?

Gina lo miró con curiosidad y la expresión de él se suavizó.

—Mike es... —mover una mano—. ¿Cómo decirlo? No está libre.

—¿No?

Antonio suspiró incómodo.

—A Mike le gustan los chicos, Gina, no las chicas. ¿Comprendes?

Ella lanzó una carcajada.

—No.

—Sí —la miró compasivo—. Tu primo Robert puede confirmártelo. Pregúntaselo.

Gina movió la cabeza. Eso no era posible. Ella lo sabía seguro. Aun así, recordó cómo la había evitado en el pasado. Ella presionaba y él retrocedía. Hasta la noche anterior.

Apartó aquellos pensamientos de su mente. Su tío se equivocaba. Un dolorcillo agradable entre los muslos le recordaba que Michael le había hecho el amor una y otra vez.

Su tío se equivocaba.

Tragó saliva con fuerza. A menos que hubiera algo que ella no comprendía.

Mike pasó la mañana devolviendo varias llamadas de teléfono y ordenando su escritorio. Cuando terminó, tenía tres montones de papeles. Uno de ellos eran documentos de envíos en su mayoría, que debía revisar antes del final del día siguiente. El segundo necesitaba su atención inmediata. El tercero eran recibos que tenía que haber aprobado y enviado a contabilidad hacía días.

—¿Qué le ocurría? Seguía incapaz de concentrarse, a menos, claro, que se tratara de pensar en Gina, porque eso no le costaba ningún esfuerzo. Y ahora tenía una preocupación más a ese respecto: Ella creía estar enamorada de él.

Solo pensarlo le produjo un escalofrío.

Principalmente porque era posible que él sintiera lo mismo.

Aunque por supuesto, lo de ella no era amor.

Conocía el riesgo que corría al ser su primer amante. Era inevitable que se confundiera.

Oyó la voz de Antonio y, al levantar la vista, lo vio entrar con Gina en la zona de recepción. Le bastó con verla para ponerse tan nervioso como un adolescente en su primera cita. Llevaba unos vaqueros ceñidos, pero su blusa era más conservadora que de costumbre. Y su sonrisa... Nadie sonreía como ella.

Conversó un instante con una de las secretarias y avanzó hacia el despacho de él mientras su tío se alejaba en dirección contraria.

Mike no se molestó en fingir que estaba ocupado. La observó acercarse y, cuando ella entró y cerró la puerta, se levantó de un salto.

—No es buena idea.

—¿Qué?

—Abre la puerta.

—¿Quieres que te bese delante de todos? —preguntó ella con aire inocente.

—No —pasó a su lado y abrió la puerta.

Cori, su secretaria, intentó reprimir una sonrisa en su mesa. ¿Qué demonios pasaba allí? ¿Todo el mundo sabía lo suyo con Gina?

Movió la cabeza. Debía de ser su culpabilidad, nada más.

—Nada de besos en el despacho —dijo en voz baja de vuelta a su silla.

—¿Me dices a mí? —preguntó ella.

—A los dos.

Gina se sentó en el borde del escritorio y soltó una carcajada.

—Te he echado de menos.

Sus miradas se encontraron.

—Yo también. ¿Has comido ya?

Ella parpadeó.

—Solo son las once.

—Cierto.

La joven se inclinó hacia él.

—¿Estás distraído con algo?

—Gina, por favor.

Ella se enderezó con aire herido. Mike lamentó de inmediato su tono de dureza.

—Nada de tontear en la oficina —dijo con voz más amable.

—¿Significa eso que tontearemos después?

Mike la miró incómodo. Confiaba en que ella no pensara que lo ocurrido era una aventura de una noche. Se levantó y cerró la puerta.

—¿Qué pasa? —le acarició los brazos—. ¿Lamentas lo de anoche?

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

—No. Jamás.

—Algo te pasa.

Gina se encogió de hombros.

—No es nada, de verdad.

—Pues dímelo.

—No deberíamos estar con la puerta cerrada. Tú mismo lo has

dicho.

Mike sonrió. Tal vez no era nada. Puede que solo se sintiera un poco tonta por su declaración impresiva de la noche anterior.

—Hablaremos durante la comida.

Ella asintió.

—Tengo que terminar un par de cosas aquí y luego iremos a un restaurante chino que hay cerca ¿te gusta la comida china?

Gina se encogió de hombros.

—No la he probado nunca.

—Vale. La probamos y, si no te gusta, la cambiamos por hamburguesas.

—¿Y luego vamos de compras? —sonrió ella.

Mike abrió la puerta.

—De acuerdo.

—Ahora te ayudaré con tu trabajo.

—A decir verdad, tengo algo para ti —señaló el ordenador—. Tú conoces bien Internet.

—Sí.

—Creo que tu idea de la otra noche, la de un bar que se especializa en servir vinos, no era mala idea. Quiero que investigues si hay algo así en esta ciudad. No el bar tradicional, sino uno que vaya dirigido a los jóvenes, con música en vivo y todo eso.

Gina había dejado ya el bolso y se había sentado ante el ordenador.

—Empieza por Manhattan.

Ella asintió, con los dedos ya sobre el teclado.

—Sé que es buena idea —dijo—. Todos esos hombres que van por ahí como pavos reales intentando impresionar a todos, seguro que no entienden nada de vinos.

Mike sonrió, impresionado una vez más por su ambición y entusiasmo, y al fin pudo concentrarse en el trabajo, contento de que, después de lo de la noche anterior, pudieran estar juntos.

Le gustaba. Le gustaba mucho.

Trabajaron más de una hora en silencio. Mike consiguió quitarse muchas cosas pendientes y Gina encontró tres lugares que debían investigar.

Salieron para el restaurante chino al mismo tiempo que Cori se dirigía a comer con su marido. Gina se portó bien en el ascensor, pero en cuanto estuvieron fuera, se agarró de su brazo y tiró de él hacia un callejón.

—Tienes que besarme ahora mismo —le echó los brazos al cuello y lo apretó contra sí.

Mike se tambaleó y retrocedió hasta chocar con una pared de ladrillo. A sus pies había una lata de cerveza y papeles de chocolatinas.

—¡Qué romántico! —bromeó.

—¿Por qué no me besas? —lo miró con seriedad.

El hombre frunció el ceño. Algo iba mal. Ella quería algo más que un beso, buscaba que la tranquilizara. Bajó la cabeza y le rozó los labios. Decidió que, en ese momento, era mejor un beso tierno que uno apasionado.

Se equivocaba.

Gina le introdujo la lengua en la boca y el casi pudo saborear su desesperación. La boca de ella asalto la suya, robándole el aliento.

Al fin consiguió apartarse.

—Gina, frena un poco.

Ella se sonrojó.

—¿Ya no te gusta besarme?

—Claro que sí. ¡Eh! —le levantó la barbilla—. ¿Me vas a decir lo que te pasa?

Gina bajo la vista.

—Pensaba que éramos amigos —dijo él—. Más que amigos.

Ella levanto la cabeza.

—Y lo somos.

—Los amigos se cuentan sus problemas, no se esconden cosas.

La joven hizo una mueca.

—Te parecerá una tontería.

—No importa.

—No sé por qué no dejo de pensar en eso.

—A lo mejor si me cuentas lo que te preocupa, podrás olvidarlo.

—Eso espero —suspiró ella. Respiró hondo y lo miró muy seria—.

Michael, ¿eres gay?

Capítulo 16

Era evidente que no había oído bien. Debía de ser un problema de lenguaje.

—Creo que no entiendo la pregunta.

—¿Te gustan más los chicos o las chicas?

Mike estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva.

—¿A qué viene eso?

—Sé que te gustan las chicas —siguió ella—. Después de lo de anoche, creo que... Pero he mirado en Internet y he visto que hay personas que hacen las dos cosas y si...

—¡Alto! —levantó una mano para silenciarla—. ¡Alto! No soy gay No tengo nada contra la persona que lo sea, pero no lo soy —todo aquello era muy raro— ¿De dónde te has sacado esa idea?

—Del tío Antonio.

Mike la miró atónito. No podía creerlo. Antonio lo conocía de hacía más de catorce años.

—Debiste de entenderlo mal.

—No, lo dijo muy claro.

—¿Te dijo que yo soy gay?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

Mike movió la cabeza. Aquello no tenía sentido. Entonces se le ocurrió algo.

—¿Sabe a qué hora llegaste anoche?

—No sabe ni que salí —lo miraba atentamente, como si aún no estuviera segura de que decía la verdad.

¡Maldición! Tal vez no fuera ningún donjuán, pero no creía haberlo hecho muy mal en la cama la noche anterior.

—Michael, yo no lo creo —se ruborizó—. De verdad.

—No sé por qué te ha dicho eso. Solo se me ocurre que sospecha que sientes algo por mí y quiere desanimarte.

Gina se apretó contra él y movió un poco las caderas. El cuerpo de Mike se endureció en el acto.

—Tu cuerpo me dice que estás excitado y que me deseas. Pero quiero ser la única —lo miraba con aire dudoso.

—Gina, tú eres todo lo que deseo y necesito —le sostuvo la mirada y una calma repentina descendió sobre él—. Te lo prometo.

Gina se probó diez trajes y compró tres. Se quejó de haber comido demasiados rollitos de huevo y decidió dejar para otro día lo de probarse vaqueros.

Mike sonreía sentado en la silla fuera del probador. Era muy fácil estar con ella. Como no ocultaba lo que pensaba, le había dicho ya que no quería más vestidos ceñidos y cortos porque los hombres le miraban los pechos y las piernas. Además, no le gustaba tener que saltarse comidas para que no le sobresaliera el estómago. Tenía la sensación de haberla conocido desde siempre, de que llevaran una vida entera casados.

Casados. Aquella idea lo atraía y confundía al mismo tiempo. Solo hacía tres semanas que la conocía. Y su familia era un gran obstáculo: tenían su futuro planeado y él no entraba en esos planes.

—¿Te gusta este?

Estaba ante él con un vestido negro que le quedaba unos cinco centímetros por encima de las rodillas y con un escote modesto en forma de «V». Estaba guapísima.

—Mucho —sonrió él.

—Este me lo puedo poner para cenar con el tío Antonio ¿verdad?

—Por supuesto —él frunció el ceño, decepcionado— ¿Tienes planes para esta noche?

—Aún no —se inclinó a besarlo—. Pero podemos pedirle que venga con nosotros cuando volvamos a la oficina.

—¿Por qué? —era egoísta y no deseaba compartirla aquella noche.

Gina se echó a reír y fue a sentarse en sus rodillas, Mike las movió a un lado.

—Eh, aquí no.

—Me da igual quién sepa lo nuestro, Michael. Quiero que lo sepa el mundo entero —dijo con los brazos en jarras.

Un pensamiento horrible cruzó por la mente de él.

—¿Por eso quieres cenar con tu tío? ¿Para decirle lo nuestro?

—Sí. De todos modos se enterará y creo que debería oírlo de nosotros.

—No nos apesuremos. Puede meterte en el próximo avión para Italia.

—Pero tú le caes bien —levantó la barbilla—. Soy lo bastante mayor para tomar mis propias decisiones. No puede meterme en un avión si yo no me quiero ir.

Otra clienta y la dependienta que los atendía los miraban con curiosidad. Mike le apretó la mano.

—Hablaremos de esto luego, ¿vale?

—Sí —suspiró ella—. De todos modos ya estoy cansada de comprar.

Volvió al probador y la dependienta se acercó sonriente a Mike.

—Su esposa estaría guapa hasta con tela de saco. Es pequeña pero tiene piernas largas. Es muy afortunada.

Mike le tendió la tarjeta de crédito sin contestar. Se equivocaba; el afortunado era él. Solo le faltaba pensar lo que iba a hacer al respecto.

Gina insistió en ponerse uno de los trajes para volver a la oficina. Uno azul marino, conservador y muy profesional, con el que estaba muy guapa. Mike no vio ningún daño en ello, aunque se preguntó cómo interpretaría Antonio aquel cambio de estilo. Tal vez sería una

prueba. Si Antonio se daba cuenta de lo en serio que se tomaba aprender el negocio, acabaría por ceder.

Mike confiaba en que así fuera. No quería que ella volviera a Italia. ¿Pero qué podía ofrecerle él? No era más que un extraño a la familia que había traicionado la confianza de su tío al acostarse con ella.

Llegaron al despacho con intención de volver a salir enseguida, pero Mike se encontró con que Cori había dejado en su mesa la factura de un desembarco con una nota que indicaba que tenía que revisar el documento lo antes posible.

Lo leyó con curiosidad.

—Gina —gruñó—. Ha surgido algo. Un cargamento retenido en aduanas. Tengo que ocuparme de eso.

—De acuerdo —sonrió ella. Dejó su bolso al lado del ordenador.

—Puede que te aburras aquí. Si quieres, vuelve a casa de tu tío.

—No, me quedaré a ayudarte.

—No creo que haya mucho que puedas hacer.

Gina acercó la silla del ordenador al escritorio y se sentó su lado.

—Entonces escucharé y aprenderé.

—No dejes que ese traje nuevo se te suba a la cabeza —sonrió Mike—. Por cierto, ¿te he dicho aún que estas muy guapa?

—No —ella levantó al barbilla y echó la cabeza hacia atrás como si estuviera esperando un beso.

Mike carraspeó y miró hacia la puerta.

—Vamos, tenemos trabajo.

Gina no protestó, sino que miró el papel con atención. Mike le explicó cuál parecía ser el problema y cómo se proponía remediarlo. Ella escuchó con atención, hizo un par de preguntas y ofreció una sugerencia muy buena.

Mike hablaba por teléfono con el almacén cuando levantó la vista y vio en la puerta a Antonio, que miraba con el ceño fruncido a su sobrina, quien estudiaba una hilera de cifras y tomaba notas,

ignorante de la evidente desaprobación de su tío.

Mike intentó hacerle una seña, pero ella no se enteró. Él pidió al encargado del almacén que esperara y tapó el auricular con la mano.

—¿Quieres algo, jefe?

Gina levantó la vista y sonrió a su tío. Este le devolvió la sonrisa, pero se puso serio en cuanto ella apartó la vista.

—¿Vas a ir a buscar a Robert al aeropuerto?

¡Robert! ¿Cómo rayos había podido olvidar que llegaba esa noche? Asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

—Haré que te traigan mi coche al garaje sobre las siete —le hizo señas de que lo siguiera y se alejó por el pasillo.

Mike terminó como pudo su conversación con el almacén y fue al despacho de su jefe. Este levantó la vista del periódico que leía.

—Cierra la puerta.

Mike obedeció.

—Siéntate.

El joven se pasó una mano por el pelo y se sentó en la silla de cuero negro situada enfrente de su jefe.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre? —repitió Antonio—. Esperaba que me lo dijeras tú.

—¿Decirte qué? —Mike no pensaba ofrecer ninguna información. ¿Cómo saber qué era lo que había ofendido al otro?

Antonio movió una mano en el aire con frustración.

—¿Por qué viste mi sobrina ropa de hombre?

Mike lo miró sorprendido.

—Pero ¿qué dices? Lleva falda y chaqueta.

—Un traje. Las buenas mujeres no llevan traje.

El joven soltó una carcajada.

—Nuestras distribuidoras a menudo los llevan.

—Eso es distinto. Las buenas chicas italianas visten como

señoritas, como futuras madres.

Mike movió la cabeza. ¿Antonio no ponía objeciones a los vaqueros, pero sí a los trajes?

—Esto no es propio de ti.

Su jefe suspiró.

—Llevo mucho tiempo en este país y he olvidado muchas costumbres, pero no está bien.

Mike se preguntó si su melancolía tendría que ver con la añoranza de su esposa, porque aunque Rosa vivía en Nueva York, había conservado las costumbres antiguas.

—Gina es adulta —dijo—, y llevar un traje no es precisamente un crimen contra la Humanidad.

—Claro, tú ríete. Pero tú no entiendes nuestras tradiciones, no eres de la familia. ¿Comprendes?

Aquello le dolió. No sabía por qué, no era nada nuevo, pero le dolió.

—No me río. Tú estás enfadado y yo solo intento animarte, nada más.

Antonio sacó un puro del bolsillo y un frasco de aspirinas del cajón.

—Se sienta a tu lado a mirar papeles y hace preguntas. ¿Por qué quiere saber cosas del negocio?

—Porque es una joven inteligente y con estudios. ¿Cómo no va a sentir curiosidad sobre el negocio familiar? Se ha criado en él.

Antonio hizo un sonido de disgusto.

—Su madre y sus primas también y no tienen ideas raras en la cabeza. No tenían que haberle permitido ir a la universidad.

Mike movió la cabeza. Aquello era increíble.

—Y a ti te dije que no quería que se mezclara en el negocio — continuó Antonio—. ¿Confío en ti y me apuñalas por la espalda?

—Un momento. No puede ser que creas eso.

—¿Ahora me dices lo que tengo que creer?

Mike vaciló. Era evidente que su jefe estaba de muy mal humor. Tal vez había vuelto a beber demasiado la noche anterior, así que lo inteligente sería dejar aquella conversación para otro momento.

—¿Qué? ¿No tienes nada que decir? —preguntó Antonio. Encendió el puro y aspiró con fuerza—. Porque sabes que tengo razón —exhaló el humo, que fue en línea recta hacia Mike—. Estoy muy decepcionado contigo. Mucho.

A Mike le dio un vuelco el corazón.

—Exageras, Antonio —repuso con calma.

—Basta —su jefe levantó una mano—. Lo estás empeorando todo. Deja de llenar la cabeza de Gina con tonterías y olvidaremos esto.

El problema era que Mike no deseaba olvidarlo, pero tal vez debería esperar a que volviera Robert. Quizá entre los dos podrían convencer a Antonio de que Gina era una mujer inteligente que merecía una oportunidad en el negocio como ninguna otra persona que conocieran.

—¿A qué viene esa cara tan larga? —preguntó el viejo—. ¿Crees que no soy abierto? Pues sí lo soy. ¿Te he dicho algo de... —movió la mano en el aire— de ese asunto que he descubierto hace tan solo unas semanas?

—¿Qué asunto?

—Sobre ti.

—¿A qué te refieres?

—Vale, sé que no es nuevo, pero para mí sí.

Mike empezaba a preocuparse. Antonio tenía muy mala cara y lo que decía no tenía sentido. Menos mal que Robert volvía aquella noche.

—No sé de qué me hablas —dijo.

Antonio carraspeó y lo miró largo rato en silencio.

—De ese asunto personal tuyo.

Mike le devolvió la mirada. Aquello no le gustaba.

Su jefe bajó la vista, lo cual no era en absoluto propio de él.

—No he debido sacar el tema.

—Pero lo has hecho. ¿Qué asunto personal?

—Ya lo sabes —Antonio se encogió de hombros—. Eso de... Lo de ser de la otra acera.

—¿Qué? —Mike lo había oído, pero no podía creerlo.

—Lo siento. Robert me pidió que no lo hablara contigo.

El joven movió la cabeza. Por eso pensaba Gina que era gay. Era cierto que se lo había dicho su tío.

—¿Qué te dijo Robert? —preguntó confuso.

—Soy un bocazas —suspiró Antonio.

—Cierto.

Su jefe lo miró con rabia.

—Eso no tiene importancia. Hablábamos de mi sobrina. No intentes cambiar de tema.

—No he sido yo el que... —Mike movió la cabeza. No valía la pena. Hablaría con Robert y se enteraría de lo que pasaba—. Sí, hablábamos de Gina. Y con franqueza, ya que es mayor de edad, supongo que puede elegir la profesión que quiera.

—¿Profesión? —gruñó su jefe—. Gina no tendrá ninguna profesión, ¿comprendes?

Mike lo comprendía. Antonio parecía muy enfadado y sabía que había llegado el momento de retroceder. En ese momento no conseguiría nada. Solo quería salir de allí antes de ponerse furioso a su vez.

—Te lo diré solo una vez más —continuó Antonio—. No volverá a tu despacho ni a usar tu ordenador ni a examinar tu correo y hacer preguntas.

—Mira, ha usado mi ordenador para distraerse mientras me esperaba, ¿de acuerdo? —Mike se puso en pie bruscamente—. No te preocupes, el negocio no le interesa de verdad. Tranquilízate.

La mentira no le salió con facilidad; hizo una mueca.

Antonio chupó el puro.

—Y se acabaron los trajes. Que se compre vestidos. Bonitos vestidos color rosa.

—Muy bien. Lo que tú digas.

Michael no la consideraba inteligente ni capaz de aprender el negocio familiar; solo había querido que se distrajera.

Gina escuchaba con tristeza fuera de la puerta entreabierta del despacho de Antonio. Había ido en busca de Michael y, cuando oyó voces furiosas, pensó que su tío podía estar enfadado con él por causa de ella.

Pero no esperaba descubrir que Michael le había mentado.

No la consideraba especial, solo hacía lo que le había encargado su tío: cuidar de ella. Nada más.

Se abrazó el cuerpo para alejar el escalofrío que le subió por la espina dorsal. ¿Cómo podía decir Michael esas cosas? Pero a lo mejor era porque su tío estaba muy enfadado y no había tenido otro remedio.

No, no le buscaría excusas. No sería...

Se apartó de la puerta y volvió al despacho y al ordenador. La pantalla estaba en blanco, pero la contemplo de todos modos, demasiado afectada para interesarse por nada. ¿Qué le diría a Michael? No quería acusarlo injustamente, pero ella misma había oído sus palabras, aunque no quisiera creer que fuera como los hombres de su familia.

Era peor, porque le había mentado. Y su padre y sus tíos al menos eran sinceros en sus opiniones.

Michael entró en el despacho y miró la pantalla del ordenador.

—¿Qué haces?

Ella tragó saliva.

—¿Dónde estabas?

—Por ahí.

—¿Dónde?

Michael la miró con curiosidad.

—¿Estabas en el despacho del tío? —preguntó ella.

—Sí, ¿por qué?

La joven se encogió de hombros y miró la pantalla en blanco.

—Gina, trabajo para él. A veces voy a su despacho cinco veces al día. ¿Qué sucede?

—Nada —no quiso mirarlo—. Que he pensado que a lo mejor quería hablarte de mí.

—No, era solo trabajo —sonrió él.

—¿Le has dicho que se venga a cenar con nosotros?

Michael se pasó una mano por el pelo.

—No creo que sea buena idea —contestó.

La expresión de ella debió de mostrar su dolor, ya que él la miró alarmado.

—Esta noche no —prosiguió—. Robert vuelve dentro de unas horas y tengo que ir a buscarlo. Pero tú puedes cenar sola con tu tío.

Él tenía que marcharse. Volvería al piso y estaría sola un rato.

—Sí —dijo. Se levantó con brusquedad—. ¿Le cuento lo nuestro o prefieres estar presente?

No pudo evitar hacer la pregunta con malicia.

El pánico oscureció los ojos de él.

—Por favor, no digas nada todavía. Hoy no.

Aquel fue el golpe final. Ella había mantenido la esperanza de que él dijera que quería que el mundo entero supiera lo que sentían. Pero era evidente que él no sentía lo mismo que ella.

Mientras que ella estaba enamorada, para él aquello era parte del trabajo.

—Muy bien.

—Se lo diremos, por supuesto, pero no esta noche. Antes quiero hablar con Robert.

Gina se colgó el bolso al cuello y tomó sus paquetes.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

—A casa.

Mike frunció el ceño y pareció que iba a protestar.

—Deja tus cosas y te las llevo luego.

Gina sonrió con tristeza. Se preguntó si debía decirle que cuando decía «a casa» no se refería al piso de su tío Antonio.

Capítulo 17

—Tenemos que hablar —dijo Mike en cuanto dejaron a Melanie en su apartamento.

—Sabía que te ocurría algo —bostezó Robert—. Pero debo advertirte que no sé si estoy en condiciones de concentrarme en este momento.

—Esto no requiere mucha concentración. ¿Por qué piensa tu padre que soy gay?

La mirada atónita de Robert no era fácil de interpretar.

—¿De dónde se ha sacado esa idea?

—Él dice que de ti.

Robert soltó una risa nerviosa.

—De eso anda.

Mike reconoció su risa culpable, pero no dijo nada, sino que prefirió esperar a que hablara el otro. Llevaba toda la tarde furioso, pero no tanto por el rumor gay como por haber traicionado la confianza de Antonio. Algo difícil de asimilar.

Desde que conoció a los Scarpetti, una semana después de que su madre entrara a trabajar para ellos, Mike anheló pertenecer a aquella familia. Su madre y él estaban muy unidos, pero eso no era lo mismo que el clan de los Scarpetti.

Los hombres hablaban de béisbol o política y hacían chistes verdes que Mike no podía contar a su madre. Organizaban grandes comidas familiares en las que participaban todos. Era una experiencia increíble, y él quería formar parte de todo ello.

Cuando le ofrecieron un puesto de directivo en la empresa, anduvo nueve meses como en una nube. Por fin había conseguido

entrar en la familia hasta cierto punto. Pero seguía habiendo una barrera que le recordaba que no era uno de ellos y con los años había terminado por aceptar que nunca lo sería.

Hasta que apareció Gina.

Era inteligente, *sexy* y hermosa y no merecía que la dejara nadie de lado, y menos su familia. Y por mucho que le doliera irritar a Antonio, no podía quedarse quieto y no decir nada.

Sentía tentaciones de hacerlo y ver qué ocurría. Gina era lo bastante vitalista para defenderse sola. Pero sabía que necesitaba a alguien de su lado, y quería ser él.

Era una ironía que Antonio le mostrara al fin la confianza de pedirle que cuidara de su sobrina y sus sentimientos por ella traicionaran esa confianza. Una confianza que Antonio habría reservado normalmente para su hijo.

Escirro a punto de pisar el freno en un semáforo en verde, porque de pronto lo entendió todo.

—¿Me estás escuchando o qué? Hay una explicación muy razonable para... —Robert golpeó la consola con las manos—. ¡Por Dios! ¿No has visto ese Mercedes? ¿Pretendes matarnos?

—No, solo a ti —Mike se acercó a la acera y paró el coche—. Maldito seas. Le dijiste a tu padre que soy gay para librarte de acompañar a Gina.

Robert suspiró.

—No fue exactamente así.

—Te escucho.

—Yo me iba de vacaciones. Hacía meses que había reservado el crucero. No podía quedarme a cuidar de mi prima. Era ridículo.

—Y dijiste que lo hiciera yo.

—Vale... soy terrible.

—Pero como no soy de la familia, Antonio dijo que no.

Robert se movió con incomodidad y bajó la ventanilla.

—No le hagas caso a papá. Ya sabes cómo es.

—Mentiste para irte de vacaciones.

El otro cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Soy malísimo, no pensaba lo que hacía. Me asusté porque pensé que papá me iba a dejar sin vacaciones y... Lo siento mucho. Le diré la verdad.

Mike movió la cabeza con tristeza y volvió a poner el coche en marcha. Tal vez exageraba mucho la situación. Pero Robert y él eran amigos desde hacía tiempo y no se esperaba esa clase de sabotaje.

Pero ¿eran amigos? ¿Por eso disculpaba la pereza de Robert y transportaba la carga de su puesto compartido? ¿O era porque siempre había deseado tanto formar parte de la familia?

No podía pensar con claridad; solo sabía que no podía sacrificar los sueños de Gina a ese deseo. Lucharía por que consiguiera el lugar que le correspondía en el negocio familiar.

Aunque le costara su empleo.

—Vale, estuvo muy mal y te pido disculpas —Robert respiró con fuerza—. Se lo explicaré todo a papá. ¿Adónde vamos?

—A casa de tu padre.

—Sé que estás enfadado y no me extraña. He sido un imbécil y me siento mal. ¿No puedo hablar mañana con él?

—Con franqueza, me importa un bledo que tu padre piense que soy gay o transexual. Vamos a hablarle de Gina.

—¿De Gina? ¿Por qué?

Mike estaba a punto de descubrir hasta dónde llegaba la amistad de Robert. Aunque en el pasado había estado a su lado, como cuando murió su madre inesperadamente, raramente se jugaba el cuello si no era para sacar algún beneficio.

—Porque le interesa el negocio y es demasiado inteligente para quedarse en casa pensando lo que va a hacer de cenar.

—Eso que dices no es del todo correcto. A muchas mujeres inteligentes les gusta quedarse en casa y pensar en la cena.

—Y me parece muy bien. Pero Gina no es una de ellas.

—Ese es su problema.

—Tú sabes que no. Es un problema muy grande, teniendo en cuenta lo primitiva que es tu familia. Necesita nuestro apoyo.

—Ese comentario debería ofenderme —Robert lo miró con curiosidad—. ¿Por qué te metes?

—Porque es inteligente y puede hacer mucho por la empresa.

—¿Y?

Mike miró el tráfico de delante y tuvo tentaciones de evitar la verdad. Sus sentimientos eran personales, no tenían nada que ver con Robert o el negocio. Pero tampoco podía esconderlos mucho más tiempo.

—Porque la quiero, maldita sea.

Gina metió el vestido rojo y el negro en una bolsa y la dejó a un lado para entregarla a alguna institución benéfica. Después cambió de idea, los sacó de la bolsa y los metió en la basura. Ninguna mujer debía recibir las miradas ofensivas que le habían lanzado a ella algunos hombres idiotas.

Se sentó en la cama con un suspiro. ¿Por qué se había molestado en estudiar tanto? Todo lo que necesitaba saber podía aprenderse en la guardería. Los chicos eran estúpidos.

Miró la maleta abierta y movió la cabeza. No podía volver a una vida dictada por sus padres, que se negaban a reconocer que había entrado el siglo XXI. Era mucho pedir.

Se levantó y sacó de la maleta los vestidos negros que le gustaban a su madre para dejarlos en la basura junto con los otros.

Buscaría trabajo y un apartamento en Toscana y viviría sola. Si Mike no la quería ni la consideraba inteligente, él se lo perdía.

Reprimió las lágrimas mientras guardaba los vaqueros y los trajes nuevos.

Su tío Antonio llamó a la puerta.

—¿Gina?

—¿Sí? —se sonó la nariz con un pañuelo.

—Vamos a llegar tarde a cenar.

Había olvidado que tenían reserva. Y todavía no le había dicho que se marchaba al día siguiente, pero había llamado ya a la compañía aérea para cambiar el billete.

—No tengo hambre. ¿Por qué no te preparo un buen plato de pasta con almejas? —sabía que era la comida predilecta de su tío y, aunque hubiera preferido lamerse las heridas en privado, él se había portado bien con ella y quería agradecerle su hospitalidad—. Con mucho ajo y mantequilla, ¿sí?

—¿Puedo entrar? —preguntó él.

Gina miró la maleta y frunció el ceño.

—Un momento —la cerró lo mejor que pudo y la arrastró al armario con la bolsa de basura llena de ropa.

Su tío miró la habitación y luego a ella.

—La pasta con almejas me sale muy bien —dijo.

El hombre frunció el ceño.

—No tienes buen aspecto.

—Estoy cansada.

—¿Cansada de la gran ciudad?

Gina iba a negarlo, pero cambió de idea.

—Tengo nostalgia de casa —se encogió de hombros—. Estoy pensando adelantar la vuelta.

Antonio entrecerró los ojos.

—¿Cuándo lo has decidido?

—Hoy.

—¿Y no crees que debes consultarlo conmigo?

Su reacción la irritó.

—¿Por qué? Soy bastante mayor para tomar esa decisión.

Su tío la miró sorprendido.

—¿Y crees que debes hablarme así?

Gina suspiró.

—No, tío. No quiero discutir, solo quiero irme a casa.

La expresión de él se suavizó; le pasó un brazo por los hombros.

—Descansa bien esta noche y hablamos por la mañana, ¿vale?

Ella asintió, ansiosa por volver a quedarse sola. En cuanto él saliera, terminaría de hacer la maleta. No tenían nada que discutir. Dentro de doce horas estaría en el avión.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó Antonio en cuanto abrió la puerta.

Robert entró el primero.

—Caray, papá, yo también me alegro de verte—. ¿Tienes cerveza en la nevera?

—Tengo vino, ¿qué esperabas?

—Con eso me basta —Robert siguió hasta la cocina—. ¿Mike?

—No, gracias —necesitaba tener la cabeza despejada. Miró a Antonio—. ¿Dónde está Gina?

—En su habitación —el viejo lo observó con atención—. Me da la impresión de que no se encuentra bien.

Mike apretó la mandíbula.

—¿A qué te refieres?

—¿Tú no sabes nada de eso?

—No, pero tal vez tú sí.

Antonio lo miró sorprendido.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿Le has dicho algo sobre los trajes que ha comprado y sus visitas a la oficina?

El viejo sacó un puro de una caja de madera de cerezo que había en la mesita de café y se sentó en el sofá.

—Te pedí que lo hicieras tú.

—Sí, pero eso es algo que me cuesta trabajo hacer —Mike se frotó la mandíbula—. No estoy de acuerdo contigo.

Antonio lo miró con ojos chispeantes de furia.

—No creo que tú tengas nada que decir en esto.

—¿Por qué no soy de la familia?

Robert entró con dos vasos de vino.

—Aquí tienes, papá.

Antonio no hizo caso.

—No entiendo lo que te pasa, Mike. Tal vez te he pedido demasiado. Con Robert de vacaciones, traías mucho trabajo, además de ocuparte de Gina. Discúlpame.

—No, mira, yo no creo que estar con Gina haya sido un trabajo. Disfruto con su compañía y aprecio su cooperación en la oficina. ¿Te dije que nos salvo la distribución de George Zacharias?

El rostro de Antonio se ensombreció.

—¿De qué hablas? Augie me dijo que los de Mondavi habían cortejado a George. Si siguió con nosotros, seguramente es porque también es de la otra acera.

—Vamos, papá —Robert le puso el vino delante—. ¿Por qué hablas así?

—Esa es otra de las cosas —repuso Mike con calma—. No soy gay. Y si George sigue con nosotros es porque Gina lo convenció.

Antonio miró a su hijo.

—Puedo explicarlo —suspiró este.

—Más tarde —Mike no había terminado—. Lo que importa es que comprendas que Gina sería muy valiosa en la empresa si tú no...

—Ya basta —Antonio levantó la mano—. No hablaremos de Gina.

—Eres un imbécil, Antonio.

A Mike le costaba creer que hubiera dicho eso, y el rostro de su jefe se sonrojó peligrosamente.

—Así no vamos a ninguna parte —intervino Robert.

Su padre lo miró con rabia.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿También te vas a enfrentar a mí?

Mike gimió exasperado.

—Aquí no se trata de ti, Antonio. Ni tampoco de mí. Se trata de Gina. Es lista y competente. Dale una oportunidad. Pregúntale lo que desea. Escúchala.

—¿Crees que la conoces tan bien? Gina es de la familia —se señaló el pecho—. Yo conozco a mi sobrina.

—¿Cómo? Solo has pasado unas horas con ella.

Antonio lo miró de hito en hito.

—Tú crees que lo sabes todo. Pues ella no quiere un trabajo. Siente nostalgia de casa y vuelve a Italia.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Y yo me alegro. Este no es lugar para ella —Antonio lo apuntó con el puro—. Y estoy tentado de despedirte.

Mike apenas lo oyó; andaba ya por el pasillo en dirección al cuarto de Gina.

—¡No puedes entrar ahí! —gritó Antonio.

Mike se volvió un instante.

—¿Tienes idea de lo mucho que deseaba ser parte de tu familia? ¿Y para qué? —movió la cabeza—. Tú no tratas muy bien a la familia, Antonio. Gina merece algo mejor. Por lo menos respeto.

Se volvió y se encontró con Gina, que estaba en el umbral de su habitación con el rostro pálido y los ojos confusos. Le sonrió.

—Hola.

Ella abrió mucho los ojos.

—El tío parece muy enfadado.

—Mala suerte.

Gina sonrió.

—Me han dicho que no te sientes bien.

La joven se encogió de hombros. Lo miró a los ojos.

—¿Por qué has venido?

—Porque antes olvidé decirte algo —repuso él con bastante calma, teniendo en cuenta que el corazón le latía a cien por hora.

Ella enarcó las cejas expectante.

Mike respiró hondo.

—Te quiero.

La joven parpadeó.

—Gina Ferraro, te quiero —repitió para estar seguro de que lo había entendido. Y también para volver a oírlo él. Era la primera vez que decía eso a una mujer.

Ella levantó la barbilla.

—Ya era hora de que lo admitieras.

Mike se acercó a ella sonriente.

—¿De verdad?

Gina retrocedió a su habitación.

Él la siguió y cerró la puerta a sus espaldas. Pasillo abajo oyó que Robert le decía a Antonio que se sentara.

Gina soltó una risita y cerró la puerta con llave.

Epílogo

Mike metió la cabeza en el despacho de Gina.

— ¿Estás libre para comer?

Ella levantó la vista del presupuesto que examinaba y sonrió.

— ¿Qué quieres comer exactamente?

— Lo que sea —rió él—. Tengo hambre. He tenido que saltarme el desayuno porque tú te has levantado tarde.

— Sí, claro. Échame a mí la culpa —los ojos de ella brillaban de malicia.

Mike conocía bien aquella mirada. Significaba «problemas».

— Gina tenemos una reunión en la Cámara de Comercio a las dos, así que nada de ideas raras.

La mujer dio la vuelta a la mesa jugando con el botón superior de la blusa.

— ¿Cómo por ejemplo?

— ¡Gina! —el cuerpo de él reaccionó de inmediato. ¿Cómo podía afectarlo todavía así después de casi dos años de matrimonio?

La sucursal de la Costa Oeste era aún pequeña, con solo otro empleado más en las oficinas y tres en el almacén adyacente. Todos habían salido a comer. Tal vez podían pedir sándwiches y mientras esperaban...

Gina se abrió los dos botones superiores de la blusa de seda y mostró el sujetador de encaje blanco. Mike lanzó un gruñido y cerró la puerta del despacho. ¿Por qué se molestaba en fingir ser estoico o indiferente? No tenía sentido.

— ¿Michael? —abrió el último botón de la blusa. Su estómago estaba relativamente plano, pero empezaba a verse el comienzo de

una tripa. Mike sonrió.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Crees que estoy gorda?

—Por supuesto que no —le tomó la muñeca y tiró de ella hacia sí—. Es normal que empiece a crecer.

Sonó el teléfono y Gina contestó enseguida. En cuanto empezó a hablar en italiano, él adivinó que debía de tratarse de su madre o de Antonio.

Si era su madre, podían olvidarse de la comida y de cualquier otra cosa. La mujer hablaba sin parar, incluso a larga distancia. Pero a Mike le caía bien. Aunque no compartía sus actitudes anticuadas, sabía que quería a Gina y deseaba lo mejor para ella. Además, Sophia había sorprendido a todos admitiéndolo enseguida en el seno de la familia.

Entonces, Gina le lanzó una mirada de disculpa y continuó hablando en inglés.

—El tío Antonio quiere saber cuándo llegaremos para el Día de Acción de Gracias.

—El día anterior, y nos vamos el domingo por la noche.

Ella cubrió el auricular con la mano.

—No le gustará que sea una visita tan corta.

Mike se encogió de hombros.

—Lo comprenderá. En esta época tenemos mucho trabajo.

Mientras ella seguía hablando con su tío, pensó en lo mucho que había cambiado la empresa en el último año y medio. Robert llevaba muy bien la operación de la Costa Este, hasta el punto de que Mike y él se habían montado una especie de competencia amistosa. Antonio quería retirarse pronto y se divertía con una pelirroja que había conocido en Angelo's el otoño anterior.

Una carcajada de Gina lo sacó de sus pensamientos. Después, ella colgó el teléfono y lo abrazó.

—Le he dicho al tío que tenemos una sorpresa para la familia —sonrió—. Y me ha dicho que espera que no esté embarazada, porque

el negocio va muy bien.

Mike sonrió.

— ¿En serio ha dicho eso?

— Sí. Dice que él también tiene una sorpresa.

— Oh, oh. Me parece que se quiere casar con Teresa.

Gina frunció el ceño.

— ¿Y qué tiene de malo? Ella le raciona los puros y el alcohol. Será una buena esposa.

— Cierto — Mike sonrió y la estrechó contra sí—. Y tú serás una madre maravillosa.

Ella lo miró muy seria.

— ¿Lo crees de verdad?

— Sin ninguna duda — la besó hasta que los dos se olvidaron de la comida.

Fin